



REGRESO  
AL SALÓN DE LA  
SERPIENTE  
ROBERT LENZ

# Regreso al salón de la serpiente

Robert Lenz

Copyright © 2018 Robert Lenz

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier modo sin autorización escrita del publicista, excepto en los casos permitidos por leyes internacionales de propiedad intelectual.

## I La puerta al inframundo

—¿Que cree que haya ocurrido, comisario? —preguntó Svarnas, siguiendo al comisario Algridas a lo más profundo del bosque. Los árboles los rodeaban y envolvían como guardianes de aquella tierra rebelde. Y escondían secretos que los hacían estremecerse. Por un momento, creyó ver sombras danzar entre los troncos, y se apresuró a caminar más cerca del comisario.

Algridas respondió a su pregunta sin voltearse, y su espada tintineó colgando de su cinto.

—Espero que los desdichados solo se hayan perdido, y que sigan con vida —dijo. Luego dejó escapar una carcajada—. A este punto lo dudo mucho.

—Pero... ¿Perdidos? ¿No cree que los haya emboscado alguien...? ¿O algo?

—Eh... El *templo* de la serpiente está lleno de túneles y trampas. Quizá cayeron en un hueco y no pudieron subir de regreso. Por un milagro, seguramente siguen vivos y no se habrán comido el uno al otro.

—¿Que se habrán comido el uno al otro? —gimió Svarnas, y agitó la cabeza.

—Una vez lo vimos, cadete. No tienes idea lo que la gente es capaz de hacer.

Svarnas agitó la cabeza. Sintió ganas de vomitar e inspiró profundamente para mitigarlas.

—¿Quién haría algo como eso? —dijo, y volvió a inhalar.

Algridas tosió y se detuvo. Se volteó, con la mirada penetrante de siempre y su voz tosca e irónica.

—No creas que no eres capaz. He visto hombres decentes convertirse en algo peor que animales. Ahora, en marcha.

Svarnas agitó la cabeza, incrédulo.

—No creo que todos sean capaces de eso... Comerse a alguien es aberrante. Pero... —Quiso cambiar de tema antes de sucumbir a las ganas de vomitar— ¿C-cuántos son, otra vez? ¿Son cuatro, no es así?

—Dos niños y dos hombres. Los niños se perdieron hace una semana. Los buscaron en vano por la ciudad. Y hace tres días, se perdieron... Ya sabes quienes.

Svarnas suspiró.

—Comisario Algridas... Solo me pregunto, por que alguien vendría a un lugar así, considerando la fama que tiene.

—Cadete... ¿cree usted en demonios?

Svarnas carraspeó. Alzó la quijada para disimular su incomodidad.

—Creo que, son solo supersticiones —dijo—. Además, sus dioses no tienen poder frente a los nuestros. ¿No es así?

—¿Son supersticiones o no, Svarnas? Decídete.

—Creo que lo son, señor.

—Entonces. ¿Por qué tienes miedo?

—Yo no tengo miedo, señor.

Pero las piernas le temblaban.

Algridas le dio la espalda otra vez.

—Que lo tengas o no, no importa —espetó—. Lo que importa es que lo guardes bien, porque tienes un deber que cumplir. Ahora, trágate ese miedo y avanza.

—Sí, señor —dijo Svarnas, andando a zancadas entre los árboles frondosos.

La mente de Svarnas vagó en leyendas nativas de demonios desolladores y árboles que tragaban gente en vida. Los nativos decían que el bosque odiaba a los descendientes de los colonizadores, como ellos; decían que les tendía trampas y los cercaban con laberintos de ramas de los que nadie nunca podía salir.

Pero el comisario Algridas, después de veinte años de servicio en aquellas islas; nunca había hablado de demonios desolladores ni de árboles fantasmales. Le preocupaban más el desacato a las ordenes y las guerrillas de nativos kalánicos que se decía que habitaban allí.

Svarnas aligeró la marcha para no quedarse atrás y emular el ejemplo del comisario.

—Aún con todo esto —gruñó Algridas—. Me alegraría si el doctor Legalias se ha muerto de hambre. O peor, Svarnas, me gustaría ver a ese canalla desollado.

—Me pregunto qué querría alguien como el doctor Legalias en un lugar así —Svarnas agitó la cabeza..

—Es un engendro. ¿Lo oíste hablar alguna vez?

—No... Solo oí rumores de rituales secretos y...

—Habla de dioses antiguos. Más antiguos que los espíritus del bosque que adora la gente de aquí, y de rituales extraños para invocarlos.

—Escuché que el doctor era un desequilibrado, pero...

—Pero si conoces las acusaciones. —Algridas se carcajeó— ¿No? Lo que la gente dice.

—Bueno, si él fue capaz de hacerle algo así a un niño inocente...

—Espero que haya recibido su merecido en ese túnel de porquería — Algridas pareció completar el pensamiento.

—Lo que me pregunto es cómo pudo mantenerse tanto tiempo libre.

—Como comisario te puedo confirmar que tiene un pacto secreto con senadores, jueces y procuradores. Lo sé, y no nos dejan entrar en su círculo. Manejan cosas ocultas...

—¿Senadores? ¿Hay senadores implicados en...?

—Así es. Listo, es aquí...

Los pilares del templo se alzaban cubiertos con hiedras enroscadas, rodeados de estatuas rotas por acciones iconoclastas de eras pasadas. Árboles rebeldes crecían al rededor de los muros, echando raíces entre los cimientos y atravesándolos como parásitos. Había un sendero reciente de arbustos recortados al borde de la entrada, la cual se alzaba oscura, alta y bordeada por un dintel con grabados intrincados.

—Allí está —dijo Algridas, llevándose las manos a la cintura, triunfante.

Svarnas avanzó tímidamente.

De pronto, una voz ronca resonó a su costado. Algridas se volteó, palpando la empuñadura de su espada. Un nativo kalánico de cabellos largos, rubios como un girasol y un bigote hasta la quijada los miraba con sus ojos brillantes. Tenía la cabeza inclinada y sujetaba un bastón de madera. La ropa de piel no le cubría el pecho, el cual era vellosa como una selva.

El hombre extendió un dedo bronceado.

—Barbas negras... ¡Alejaos! Alejaos del templo de la serpiente, porque moriréis.

Algridas se relajó y apartó la mano de la empuñadura.

—¿A qué vienen esas amenazas, ciudadano?

El nativo rio. Sus dientes eran fuertes y brillantes.

—Yo os lo advierto —gruñó—. Moriréis, y si no queréis escuchar, allá vosotros. No sabéis lo que viene... Lo que surgirá... La serpiente en el cielo lo manifestó. Él está llegando de las profundidades, y devorará toda carne a su

paso. Hombres, mujeres, niños, ninguno se escapará de la furia del Condenado.

—Gracias por tu preocupación. —Algridas dijo con desinterés—, pero tenemos un trabajo que hacer.

Algridas se volteó y avanzó hacia la entrada, con linterna encendida en mano. Svarnas guardó su distancia. La entrada era oscura como la noche, y amenazaba por cubrir todo rayo de el sol para el desafortunado que entrase.

La voz del kalánico resonó a sus espaldas:

—¡Insensatos! Sufriréis y moriréis la peor de las angustias si entráis al salón de la serpiente sin ser purificados.

—¿Me sigues, Svarnas? —Algridas insistió.

Svarnas tragó saliva y aligeró el paso.

—Si, comisario —dijo, y siguió a su líder a través de la puerta oscura.

La luz reveló escaleras toscas que bajaban a un salón estrecho, dónde la luz del sol se volvía tenue y las linternas se volvían indispensables.

—Es por aquí —declaró Algridas y avanzó hasta el final del túnel, donde se erigía un pilar bañado en pintura roja que había comenzado a decaer.

—¿Ya está? —Svarnas miró a su alrededor—¿Eso es todo? ¿Qué hay de los túneles y...?

—Espera —declaró Algridas, y puso las manos sobre la punta del pilar. Svarnas notó un circulo tallado en él, rodeado por manubrios de hierro.

Algridas se aferró firmemente de ellos y los empujó en dirección horaria. Aplicó todas sus fuerzas pero apenas consiguió moverlos un milímetro.

—Svarnas. —Le dirigió una mirada agresiva—. Ven a ayudarme.

—Si, comisario. —Svarnas se acercó a zancadas, para aferrarse de los manubrios—. ¿Señor, sabe que es esto?

—Ya conozco el lugar, pero hay mas entradas secretas de las que... no... se sabe. —Jadeó.

Ambos usaron las fuerzas de sus cuerpos, pero fue en vano.

—Ahora, cadete, a las tres, vamos a girar y vas a inspirar profundamente ¿Entendido?

—¿Inspirar? Yo...

—¡El aire es venenoso, ahora...! Uno, dos, tres.

Aplicaron su fuerza al unísono, y el disco superior se movió lentamente, mientras un humo amarillento se escapaba de las grietas del suelo, hasta que se escuchó un mecanismo accionarse. Algridas se tapó la boca con el brazo y

avanzó hasta una esquina, donde pisó los ladrillos del suelo uno por uno, hasta encontrar uno que se hendió. Se escuchó el ruido de bisagras moviéndose y rocas tocándose. Una compuerta se abrió en el suelo.

Algridas le dirigió una mirada intimidante a Svarnas y dio un paso al frente. Svarnas comprendió y avanzó detrás de él. Miró hacia abajo y encontró una especie de tobogán de piedra.

—Sí, Svarnas, vamos a entrar.

Svarnas deseaba no haberse ofrecido acompañarlo.

Algridas se arrojó al interior, cruzando los brazos. Svarnas rezó en silencio y se dejó caer con un alarido.

Sus cuerpos se deslizaron por un túnel de caliza, y Svarnas subió los brazos para tenerlos en cruz y protegerse del material áspero que lo rodeaba. La caída fue violenta, pero mientras descendía la inclinación disminuyó.

Salieron a una habitación oscura. Se alzaron jadeando y Svarnas creyó haberse lastimado la espalda.

—¿Como sabías eso? —dijo Svarnas, perplejo.

—Tengo mis fuentes —gruñó Algridas, sacudiéndose el polvo de la armadura.

Algridas tragó saliva al imaginarse lo profundo que estaban bajo la tierra. Miró hacia arriba, a través del hueco por el que había entrado, y entendió que sería imposible escalarlo de regreso.

—Y cómo subiremos —preguntó con el temor escapándose de sus labios. No quería desaparecer como los otros. ¿Qué iba a pensar su madre? Qué iba a hacer ella sin el salario de miliciano. No podía dejarla sola.

—No te preocupes, cadete —dijo Algridas—. Eso es lo menos importante. Hay entradas y salidas, de aquí podemos salir, alguien encontró la forma. Pero eso es de lo que menos te debes preocupar.

—Señor...

—Dime, Svarnas, necesitaré tu ayuda. ¿Te quedas o te vas?

Esquilas parpadeó, temeroso. La promoción estaba cerca, y no podía fallar en la recta final. Tenía que salir de aquella patrulla con vida y volver a casa.

Pero si se daba por vencido, quizás nunca vería aquella promoción.

Svarnas inspiró profundamente.

—Comisario, yo confío en usted.

—Vamos a ir a lo seguro, a ver si encontramos indicios. ¿Entendido?

—Sí, señor.



—Yo me aventuraría lejos, cadete. No tengo mucho que perder.

Svarnas carraspeó.

—Vamos —el comisario insistió.

Algridas avanzó por el túnel, alumbrando el suelo con su linterna, para evaluar los restos de polvo.

—Estos son los pasos —dijo Algridas—....

—Capitán... Entonces... Usted cree que se quedaron encerrados y no pudieron volver?

—Es probable.

—¿Aquí?

—Los túneles no terminan nunca, Svarnas. Hay quien dice que hay túneles por toda la isla. No conocemos ni la décima parte. Todo está protegido con un sistema de trampas y gases venenosos. Un movimiento en falso y un hacha descende del techo y te parte el cráneo en dos.

Algridas avanzó encorvado, siguiendo el polvo, hasta llegar a un punto en que el sendero se dividía en tres caminos.

—¿Qué ha escuchado de estos túneles, Svarnas? —preguntó.

—Que son extensos, comisario... Que... Lo que usted dijo... Quizás la isla entera tiene túneles bajo el suelo... Las trampas, claro, y que... que fue construido por gigantes. Lo cual es... Absurdo.

—¿Y que pensó de lo que le dijo el kalánico? —preguntó con una mueca de disgusto.

Svarnas tragó saliva.

—No sé que pensar, capitán. Creo que es superstición.

Algridas lo volteó a ver. Su mirada gélida era inmutable aún bajo la oscuridad profunda, bajo el brillo de la linterna.

—¿Oíste hablar del hombre-serpiente?

Svarnas sintió un escalofrío atravesar su espalda. Había escuchado las historias, y le habían hecho temblar en las noches cuando era niño.

—Si lo escuché señor.

Algridas rio y le dio la espalda. Se arrodilló junto al suelo y palpó los ladrillos en él.

—El rastro se acaba aquí.

—Entonces...

Algridas se alzó y se acercó a los muros, los iluminó cuidadosamente. En ellos se marcaban símbolos elásticos y curiosos, algunos mezclas entre

espirales y figuras vagamente humanas en aquel alfabeto arcano y olvidado que ni los nativos entendían. Algridas miraba cada uno de los ladrillos, y los golpeó con el pomo de su espada buscando ladrillos huecos que pudieran ocultar un pasadizo secreto.

Svarnas quiso seguir el ejemplo del comisario, observando las paredes con atención. Notó un ladrillo que saltaba como si no lo hubieran trabado bien. Lo examinó y volteó a ver a Algridas.

El comisario parecía enfrascado en su trabajo.

Svarnas pensó que si no le decía, podía ahorrarse en entrar en un túnel más profundo y probablemente sin salida.

Pero temía más que el comisario no le diera una buena nota por baja iniciativa.

Svarnas tosió.

—Señor, encontré un ladrillo mal colocado.

Algridas se apresuró a examinarlo, pero Svarnas; curioso, lo movió hacia un lado.

Se escuchó el ruido de rocas descendiendo. Por un instante, el rostro de Algridas estaba pálido como la luna. De repente las paredes al rededor del ladrillo cedieron, desplomándose en el suelo como una avalancha de piedras y con un gran estruendo. Svarnas dio un salto hacia atrás, alarmado, mientras una nube de polvo se elevaba, cubriendo sus ojos.

A medida que el humo se disipaba, Svarnas notó mecanismos de piedra y madera en donde el muro había estado, y a Algridas, agazapado en el cuello y cubriéndose el rostro con su capa.

—¡Perdón, señor! —Svarnas dio un paso al frente con una mueca compungida.

Algridas se levantó, no hizo ni un gesto, y se sacudió el polvo de la túnica.

—Eso estuvo cerca. —Algridas jadeó—. Si piensas conservar la vida, no toques nada.

—De acuerdo, señor —tartamudeó Svarnas.

Algridas se volteó y caminó sobre el montón de piedras y ladrillos, para cruzar al otro lado. Svarnas lo siguió, procurando no tropezar.

Algridas dio un suspiro, luego, continuó hablando:

—Según mis fuentes, la pista está en el suelo.

—¿Hay alguien que sepa cómo resolver esto?

—Prueba y error. Dicen que los glifos en los ladrillos tenían acertijos que

marcaban el camino. Pero nadie los puede leer.

—¿Nadie? ¿Ni los kalánicos?

—¿Fuiste a la academia de niño? Por una razón cuando llegamos no había nada más que ruinas y chozas de piedra. Lo olvidaron todo. Los más ancianos solo cuentan historias, pero nadie sabe como leer los glifos.

Svarnas suspiró.

—Como pudo un lugar así quedar oculto por tantos milenios.

—Me pregunto lo mismo.

Svarnas se incorporó. Ambas linternas parecían poca cosa en aquella oscuridad tan profunda y aterradora.

—Ten cuidado, cadete, y no toques nada —dijo el comisario.

—No traje raciones, señor.

—Nunca salgas sin tus raciones. La próxima vez no te olvides. Si hay una.  
—Algridas volvió a reír.

Pero Svarnas temblaba al pensar que no habría próxima vez.

Algridas siguió buscando pistas en el suelo, mientras Svarnas alcanzaba a ver pedazos de cráneos y más huesos amontonados en las esquinas. Inspiró profundamente y rezó a la estrella de la mañana que les protegiera y no los dejase morir de hambre.

Por fin, Algridas pareció encontrar lo que buscaba y le dirigió una mirada punzante a Svarnas.

—Cuidado a dónde pisas.

Algridas presionó y el piso frente a él pareció abrirse en una compuerta de piedra, móvil bajo la superficie. En ese instante, Svarnas percibió un olor punzante que lo hizo sentir náuseas, y se cubrió la nariz.

—Maldición —espetó al mirar a través del hueco.

—¿Es lo que creo que es? —preguntó Algridas.

Svarnas asintió con la cabeza en un gesto de disgusto.

—¿Seguro que quiere que entremos? —miró al comisario, como pidiendo clemencia.

—Hay que darle una respuesta a las familias de los chicos.

Svarnas apretó los dientes, se inclinó y se sujetó de la entrada, pasó los pies a través del hueco y se dejó caer.

Algridas le pasó la linterna y luego entró él mismo. Svarnas no quería mirar, pero tuvo que hacerlo.

Frente a él había dos cuerpos a medio deshacer, con docenas de gusanos

devorando sus carnes.

Svarnas se contuvo las náuseas y observó con atención.

—Es un joven —exclamó.

—Son dos.

—Si, son ellos dos —declaró Algridas, mientras examinaba el cuerpo.

—¡Por los dioses! ¡Qué horrible! ¿Qué les habrá pasado? ¿Crees que murieron de hambre o sed?

De pronto, la abertura del techo se cerró con un crujido que resonó con fuerza. Algridas y Svarnas se miraron. Algridas volvió su atención a los cadáveres.

—Pues mira el suelo a su alrededor. Esto es sangre coagulada. Y mira todos estos gusanos saliéndoles del cuello. Estos dos fueron degollados.

—¿Degollados? —Svarnas dio un paso atrás y sintió una de las placas del piso hundirse.

Lo siguió el ruido de piedras agitándose la una con la otra, y Algridas se levantó de un salto.

—Por Abubal —espetó Algridas, mientras los muros a sus lados se acercaban, amenazándolos con aplastar sus cuerpos como a hormigas. Su expresión cambió—. ¡Cadete, abramos la puerta en el techo!

Svarnas se apresuró, Algridas se inclinó, Svarnas se apoyó en su espalda y estiró los brazos para empujar la compuerta por la que habían entrado. No se movía, aplicó más fuerza, pero fue en vano.

—¡Rápido, los muros! —dijo el comisario, y Svarnas intentó vanamente empujar el muro contrario. Pero continuaba su marcha, como si fuera un elefante avanzando implacable.

—Maldición —gruñó Svarnas, aterrado. Al mismo tiempo, los muros compactaban el cuerpo del doctor y de su ayudante; sus rodillas podridas se flexionaban y se escapaban fluidos putrefactos

—Dioses, dioses, dioses —dijo Svarnas, palpando frenéticamente los muros— Algridas trataba de detener el muro con su espada, pero nada frenaba su marcha.

Svarnas cerró los ojos, su corazón martilleaba como caballo a galope.

Ojalá la milicia le diera una compensación a su madre, preferiblemente en monedas de oro.

## II El capitán Veler

Gumnar Veler estaba de vuelta en su tierra, y la voz se había corrido que se quedaría en la isla un mes entero. Recibió a sus amigos en la taberna más popular. Se presentó con una túnica azul, el color de su legión, y con las insignias de valor atadas al brazo y la espada ceremonial de capitán colgando de su cinto.

Lo esperaban sus mejores amigos; Wil, el hijo de un senador que ahora se dedicaba a la poesía, Cavalia, la joven patricia pintora, y Hamillarus, el de los cabellos oscuros y rizados, su mejor amigo, quien había soñado junto a él en convertirse en legionario, pero que había perdido un brazo y un pie en su primera batalla. Ahora, Hamillarus estaba por convertirse en senador.

Gumnar atravesó el umbral de la taberna y Hamillarus lo recibió con un abrazo fraternal y una sonrisa amplia.

—Bienvenido, héroe —gritaban sus amigos, entre aplausos y sonrisas.

—Eres el mejor, Gumnar —dijo Hamillarus, poniendo el brazo alrededor del hombro de su amigo. Su toga dorada resplandecía, así como sus brazaletes plateados.

A su lado, Wil se le acercó con una vasija de barro con olor a alcohol y frutas.

—Para ti, mi hermano del corazón. Un vino especial. ¡El mejor!

—¡Wil! —Gumnar sonrió— ¡Qué bueno verte! Te luce la toga de senador.

—Y a ti te luce esa espada de capitán.

Hamillarus lo guió de nuevo hacia la puerta.

—Oye, Gumnar. Tengo una sorpresa para ti —dijo, poniendo una mano en el pecho de Gumnar.

—¿Qué ocurre? —Gumnar arqueó una ceja.

Miró hacia la entrada y se encontró con aquella mujer de ojos verdes, piel color olivo y cabello negro como la noche. Vestía una túnica roja que se ajustaba perfectamente a sus curvas estatuescas. Sus labios rojos brillaban con los ungüentos lujosos, y se tornaban en una sonrisa perfecta.

—Prianka. —Gumnar sonrió y la miró a los ojos— ¡Creí que estarías en la academia!

—Supe que venías y no podía evitar faltar. —Ella se arrojó a sus brazos y

lo besó. Aplausos sonaron a su alrededor. Gunnar sonrió. No podía esperar a casarse con ella y mudarse a la casa que su suegro estaba construyendo para ellos.

—Así que mi futuro esposo ya es capitán —dijo ella.

—Por ti seré más que eso —dijo Gunnar.

Hamillarus le dio una palmada en el hombro.

—Lo siento por interrumpir, pero el jabalí se va a enfriar. Vamos, Gum, ven a sentarte

—Ya no puedo esperar. En ese barco no había más que carne seca —dijo Gunnar, con la boca hecha agua de sólo pensar en la grasa de jabalí derritiéndose en su boca. Tomó la mano de Prianka y avanzó hacia la mesa, donde se sentó a la cabecera. Dos criados kalánicos llevaron un lomo de jabalí sobre una base de lechugas, con cebollas asadas a su alrededor, otros cargaban una ensalada con queso y el pan de trigo más suave de la ciudad, que depositaron elegantemente sobre la mesa.

Los presentes se sentaron, y el tío Guldher se puso de pie con una copa de vino en mano.

—Bien, muchachos, haced silencio, por favor.

Los comentarios y las risas cesaron. El bigote castaño del tío brillaba a la luz de la linterna sobre él.

—Estamos reunidos para dar la bienvenida al héroe de la casa, ahora capitán de la fuerza naval del ejército de Imperio Katórida. Nuestro amigo, pariente, y siempre amado Gunnar.

Los aplausos resonaron a su alrededor, y Gunnar se levantó sonrosado. Luego, el silencio se volvió solemne, como la sonrisa del tío Guldher. Él suspiró.

—Tu padre estaría orgulloso de ti —dijo el tío. Extendió la mano con la copa en alto—. ¡Por una vida larga, victorias y honores no pocos! A su salud.

—A su salud —dijeron todos y bebieron el vino.

Prianka lo miró con una sonrisa amplia y resplandeciente. Le dio un codazo.

—Vamos, Gunnar, di unas palabras.

Gunnar le guiñó un ojo, se puso de pie y carraspeó. Las risas cesaron.

—Ha sido un viaje largo y arduo —declaró—, y después de meses en el mar, de perder a amigos queridos que murieron defendiendo la vida de sus camaradas, puedo decir que agradezco vuestras muestras de afecto con todo mi corazón. El honor, sin embargo, lo merecen los camaradas que perdí, pero

lo acepto humildemente. Reitero que mi espada está al servicio de este vasto imperio y en la protección de aquellos a quien amo; a vosotros, amigos eternos.

Los aplausos llenaron la sala.

—Hasta eres poeta —bromeó Wil.

—Y bueno, no os interrumpiré más porque extraño el sabor del jabalí silvestre, y estoy seguro que vosotros lo disfrutaréis también.

Gumnar se sentó y los presentes se apresuraron a servirse la carne, y mordisquearla con gusto. Gumnar arrancó una pierna gruesa, con el exterior chamuscado y caramelizado, mordisqueó la carne suave, con grasa tierna en los bordes y la saboreó embelesado. Había pasado meses en el mar extrañando comida tan succulenta.

—Decidme —dijo mientras le servía más vino a Prianka— ¿qué hay de nuevo?

—No mucho, hubo una rebelión —dijo Wil.

Gumnar mordisqueó la carne hasta el hueso, mientras Prianka lo miraba con sus ojos brillantes, verdes como las montañas de su tierra.

—¿La han suprimido? —preguntó él— ¿Cómo le va al gobernador?

—Mano dura —rio Hamilarus.

Gumnar bebió otro trago de vino, estaba ligeramente dulzón y tenía un leve sabor a mantequilla. Wil dio su opinión:

—A mí me parece que tiene ideas muy buenas, pero es difícil controlar un movimiento rebelde cada vez más grande.

—Tenemos que integrarnos —dijo Gumnar—. Ser uno. Si no lo hacemos, nunca resolveremos los problemas de esta provincia.

—Amigo, te entiendo —dijo Wil—, sobre todo viniendo de ti, qué eres mestizo; pero me parece imposible. Somos pueblos muy diferentes, y esta gente está muy apegada a sus tradiciones.

—Cada vez hay más grupos rebeldes —añadió Hamilarus—, los nativos se están volviendo más nacionalistas.

—Sí, pero no al no ser capaces de organizarse, seguirán resistiendo vanamente y sacrificando a sus mejores hombres —dijo Wil.

Gumnar respiró profundamente, tratando de controlar su temperamento. Detestaba que hablarán del pueblo de su madre de esa manera.

—Al contrario —dijo él—, estamos pasando por un mal momento, pero mira el gran imperio que hubo aquí hace tanto tiempo... Solo danos un poco de

tiempo, y daremos lo mejor de nosotros mismos para construir un imperio vasto y armonioso.

—No lo sé. —Hamillarus miró el interior de su copa—. Pero están pasando cosas muy extrañas. ¿Sabes de los desaparecidos?

—¿Desaparecidos? — Gumnar arqueó una ceja.

—¿No llegó la noticia hasta ahí?

—¿Qué desaparecidos?

—En las ruinas del templo del bosque. ¿Escuchaste de los túneles secretos?

—Claro que sí.

—Hasta ahora son seis personas que entran y no salen. Pero conociendo el lugar, es lógico que se pierdan.

—No le entiendo. ¿Se quedaron atrapados en los túneles?

—Hasta el comisario del distrito desapareció. Él mismo fue a investigar y no salió.

—Pues debe tratarse de un accidente, ¿no es así?

—Si se trata de un accidente, ya son seis personas. Seis. Claro, los que entran no suelen avanzar mucho, y dicen que los túneles son muy extensos.

Wil tosió:

—Pero tú conoces la leyenda —dijo.

Gumnar terminó de tragar la carne y bebió un sorbo del vino. Luego, respondió:

—¿La leyenda? Sí, mi abuela me la contaba. Eso no significa que sea cierta. Quiero decir... Seguramente tiene algo de verdad, pero...

—Ya sabes como es —dijo Wil, la salsa de la ensalada se le había esparcido por las mejillas—. Hay gente que se toma eso muy en serio. Para ellos es cierto y no se callan nunca.

—Siempre habrá gente así.

Wil mordisqueó una cebolla carbonizada.

—Los nativos están histéricos —dijo, con la boca llena—. Yo digo que hay que calmarlos.

—Yo diría que destruyan esa cueva —añadió Hamilarus.

—También están los que están buscando tesoros —continuó Wil—. Y lo extraño fue que el que desapareció fue el comisario. Ya sabes que tiene ideas raras.

—Oye Gumnar —Hamilarus intentó cambiar el tema—, cuéntenos un poco sobre como ganaste la medalla... Y cómo te promovieron tan rápido.



Gummar sonrió, pero en su interior, el corazón se le encogió. Por su mente cruzaron las miradas de sus compañeros. No podía olvidar la voz de Irnamus resonando en su mente mientras eran emboscados, ni mucho menos, a Fedrik. Era demasiado joven para morir así. En su corazón, Gummar deseaba haber muerto en su lugar.

Había entrado al ejército por amor. No solo a su patria, sino a la mujer con la que había soñado desde niño. Había soñado con ganar la medalla del árbol de plata, y que así, su suegro le entregase la mano de aquella joven. Ahora, su sueño se iba a hacer realidad, pero le había costado todo.

Se aclaró la garganta:

—Pues, estuve en el lugar correcto en el momento correcto. Fuimos emboscados, me ofrecí para contener el ataque y distraer al enemigo —suspiró—. Pero no pudimos evitar esas flechas furtivas.

Gummar sintió el corazón palpar con fuerza al recordar los gritos de su amigo. Las lágrimas se asomaron a sus ojos, pero se contuvo.

—Por el capitán Veler —Hamillarus alzó su copa en alto, los presentes reaccionaron y bebieron a su salud.

### III El documento

—¡Estás loco, Imagus! —El mercenario puso la cerveza sobre la mesa y ésta resonó con un eco por todo el bar. Los presentes se voltearon como si fuera señal de una pelea—. ¡No lo haría ni aunque me pagaran mil monedas de oro!

—¡Vamos, Galimidas! —Imagus mostró su sonrisa más sincera y llevó sus manos gruesas y redondas al frente—. Es un viaje seguro. Te lo garantizo.

—Maldición, Imagus. ¡Estás loco! —dijo, la cerveza se le escurría por la barba canosa— ¿Lo sabías? ¿cómo puedes estar tan seguro de que no es una leyenda?

—Lo sé, Galimidas, los papiros indican que está allí. ¡Está escondida allí! Ya conoces el dicho. Si el río suena, piedras trae.

Galimidas le hizo una seña a la mesera de cabellos rizados y piel color olivo, quien se cercó y vertió más cerveza sobre su jarra. Imagus se reclinó en su silla y suspiró.

—Te pagaré después —Imagus abrió los ojos en grande para mostrar que era sincero—. Vamos. Te pagaré.

—¿Tú? —Galimidas bufó y bebió otro trago— ¿Sabes lo que me dijo Mijulas? ¡Te tardaste cinco años en pagarle! ¡Y nunca encontraste ese maldito cuerno de plata!

Imagus carraspeó.

—Bueno, no es cien por ciento cierto. Además, vamos, amigo, las cosas son diferentes, ahora.

—¿Ah sí?

—Escucha, Galimidas, tengo los pergaminos. Tengo un mapa con instrucciones. Imagus sacó un cilindro de barro de su bolsa de cuero. Lo destapó y dejó caer el contenido sobre la mesa: era un papiro con las puntas corroídas. Lo desplegó frente al viejo guerrero. La tinta era antigua, con la caligrafía que era común doce mil años atrás.

—¡Hay pocas copias! —Sonrió—. Esto fue grabado por los escribas del viejo conquistador Tirmanius. Escucha, Galimidas. Sé dónde ir... Sé que ladrillos oprimir. ¡Tenemos el camino marcado!

Galimidas agitó la cabeza.

—No... —Galimidas hizo una mueca—. Además. ¿Cuánto vale lo que buscas?

—¡Tiene un precio inconcebible!

—¿Inconcebible?

Imagus puso la mano en el hombro de Galimidas. Este pareció alarmado por el gesto.

—Esa piedra tiene el poder de revivir a los muertos.

—¿Qué cosa? —Galimidas arqueó una de sus cejas divididas por cicatrices. Mostró sus dientes de madera.

—¡Sí! Así como lo oyes.

Galimidas suspiró.

—No juegues. ¿Qué quieres hacer? ¿Quieres venderla?

—No... No lo entiendes. Hablamos de la vida eterna. Hablamos de...

—Sí, sí. Conozco las leyendas. Pero, no, muchacho. Mi respuesta es no.

Galimidas se acabó la tercera cerveza de un sorbo.

Imagus puso las manos sobre la mesa.

—¿Y si aumento la paga? Te doy el doble. Vamos, no puedo ir sólo. No sé que puede haber allí. Tú eres el experto...

La verdad, era el único soldado, aunque retirado diez años atrás, que había explorado cavernas de la isla. No tenía nadie más a quien acudir.

Galimidas agitó el rostro.

—No. No puedo, muchacho, pero gracias por la cerveza.

Imagus suspiró y escondió el rostro entre las manos.

—Como quieras. —Imagus se puso de pie.

—No cambiaré de opinión —declaró el guerrero.

—Entiendo, Galimidas. ¿Sabes de alguien que pueda ayudarme?

—¿Quieres un soldado? También está Tyrus. ¿Ya le preguntaste?

Tyrus era un borracho peor que Galimidas. Probablemente no era capaz de mantenerse en pie la mitad del día.

—¡El buen Tyrus! ¡Por supuesto! —dijo Imagus, fingiendo que la sugerencia fue útil.

Imagus pensó que era mejor ir solo que con Tyrus. Pero aún así no podía imaginarse a sí mismo entrando al salón de la serpiente solo, con la esperanza de encontrar una piedra de leyendas.

Pensó en su madre y en cómo la había perdido. Esa era la única forma de traerla a la vida. Sino, quizás valía la pena entrar en las profundidades de la

tierra y morir, buscando traer a un inocente de vuelta.

A Imagus le entraron ganas de llorar, se apresuró a enrollar el pergamino, lo metió en su bolso y se puso de pie.

—Bueno, piénsalo... —se volteó, dejando las monedas para la cerveza sobre la mesa.

—Ya sabes, muchacho. Tyrus está en la calle principal, por si quieres preguntarle.

Imagus sonrió, pero no se volteó para mirar a Galimidas. Las lágrimas ya corrían por su mejilla, y avanzó entre la multitud. El mundo parecía cruel y desconfiado, y se sentía solo. La única gente que lo había entendido había muerto. Su padre y su hermano Hervis, que había vivido solo ocho años... Y su madre. ¿Por qué había tenido que irse así? Él desearía haberla tratado mejor en aquellos días. No se imaginaba que iba a morir de forma tan cruel. Si tan solo la tuviera un día con él para decirle lo mucho que la amaba y agradecerle por todo.

Imagus avanzó lentamente hacia la puerta, mientras los presentes lo miraban con desdén.

De pronto, alguien le dio un empujón que lo hizo perder el equilibrio. Se tambaleó y se sujetó del brazo de alguien.

—¡Oye! ¡Mira a quien tenemos aquí! —dijo una voz.

Imagus tragó saliva. Miró hacia arriba y se encontró con un hombre de estatura promedio, barba oscura y la cabeza rapada.

—¡Mira a este enano! —declaró el hombre—. ¡Oye! ¿Por qué lloras? ¿Te dejó tu marido?

Imagus quiso ignorarlo y avanzó, bordeándolo. Pero el bravucón lo interceptó y le dio una patada en el estómago. Imagus sintió cuerpo caer como el discóbolo arrojado por un atleta, cayó, sus brazos gruesos golpearon los tobillos de otra persona, y además de verle la entrepierna, vio una pinta de cerveza deslizarse de las manos del hombre y vertirse sobre su rostro.

Las risas sonaron a su alrededor.

—¡Ahora verás! —dijo el de la cabeza rapada, mientras lo sujetaba del cuello de la túnica; ahora, Imagus estaba de pie, pero el calvo lo contraminó contra la pared—. ¿Quién te crees que eres para ignorarme?

—¡Imbécil! —dijo el que había sido dueño de aquella cerveza—. ¡Ahora págame esa cerveza!

—L-lo lamento. No era mi... —Un puño en su estómago lo interrumpió, y

reaccionó inclinando su cuerpo hacia el frente; el de la cabeza rapada destensó su puño e Imagus cayó en sus rodillas.

—¡Fuera de aquí, gusano! —gruñó el bravucón.

—¡Págame esa cerveza, malnacido! —dijo el dueño de la cerveza derramada.

Imagus deseó que Galimidas no lo hubiera visto entre la multitud. Se sacó una moneda del bolsillo y la levantó sin mirar.

El de la cabeza rapada lo miró desde arriba, con los dientes crujendo, y de pronto, le arrancó el bolso que colgaba de sus hombros, rompiendo el cinto que lo sujetaba.

Imagus sintió que el alma se le salía por los pies.

—¡No! —gritó, estirando sus manos.

—A ver —dijo el bravucón— ¿Qué tenemos aquí?

Volteó la bolsa y el cilindro de barro cayó al suelo y se rompió, con el papiro cayendo sobre la cerveza vertida, además de una docena de pergaminos que Imagus había coleccionado.

—¡Maldición! —Imagus cayó a sus rodillas y levantó cuidadosamente su colección, evitando que se rompieran.

—¿Qué es todo esto? —espetó el bravucón, levantando un pergamino rápidamente.

—¡Oye, Jor! —Era la voz de Galimidas atrás de ellos—. ¡Deja al muchacho en paz!

—¡Cállate abuelo! —gruñó el bravucón y examinó uno de los pergaminos contra la luz— A ver. Hechi-hechi-. ¡Tú! Lotar, tú sabes leer. ¿Qué dice aquí?

Se acercó otro chico de pelo negro y sin rasurar, olía a alcohol, y le dio una hojeada al papiro.

—*Hechizo para... Para protegerse de los ojos de aquel que mira desde atrás del lago de la muerte.*

—Por la maldita madre de los perros —espetó Jor—. ¿Qué diablos es?

—No lo se, Jor, parece falso —respondió Lotar—. Creo que es algún tipo de magia.

—¿Magia? —Jor arqueó una ceja— ¿Eres un hechicero?

Imagus sentía las lágrimas asomarse a sus ojos otra vez, pero carraspeó y se contuvo.

—P-por supuesto, señor —dijo.

—A ver —Jor habló lentamente— Puedes... ¿Hacer magia? —hizo una

seña con las manos, y luego, una onomatopeya para ilustrar poderes mágico— *pieu, pieu*. Ja, ja. ¡Amigos! ¡Es un mago! ¿Qué más tienes aquí? —dijo Jor, y prosiguió a eructar.

—Pues... ¡Lo que tú quieras! Te leo el futuro... Te... Te ayudo a encontrar tesoros, te guío a un buen negocio... Lo... Je, je... Lo que tú... Quieras. — Esbozó otra sonrisa.

—¡Mira esto, Jor! —Lotar levantó otro de los pergaminos, el cual tenía el grabado de un girasol en el centro, y letras a tinta alrededor—. Es un hechizo para recobrar el amor perdido.

—¡Déjame ver! —Jor se lo arrebató a Lotar de las manos, y Imagus rezó porque no lo rompieran.

—Sí —dijo Jor—... Pero hay que...

Jor lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Sabes hacer que esto funcione?

—¡Por supuesto! —Imagus se apresuró a fingir una sonrisa— Es... Sí. Puedo hacerlo.

De pronto, el rostro de Jor se transformó. Su mueca de disgusto se transformó en una de agonía, y lágrimas empezaron a brotar de su rostro como si fuese un bebé.

—¿De verdad?

—Sí —Imagus apretó los dientes. Pensó Jor estaba tan borracho que sentía que sería capaz de controlar sus emociones.

Jor se enjugó las lágrimas.

—¿Puedes hacer que Camla me quiera otra vez?

—Bueno. Sí. Ja, ja. Puedo...

—¡Pues hazlo! —Jor lo sujetó de los hombros. Imagus parpadeó.

—¡Por supuesto! ¡Yo te ayudo!

—¿Y? ¿Cuánto te pago?

—Nada... Es...

Tragó saliva. Miró de un lado a otro.

—Necesito que alguien me ayude a buscar un tesoro escondido.

## IV El hijo del águila

**P**rianka había invitado a Gumnar a pasar la noche con su familia. Lo llevo en un carro guiado por dos caballos blancos de crines cortas, y riendas incrustadas de joyas con bordados de terciopelo. Atravesaron los jardines y los campos cuando el grano aún crecía. La casa de Prianka se alzaba como un templo sobre la colina, con pilares blancos custodiando la entrada, con barrocos sobre los dinteles, retratando leyendas de los dioses del Norte. Gumnar entró, aspirando las fragancias de hierbas importadas, ante el saludo de los criados, algunos de tierras norteñas, habilidosos en confección y en otras artes, y otros oriundos de aquellas islas, como la madre de él.

—Bienvenido, futuro yerno. —Hadad lo recibió con un abrazo paternal, y lo hizo pasar a una sala rodeada de arbustos cuidadosamente podados, entre flores de colores, y bajo linternas de piel. En las esquinas colgaba un estandarte representando tres colinas, al lado del cual colgaba un escudo redondo, con incisiones hechas a espada décadas atrás.

—Muchas gracias —dijo Gumnar.

—Estás en tu casa. —respondió Hadad—. Pasa, por favor, acuéstate a la mesa. Tienes que probar lo que cazamos, y el vino de este año. Está imperdible.

—Pues por supuesto. —Gumnar se imaginó el sabor del vino y la carne. Se le antojaba. Pero esos días había comido demasiado con tantas personas que apenas le quedaba espacio.

—¿Te apetece vino aromático de Nurmandia? —preguntó Hadad.

—Eso vendría bien —contestó Gumnar, mientras la boca se le hacía agua.

—Vamos. Qué esperas. Siéntate. ¿Me parece que estaba muy cansado, no es cierto?

—Nunca se está demasiado cansado para un buen vino. —Gumnar sonrió y se rascó la barba rubia. El senador se dejó caer al lado de la mesa, contra el muro, en un sillón lleno de almohadones color lavanda. Gumnar se sentó al lado opuesto y Prianka se sentó en posición de loto, junto a él.

De repente, entre los criados que entraban y salían, Gumnar notó un rostro familiar.

Sí. Lo recordaba de años atrás, cuando él era niño.

La mujer se volteó tímidamente, sus ojos verdes y cansados estaban rodeados por párpados elegantes y de edad. Gunnar se apoyó sobre la mesa. ¿Podía ser ella?

—¿Adhilna? ¿Eres tú? Soy yo, Gunnar.

La mujer dio un paso atrás, tímida.

—Adhilna, acércate; Gunnar quiere hablar contigo — dijo el senador Hadad.

Gunnar sintió ganas de llorar. Aquella mujer humilde había criado a su madre en los recintos de la tribu. La recordaba de cuando era pequeño.

—¿Gunnar? —preguntó ella.

Los ojos de la mujer brillaron y habló en el idioma nativo:

—¿Eres tú? ¿El hijo de Haleria?

—Sí. —Gunnar contestó en kalánico, con una sonrisa y los brazos extendidos para darle un abrazo—. ¡Ven!

La mujer inclinó la cabeza. Hadad era el dueño de casa, pero Gunnar no podía ver a Adhalina y no sentarse a comer con ella. Para él no podía ser una simple sirvienta, sino parte de su familia.

—Siéntate con nosotros, por favor —dijo Gunnar, y le dirigió una mirada a Hadad

Ella pareció sorprendida.

—Ven, siéntate conmigo —Gunnar se volteó y miró a Hadad—. Ella me crió, era de la tribu de mi madre.

—¿Es verdad eso, Adhilna! —preguntó Hadad—. Ven, siéntate.

—Mis señores, no quiero deshonrar vuestros nombres.

—A mí me honra que estés aquí, por quién eres —dijo Gunnar.

—Gracias, mi señor.

—Soy casi tu sobrino, Adhilna. Vamos, siéntate, por amor a los dioses.

Adhilna parecía reticente, pero accedió.

—Estos filetes de caballo parecen deliciosos. —Gunnar tomó uno y lo sirvió en el plato frente a ella—. Vamos. Come.

—Gracias, mi señor.

—Ya te lo he dicho, Adhilna, me honrarás si me llamas hijo.

Ella inclinó la cabeza.

—Cuéntame. —Gunnar sonrió—. ¿Cómo está tu hijo Hurher? Recuerdo jugar con él. Siempre me ganaba en las luchas. Claro, él era mucho mayor.



—Mi hijo se unió a los legionarios —dijo ella, cabizbaja—. Murió hace diez años.

Gumnar inspiró profundamente.

—Lo siento. Hurher era una persona magnífica, y seguramente los dioses lo tienen en honra especial.

—Seguro que sí —dijo ella, y esbozó una sonrisa, pero su mirada permaneció clavada en el plato.

Gumnar le dirigió una mirada a su futuro suegro. Sabía que él trataba bien a la gente. No soportaría enterarse que hiriera a sus siervos.

—Tía, hay algo que debo preguntarte. ¿Por qué te veo tan triste?

—No es nada.

—Parece que tienes miedo. ¿Está todo bien?

—No es nada, hijo mío.

Gumnar conocía esa mirada de resignación y terror. Lo había visto en las madres, hijas y esposas que enfrentaban y temían invasiones bárbaras en el norte.

—Dime. ¿Qué pasa, tía?

Ella suspiró.

Hadad la miró a los ojos.

—Adhlina —dijo Hadad, con seriedad—, cuéntale sobre lo que dijo el sacerdote.

—¿De qué hablas? —Gumnar arqueó una ceja.

Hadad se aclaró la garganta.

—La semana entera habían pasado golpeando cacerolas en la tarde. El sacerdote del Sol también estaba preocupado.

—¿Por el cometa? ¿Quieres decir que es una señal?

—Pues eso es lo que han dicho —dijo Hadad—. Y dicen que es algo malo. A ese cometa le llaman cola de serpiente.

—¿Qué quiere decir el cometa, Adhlina? —preguntó Gumnar.

Ella suspiró. Parecía no tener el valor para invocar las palabras.

—Dime —Gumnar insistió—. Dime si puedo hacer algo. ¿Qué presagiaba el cometa?

—Viene...

—¿Quién?

—La gran serpiente. Givaté Basilisk.

Gumnar sintió un temblor recorrer su espina dorsal.

—¿La gran serpiente? ¿Estás segura?

—¿Lo crees, Gumnar? —preguntó Hadad, arqueando una ceja.

Gumnar inspiró profundamente.

—Son las historias de mi infancia. —Él clavó la mirada en su vaso de vino—. Dime, Adhlina, esto me concierne. Soy de tu sangre. ¿Qué quieren decir con toda esa habladería sobre el hombre-serpiente?

—Antes de tu tatarabuelo, la serpiente apareció también.

—¿Como ahora?

—Sí. Y entonces fue la rebelión de Laziu, él. Laizuse convirtió en el hombre-serpiente. La estación de la serpiente ha llegado. Y él volverá.

—Cuando mataron a... ¿Cuando eliminaron a los ojos de nubes?

—Sí.

Gumnar tragó saliva.

—¿Pero va a volver? ¿Cómo puede volver?

Los ojos de Adhlina brillaron, ella estiró sus brazos y se aferró de las manos de Gumnar.

—Gumnar. Tú... Tu puedes enfrentarlo...

—¿Yo? —Gumnar agitó la cabeza— ¿De qué hablas?

—Tu tatarabuelo combatió con él. Él lo venció, y tu bisabuelo fue hombre águila, él subió a la montaña de la fuerza antes de la llegada de la raza de tu padre. Yo lo recuerdo cuando era niña.

—Pero... Yo no soy...

—Detenlo, por favor. ¡En nombre de los dioses! ¡Protege a tu pueblo!

—¡Yo no soy el hombre águila!

—Gumnar... Yo recuerdo aquella carta astrológica. Cuando naciste... Tú... Tú también eres el hijo del águila.

Gumnar sintió la mano de Prianka aferrarse de la de él. La miró a los ojos. Agitó la cabeza.

Hadad habló:

—Han pasado cosas muy extrañas, y de algunas nos enteramos hace poco.

—Sé de los desaparecidos —dijo Gumnar—... Pero no tiene nada que ver. No...

—Así fue en la época de los antepasados... —dijo ella—. El hombre-serpiente comenzó robando niños y desollándolos en secreto. Así se alimentaba de su energía para alargar su vida. Está volviendo.

Gumnar inspiró profundamente. No quería creer en aquellas profecías. Para

él, simples leyendas, interesantes, pero nada más que sueños perdidos en el tiempo.

Pero algo en su interior lo llamaba.

—Echa un vistazo —Prianka le susurró al oído—, Gumnar. Yo voy contigo.

—¿Que eche un vistazo a dónde?

—Al salón de la serpiente.

Gumnar tragó saliva y agitó la cabeza.

—Es un trabajo para la milicia.

—¡La milicia no sabe a lo que se enfrenta! —Los ojos de Adhlina estaban abiertos como platos—. El comisario se perdió en las entrañas. Solo tú, que eres protegido de los dioses, Gumnar. ¡Ayuda al pueblo de tu madre!

—Adhlina, si está pasando... Si es, en realidad, una profecía, será abatido. La milicia o el orden imperial lo vencerán, pero no es mi trabajo.

Adhlina se aferró fuertemente de él.

—Gumnar. Es tu destino.

## V El pedagogo

—Vamos, niños, acérquense —Huloridas se rascó la barba y se sentó en una piedra iluminada por el sol. Los pájaros trinaban entre los árboles frondosos y el sol se colaba entre las hojas; mientras la mitad de los niños se esforzaban por prestar atención, y los demás parecían obsesionados con el trino de las avas, o ocultaban las miradas para cuchichear con sus compañeros.

Para ese fin, Huloridas cargaba una vara de bambú. Odiaba usarla, pero los pedáogos más sabios lo recomendaban para tratar la rebeldía.

Elevó la voz, asegurándose que todos escucharan.

—Ahora, ¿qué constituye los humores del cuerpo?

Los niños respondieron en coro:

—Hay tres estados, la sangre, el alma y la bilis.

—¿Y en los árboles?...

—Los árboles tienen savia que corre por los canales de sus troncos.

—Ahora, repitan después de mí. Cuidaré de los árboles.

Los niños repitieron.

—Porque son mis hermanos.

—Porque son mis hermanos —repitieron los niños.

Pero Huloridas atrapó algo con la esquina de su ojo. Había un chico que guardaba silencio, su expresión estaba pálida y su rostro triste.

—Taridas. ¿Estás bien?

El niño no se movió. Parecía una estatua.

—Taridas. ¿Me escuchas?

Los otros nueve niños se voltearon y clavaron la mirada en Taridas, casi al final de la fila, sentado sobre una piedra, con su túnica limpia y resplandeciente, de las mejores telas. Era pequeño como un gato, delgado, de cabeza redonda y ojos grandes, piel olivo.

Subió la mirada. Parecía asustado.

—Taridas. ¿Estás prestando atención?

De repente, el chico miró hacia arriba.

—Sí, señor —su voz era queda.

—Concéntrate —Alzó la vara en alto, como para amenazar, pero luego la colocó sobre sus rodillas.

—Sí, maestro.

—Ahora, dime cómo se llaman las partes del árbol.

—Sí... Señor...

—Vamos.

—La... La raíz... El tronco...

Huloridas se alzó de pronto. Con la vara en mano. Pero no le gustaba golpear a los niños, la rigidez era necesaria, pero a veces, algo andaba mal en casa y hacía que no se esforzaran en la academia.

—¿Qué pasa, Taridas? ¿Por qué no estás poniendo atención? ¿Pasa algo?

—Señor. Acérquese, por favor.

Huloridas avanzó lentamente, mientras el chico corría al centro del círculo y se aferraba del cuerpo de él, como si fuera su padre.

Huloridas arqueó una ceja.

—Alguien me está mirando —susurró.

—¿Quién?

—Entre... Entre los árboles.

Huloridas aguzó la mirada. No era la primera vez que había mirones perdiendo el tiempo, o adolescentes que disfrutaban de asustar a niños más pequeños. Se levantó de un salto y caminó hacia el fin del claro, a donde los árboles se amontonaban y cercaban el sendero. Aguzó la mirada, pero no vio nada.

—No hay nada entre los árboles, Taridas. Ahora, presta atención.

—Sí, señor. —La voz del niño era cada vez mas baja. Ese no era el Taridas de siempre. No solía ser ruidoso y malcriado como otros, como Guytnad, a quien le había dado un buen golpe en las manos el otro día. No, Taridas nunca se metía en problemas; pero solía sonreír e interesarse por la clase.

—Volviendo a la lección —dijo Huloridas, volviendo a su puesto—, y si no sabéis las respuestas, los haré correr tres vueltas más durante la clase de atletismo. ¿Entendido?

—Sí.

—Veamos. Las partes del árbol. ¿Para qué sirven la raíz? Quiero la definición según el pergamino.

—El árbol come por la raíz.

—Bien. Eso era fácil. ¿Para qué son las ramas?

—Para absorber la luz del sol.

—Fácil.

Uno de los niños dejó caer su libreta. Los demás tenían la mirada perdida en el cielo. Estaban pálidos como muertos.

—¿Pasa algo? —Huloridas se puso de pie y agitó la vara— ¿Qué les he dicho sobre distraerse? Venís aquí a aprender no a contar mariposas en...

Guytnad echó a llorar como un condenado.

—¿Ahora qué? —se agitó con la vara en alto, listo para golpearlo. Odiaba con todo su corazón cuando trataban de llamar la atención.

—¿Por qué lloras, Guytnad? ¿A ver, qué miráis?

Huloridas se dio una media vuelta, y alcanzó a ver una silueta verdosa entre las ramas de los árboles, como un basilisco, delgado, pero del tamaño de un hombre, ojos amarillos y una lengua violeta, como la de una serpiente. Se desvaneció en un parpadeo.

—¡Perdón mamá! —Guytnad estaba abrazando las caderas de Huloridas— ¡No volveré a portarme mal! ¡Por favor, no deje que el monstruo me lleve!

Huloridas quiso hablar pero la lengua se le trabó. Sintió un olor a orina rodeándolo. Los niños lloraban. Al fin consiguió hablar.

—Acercaos, niños.

Ellos no tardaron en correr hacia él y abrazarlo, él mantuvo la vara en alto. No podía estar pasando. ¿Qué había visto? No, era solo un sueño, o quizás alguien estaba haciendo una broma para asustar a los niños; pero cualquiera que fuera el caso, tenía que protegerlos. Apretó los dientes.

—¿Estáis todos aquí? —dijo, y contó en su mente. No faltaba ninguno. Los diez estaban con él.

—No se separen. Vamos a...

Notó algo extenderse detrás de los niños, como un brazo largo.

Un chillido rasgó el aire, y todos se voltearon anonadados. Vio que Taridas dejaba el suelo como la cría de una libre arrancada del suelo por un águila rapaz, para desaparecer entre los árboles.

—¡Taridas! —Huloridas gritó con todas sus fuerzas y corrió hacia los árboles oscuros y frondosos, siguiendo aquella pista que se desvanecía entre las hojas, y las dejaba danzando como golpeadas por una ráfaga de viento.

Gritó el nombre de Taridas otra vez, pero ya no vio nada más que las hojas agitándose y las nubes oscuras en lo alto.

## VI Inocentes

Prianka amaba caminar por la colina de Vasavra, y convenció a Gunnar de salir temprano a dar un paseo y recoger champiñones y hierbas. Gunnar dejó su armadura, su espada y su cota de malla, y salió, como no lo hacía desde hace tanto tiempo, en una túnica beige; con la espada ceremonial colgando de su cinto para la honra de su legión. Prianka, al contrario, llevaba altas botas de exploradora y una túnica de cuero que le quedaba un poco ajustada.

—¿Vas a ir con eso puesto? —Prianka clavó la mirada en las sandalias.

—Pues... Sí —dijo Gunnar— ¿No vamos solo a caminar?

—Quería que estuvieras listo para dormir en el campo.

Gunnar suspiró.

—Ya extraño las camas, y tú quieres. Si quieres cambiamos y te envío a la legión.

—Iría pero solo a tu lado —ella avanzó a la puerta de madera y la abrió de par en par. El sol brillaba con fuerza y el cielo era azul como el mar profundo. Una brisa agradable entró.

—Vamos, que el día está hermoso —dijo ella.

—De acuerdo —Gunnar salió sin prisa, rascándose la melena rubia, cuando Prianka se sujetó del brazo de él para avanzar lado a lado. Gunnar sonrió para sus adentros y bostezó.

El jardín de Hadad era amplio y había todo tpo de flores que Hadad había traído para Prianka, sobre todo, plantas medicinales. Gunnar la miró por la esquina de su ojo y pensó en lo afortunado que era. Los ojos verdes de Prianka escaneaban el paisaje, y tenía una sonrisa tenue en los labios cincelados, como si todo a su alrededor fuera perfecto.

—¿Escribiste más poemas? —preguntó él.

—Por supuesto.

—Y... ¿Me los mostrarás algún día?

—Paciencia, tigre.

—Pues como tu prometido, preferiría escucharlos antes. Ya sabes, supongo que soy especial.

Ella rió y suspiró.

—Me parece un poco vergonzoso.

—Si escribes poemas, ¿qué será vergonzoso? Sé que eres buena. Sino no ganarías los juegos florales. No hubieras ganado tres años seguidos.

Ella se tocó el cabello.

—Me da un poco de vergüenza por el tema.

—¿Qué tema? —el arqueó una ceja.

—Pues... Hablan sobre una chica que espera a su hombre, que fue a la guerra y ella no sabe si volverá.

—Y qué ocurre cuando él vuelve.

Ella lo miró a los ojos, sus ojos resplandecían, sus pupilas estaban dilatadas, parecía un ángel.

—Ella siente está en el paraíso.

La mirada no engañaba, ella cerró los ojos, Gumnar inclinó la cabeza lentamente y le besó los labios. Sus labios se volvieron a juntar, cada vez con más sed, como bebiendo de una fuente de agua fresca en la montaña. Se miraron.

Continuaron su camino por el sendero de piedras planas hasta salir del terreno de Hadad. A sus pies yacía la aldea que los vio nacer; Asa, rodeada por aquel bosque extenso. Gumnar notó un montón de gente rodeando un perímetro. En el centro había un hombre de barba negra, con algunas canas asomándose, los hombros anchos y una toga celeste. A su lado había dos milicianos, con lanzas largas y túnicas azules con la insignia de Venus grabada en el pecho.

—¿Qué pasa allí? —preguntó Prianka.

Gumnar se acercó a la muchedumbre.

—¡Os digo que es verdad! —dijo el de los hombros anchos—¡Es el gran lagarto! Lo he visto con mis ojos. ¡Yo mismo no lo creería!

Un hombre de bigote largo agitaba la cabeza, con los brazos cruzados:

—Mi hijo es su alumno, dijo que lo vio. Y yo confío en mi hijo.

—¿Estás loco? ¡Este hombre un mentiroso! —gritó una mujer de cabello rizado y quijada prominente.

—Mantened la calma, por favor —uno de los guardias sujetaba el brazo de la mujer.

—Perdón... ¿Qué está pasando? —Prianka avanzó entre la multitud.

La mujer de la amplia quijada señaló al sujeto de los hombros anchos:

—¡Debéis aprehender a ese hombre, inventó una mentira y ahora mi sobrino desapareció!



—Le juro, por el bien de Taridas —.El hombre se defendió—, que lo que digo es verdad. Y estoy dispuesto a hacer lo que sea. ¡Iré yo mismo a buscarlo! ¡Si es necesario al salón de la serpiente!

—¿Qué ha ocurrido? —Gumnar le preguntó a un civil.

—Hay un niño desaparecido. Estaban en clase y... El hombre, y los otros niños dicen que se vio una aparición —contestó el hombre del bigote.

—¡No sé si es una aparición —dijo el hombre de los hombros anchos—, pero estoy seguro de lo que vi! ¡Lo vi con mis propios ojos! ¡Todos mis alumnos lo vieron! ¡Era el condenado espíritu del lagarto!

—¡Baje la voz! —dijo el miliciano.

—Vamos —dijo Gumnar, sujetando el brazo de Prianka. Ella lo siguió y se alejaron lentamente de la multitud.

—Eso fue muy raro —dijo él.

—Lo fue.

Gumnar no pudo evitar voltearse, y notar otra vez al hombre barbado discutiendo con la multitud. De pronto, sintió un empujón en el hombro y escuchó una voz áspera.

—Circula, grandullón. —Era un guardia con casco de hierro y una lanza en mano, con insignias de la milicia. Venía acompañado de otros cuatro, y marchaban veloces hacia la muchedumbre.

Gumnar se volteó rápidamente.

—¡Abrid paso! —Espetó el guardia. Miró de un lado a otro— ¿Dónde está Huloridas Karmakia?

—¡Es él! —la mujer señaló al maestro.

El maestro parecía sorprendido. Frunció el entrecejo.

—Soy yo. ¿De qué se trata?

El miliciano carraspeó, mientras dos de sus hombres lo sujetaban de los brazos.

—Queda arrestado —gruñeron, inmovilizándolo y apuntando lanzas contra su costado.

Huloridas agitó la cabeza:

—¿Por qué? —Forcejeó para soltarse—. ¡No he hecho nada! ¡Lo juro! ¡Dejadme ir a buscar al chico, que os ayudo!

—Espera —dijo Gumnar, y caminó de regreso hacia la multitud.

—¿Gumnar? ¿Qué piensas hacer? —preguntó Prianka.

—Poner orden —dijo él. La muchedumbre no se había percatado de su

presencia, cuando los milicianos hicieron al maestro marchar.

—Aguardad. —Gummar los interceptó—. ¿De qué ha sido acusado este hombre

—Apártate. Fue la última persona en ver al niño desaparecido —dijo el miliciano.

El hombre del bigote gritó desde el gentío:

—¡Todos los niños fueron testigos! El pedagogo no hizo nada malo.

—¿No vais a tomar en cuenta el testimonio de los niños? Ellos no van a mentir —dijo Gummar.

Prianka sujetó el brazo de él a sus espaldas.

—Gummar, tranquilo...

—Pues nosotros lo vamos a interrogar —gruñó el miliciano.

Gummar apretó los puños, sintió la furia fluir por sus venas.

—¡No! —gritó Gummar—. ¡Yo sé a lo que llamáis interrogar! No pienso ver que llevéis a un hombre a tal destino hasta probar su inocencia.

Prianka sujetó la mano de Gummar.

—Amor, déjalos hacer su trabajo...

Los milicianos se miraron entre sí, luego se volvieron hacia Gummar con una mueca de disgusto.

—¿Y tú quién te crees? —dijo uno de ellos, con la cabeza calva y una insignia en la capa que lo señalaba como oficial.

Gummar sujetó la empuñadura de su espada.

—¡Soy capitán de una legión del ejército Imperial!

El oficial chasqueó los dedos, y los otros dos milicianos apartaron a Prianka de un empujón y se abalanzaron sobre Gummar. Lo sujetaron de los brazos, y uno de los milicianos le apuntó con una lanza.

—No me hagas reír —dijo el oficial—. Eres un criminal que disfruta de retar a la autoridad.

—¿Qué? —Gummar trató de apartarse de los milicianos— ¡Soy un capitán del ejército! ¿Sabes los problemas en los que te podrías meter por hacerme esto a mí?

El oficial se carcajeó.

—¡Aquí la ley la cumplimos nosotros! ¡Lleváoslos!

Gummar volteó a ver a Prianka, quien estaba pálida como si hubiera visto un fantasma.

—¡Déjenlo, es un error! —apeló ella ante el oficial—. ¡Él solo quería dar

su opinión!

—Y nadie se la pidió ni a él ni a ti! —gruñó el oficial—. Vamos, avanzad, que ya es casi hora del almuerzo.

Los guardias aseguraron las muñecas de Gunnar con grilletas de hierro y le quitaron la espada.

—¡Cuidado con eso! —gritó.

Uno de los milicianos la desenvainó y revisó la hoja.

—Pues les dan espadas muy buenas a estos bastardos —dijo.

—Vamos —gruñó el oficial—. No perdamos más tiempo.

—Sí, señor —respondieron los milicianos y anduvieron, empujando a Gunnar.

Prianka les siguió.

—¿Qué hacéis? ¿Por qué os lo lleváis, si no ha hecho nada?

—Eso será decidido por un tribunal —dijo el oficial.

—¡Pero no ha hecho nada!

—¡El irrespeto a la autoridad e interferencia con la ley son crímenes serios!

Gunnar se volteó hacia ella.

—Prianka... —dijo— Dile a tu padre lo que pasó... Y que vengan a verme para sacarme. No tengo mucho tiempo, y si no me presento en tres días ante mi superior puedo tener problemas para volver.

Ella asintió con la cabeza y corrió cuesta arriba, hacia su casa.

El maestro gritaba; se podía notar la furia en sus ojos y las venas de su cuello marcadas al hablar:

—¡No miento! Mi único propósito era cumplir mi trabajo y cuidar de los niños. ¡Dejadme ir! ¡Soy inocente! ¡Soltadme y yo mismo os ayudaré a buscarlo!

Uno de los milicianos se detuvo frente a él. Lo miró con el ceño fruncido y lo abofeteó. El rostro del maestro se volcó hacia un lado. Luego, él agitó la cabeza y su cabello rizado se sacudió.

—Maldito —gruñó.

—¡Calla la boca o te la cosemos! —espetó el miliciano— ¡Hablo en serio!

El maestro subió la mirada y le mostró los dientes, pero el guardia se dio la vuelta y avanzó junto con el grupo.

Gunnar y el maestro fueron forzados a caminar hacia un edificio con muros de adobe, y un techo de paja sobre el que ondeaba la bandera de la ciudad.

—¿Creéis que sois hombres de la justicia? —gritó el pedagogo mientras

atravesaban el umbral— ¡Pues tenéis al hombre incorrecto!

Adentro, olía a humedad y había un puñado de milicianos con las cabezas descubiertas y la armaduras puestas. Varias espadas colgaban de la pared. Cerca de la entrada había una puerta amplia con una ventana de madera. Pero a medida que avanzaban, el edificio se volvía más siniestro. Descendieron unas escaleras de adobe y atravesaron una puerta de madera vieja, la cual reveló un pasillo lleno de celdas con rejas gruesas y carcomidas, algunas de ellas con cadenas en las esquinas, antorchas e instrumentos de tortura como agujas y azotes. Gumnar maldijo en su mente por haberse dejado llevar.

—Ya, tranquilo. —Gumnar se dirigió al pedagogo—. No te dejes llevar. Mira como me dejé llevar yo y ahora estoy contigo en esta pocilga.

—¿Cómo puedo dejar que nos hagan esto? ¡Es injusto! ¡Y ese chico está en algún lugar, perdido, quién sabe que le hará ese monstruo!

—Mantén la calma y colabora, quizás nos saquen pronto.

—¡No entendéis! —El pedagogo se dirigió a la milicia—. Mientras yo estoy aquí, ese chico está en peligro. ¡Es un niño pequeño! ¿Cuánto tiempo nos tendrán aquí?

Pero los gritos cayeron en oídos sordos.

Gumnar supuso que él podría salir en un par de días con la ayuda de los padres de Prianka, y que su ofensa era menor. Sin embargo, sabía de gente que había estado sido arrojada en prisión por error, y que había permanecido allí décadas, hasta que la piel les colgaba de las mejillas y se les podían contar los huesos. Si todo salía mal, sin llegar a que muriera de un mal golpe, el pedagogo permanecería allí hasta que se resolviera el crimen.

¿Pero qué si no se resolvía?

—Déjalos en la celda, ya los veremos luego —espetó el oficial. Los guardias llevaron al maestro primero y lo empujaron hacia el interior, él tropezó y cayó levantando un montón de polvo. Luego lo hicieron con Gumnar, no sin antes liberarlo de sus cadenas; le dieron una patada en la espalda, y él se esforzó por no caer al suelo.

El guardia cerró la celda, la cual resonó con un eco que Gumnar pensó capaz de despertar a un muerto, cerró con llave y salió de allí.

Huloridas se aferró a las barras y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Esto es una injusticia!

—Tranquilo —Gumnar le puso la mano en el hombro, pero la incertidumbre empezaba a hacer mella en él.

—¡No entiendes! ¡No tenemos idea de lo que le pasará al chico!

Gumnar se volvió.

—Dices que... ¿Que alguien se lo llevó?

—El gran lagarto... El hombre serpiente.

Gumnar agitó la cabeza. Decir esas palabras en voz alta hacía al maestro parecer un loco.

—Espera... ¿Lo viste? —preguntó.

—Lo vi con mis propios ojos —Huloridas estaba agitado, pero lo dijo con tanta sinceridad que Gumnar no pudo evitar creerle—. ¡Los niños lo vieron!

Gumnar tragó saliva.

—Y dices... Que se llevó al chico.

—Sí, lo tomó con una mano.

—¿Y cómo era el hombre serpiente?

gran lagarto miró al suelo, tenía los ojos bien abiertos.

—Era un horror... El solo verlo te paralizaba de miedo. Tenía... Los brazos verdes, escamosos, como cuerpos de serpiente, y delgados como ramas, su torso era como el tronco de un árbol de eucalipus... Y sus ojos rojos...

Gumnar carraspeó.

—Espera... No te preocupes... Mi suegro es senador, el vendrá y nos sacará de este agujero. Y si salimos... Yo te podría ayudar a buscarlo...

—¿Cuánto va a tardar? No puedo imaginar a ese chico desollado.

—¿Desollado?

Huloridas le puso las manos sobre los hombros.

—¿No conoces la leyenda?

Gumnar parpadeó.

—Sí... Pero...

De pronto, escucharon una voz áspera, como el graznido de un sapo, proveniente de la celda vecina:

—Por supuesto que vendría. Ya era tiempo.

Gumnar y Huloridas se voltearon. Divisaron un cuerpo escuálido, de larga barba enmarañada, en la oscuridad de la mazmorra, apenas iluminado por una luz tenue que venía del techo.

—Espera... Yo te conozco. —Gumnar abrió los ojos amplios. Notó la cicatriz, que formaba una X en el rostro del hombre. Nunca lo había visto en persona, pero la descripción encajaba—. Tú... Tú eres Yurium Kalomakis.

¡Tú mataste al senador Titario!

El hombre rió.

—Sí. Yo lo maté.

—Y te mereces.

—Quizás lo merezco, pero ese malnacido lo merecía mil veces más.

—¡Titario era un hombre de honor! ¡Y le arrancaste un padre a cuatro hijos y a una mujer noble!

—Tal como tú has hecho con muchos otros. ¿No es así, soldadito? ¡Tal como tu gente hizo con nuestros jefes!

—¡A mí no te referirás de esa forma! ¡Yo me encargaré que te ejecuten en cuanto salga de aquí! Además... ¡No sabes de lo que hablas! Yo también soy un hijo de esta tierra.

—Lo fácil que es engañaros... —el asesino rió.

Gumnar agitó la cabeza. No podía soportar estar encerrado con alguien de tan baja ralea como él. Una cosa era ser soldado y cumplir con su deber, para un bien mayor, pero le escapaba de la mente la forma en que aquel hombre había asesinado al buen Titario frente a su esposa y su hijo mayor.

—¿Le tenéis miedo a gran lagarto?

—No tememos a hombre o demonio —dijo Gumnar.

—Crees que eres grande y fuerte... Pero ni los ejércitos de los ojos de nube pudieron vencerlo. Ya sabes que fin tuvieron.

—No sé si los ojos de nube hayan existido —dijo Huloridas.

—Sí que existieron. Y su raza fue diezmada por nuestros antepasados, por un engaño... Por Luzien y sus hechizos oscuros...

—Hayan existido o no, el ejército del Imperio Katórida es el más grande de la historia, y defenderemos a nuestro pueblo de todo.

—Eres valiente, y tu corazón es heroico, pero eres más orgulloso que un burro. No te ves capaz de equivocarte, pero pronto te enterarás.

—¡Calla, bastardo!

—La armada no hizo buen trabajo en enseñarte humildad. ¿Cómo llegaste a capitán? ¿Le pagaste a un coronel? ¿Papá te ayudó?

Gumnar apretó los puños. Quería pedirle a los guardias que lo callaran.

—Eres frágil para un soldado.

Gumnar inspiró profundamente y se alejó de las rejas. Se dio la espalda y caminó hacia la esquina, donde respiró profundamente. Trató de controlar su carácter.

—Yurium... —dijo.

—¿Qué quieres? ¿Quieres otra lección?

—¿Por qué mataste a Titario?

Yurium rió como un loco. El eco de su risa llenó la sala, y los susurros lejanos de los guardias cesaron.

—¿De verdad quieres saber?

Gummar pensó que era un loco fanático, o miembro de una guerrilla rebelde.

—Porque Titario estaba llamando al gran lagarto, lo hacía él y otros... Lo hacía así... Estaba robando inocentes, les arrancaba su inocencia y vertía su sangre en altares ocultos.

Gummar abrió los ojos grandes.

—¡Estás acusándolo!

—Los del bajo mundo sabemos cosas... Vemos cosas.

Gummar agitó la cabeza. No podía imaginarse al viejo Titario cometiendo una atrocidad tan grande. Tenía que ser una mentira, calumnias de un grupo rebelde, o delirios sinceros de un loco.

—¿Cómo te atreves a mentir así?

—Si hubieras visto lo que yo vi, tu mismo le hubieras arrancado la tráquea.

De pronto, los guardias entraron con armaduras pesadas tintineando y lanzas; uno llevaba un cajón de madera. Dos se pusieron de pie frente a la puerta, mientras el oficial abría la celda y entraba acompañado de otros dos; uno cargaba una silla y la colocó cerca de la esquina de la celda.

—¿Qué ocurre? —preguntó Gummar, mientras un soldado le ponía la mano en el pecho para que no interviniera.

—Vamos a interrogar a este individuo —espetó el oficial.

—¿Qué? —el rostro de Huloridas se puso pálido, e intentó correr hacia la salida, pero los guardias aferraron su cuerpo y lo empujaron contra la pared.

—¡Para saber dónde has escondido al niño! —un miliciano se acercó a su rostro para intimidarlo.

—¡Yo no he hecho nada! —dijo Huloridas, desafiante—. Os lo puedo jurar.

Los guardias aseguraron sus muñecas con cadenas y grilletes.

—¡Dejadlo! —Gummar se acercó a ellos, pero un guardia lo amenazó con la punta de su lanza

—Escuchen... —dijo Gummar, alzando las manos— ¿No os parece un poco temprano como para interrogarlo?

—¡Calla o te saco esta lanza por el otro lado! —dijo el miliciano.

Los dos soldados que tenían a Huloridas lo sujetaron de los pies y arrastraron su nuca por el suelo. Uno de ellos le dio una patada en el pecho y presionó su bota contra él.

—Ahora, vas a hablar —espetó—. ¡Dinos qué hiciste con el niño!

—¡No miento, por los dioses! ¡Lo juro por los dioses! —Los gritos de Huloridas se volvían cada vez más fuertes.

—¡Deja de mentir! —gruñó el miliciano y le dio un golpe con la vara que le dejó una marca roja en la mejilla.

—¡No estoy mintiendo!

—¡Deja de mentir! —el oficial dio un paso atrás y le dio una patada en la costilla con su bota de hierro. Huloridas apretó los dientes

—¡Dejadlo, salvajes! —gritó Gumnar— ¡Haced una investigación antes de maltratar gente!

De pronto, un aporreo resonó en la puerta de entrada, lejos del pasillo. El oficial se volteó.

—Maldición —gruñó—. Catótidus, ve tú.

—Sí, señor —dijo uno de los guardias de pie fuera de las rejas, con cicatrices de viruela en el rostro, y corrió hacia la puerta.

—Sigamos —dijo el oficial torturador, con una sonrisa.

—¡Lo juro por los dioses! ¡Pregúntele a los niños! ¡Por dios, no!

—Señor... —dijo uno de los que guardaban la reja, hablaba aceleradamente, como para evitar el desastre—. Algo de lo que dice es cierto, yo estaba con ellos esta mañana y los niños decían lo mismo que él.

—¡Calla Granulus! ¡No sabes lo importante que es este procedimiento! Al fin sabremos quién está detrás de las...

—¡Señor! —Catótidus entró corriendo—. ¡Ha desaparecido otro chico!

—¿Qué dices? —el oficial se levantó de un salto.

—¡Sí!

—Maldición. —Volteó a ver a Huloridas, quien seguía pálido como un muerto y su frente goteaba de sudor— ¡Déjenlo encadenado, ahora volvemos!

Huloridas corrió al exterior de la celda, dejando a los dos guardias dentro, con las lanzas en mano y vigilando a los dos prisioneros.

Gumnar tosió y se levantó. El guardia hizo un gesto para amenazarlo, pero Gumnar lo ignoró y se acercó a Huloridas.

—¿Estás bien? —dijo, examinando los grilletes en sus muñecas.

Huloridas asintió con la cabeza.



—Que suerte tuviste... —dijo Gumnar—. Disfruta que estás entero, mientras no vuelvan. —Miró al guardia—. Oye. Él no sabe nada, ya hubiera hablado. ¿Por qué no lo dejáis un rato mientras buscáis indicios.

—Calla, criminal —dijo el miliciano—. O el próximo serás tú.

—¿No sabes que soy capitán del ejército? Tú y tu clan de aficionados nos debe respeto.

—¡Tú nos debes respeto! Hemos hecho de este un lugar seguro, y...

—No tengo por qué respetar a tu pandilla de idiotas. Primero, hacéis daño y sois ineficientes. ¡Yo ya hubiera resuelto el problema!

—Imbécil, te vamos a romper los huesos si sigues pasándote.

De repente, las botas pesadas del oficial se escucharon, entró apretando los dientes y con la espada sobre la empuñadura. Los soldados inclinaron los rostros y abrieron la reja para él. Gumnar tragó saliva.

Se puso de pie frente a Huloridas, luego desenvainó y escupió en el suelo. Gumnar estaba a punto de saltar para inmovilizarlo. Quizás le costaría un mes en la cárcel. Quizás... Quizás su carrera de capitán acabaría. ¿Era ese el final? ¿Acaso lo perdería todo.

Huloridas retrocedió en su esquina, mientras Catótidus acercaba la espada al cuello de él.

—¿Juras que has dicho la verdad?

Huloridas miró hacia arriba, tenía el ceño fruncido.

—Lo juro por mi cuello.

—¡Suéltalo! —dijo al guardia, quien pareció sorprendido y se acercó para desencadenarlo.

—En marcha —dijo el oficial, y señaló a que abriera la puerta. Hicieron espacio, pero el miliciano que quedaba atrás amenazó a Gumnar con la mueca de un perro amenazante.

—Esperad... ¿No me dejareis salir a mí? —Quiso avanzar, pero la lanza ya le apuntaba al abdomen, sin más protección que su túnica de lino.

—Pues espero que te pudras... —dijo el guardia, cerrando la puerta atrás de él. Gumnar corrió hacia los barrotes y se aferró de ellos.

—¡Oye! ¡No he hecho nada! ¡Dejadme salir! ¡Yo os puedo ayudar!

La puerta que llevaba a la celda se cerró.

Yurium se rió en su celda, cada vez más fuerte, como si estuviera a un paso de perder la razón.

—¡Tú cierra la boca, asesino! —le gritó Gumnar.

—Quédate con ese mismo consejo —respondió Yurium—. Te hubiera hecho bien antes.

Gummar golpeó las rejas, dejó que el dolor disolviera su emoción, y se sentó en una esquina. Escuchó algo a sus espaldas, se volteó y notó una rata casi tan grande como un perro. Puso los ojos en blanco.

—¡Fuera! —dijo, y pisó donde la rata había estado, pero ésta se había escabullido y escapado por un agujero.

## VII Pesadillas

—¿Ya se te acomodaron las ideas? —dijo el guardia, abriendo la celda. Gunnar se levantó de su esquina y se estiró. Pasar sentado contra aquella pared de piedra irregular le había dado dolor de espalda. Era peor que las barracas en la isla donde entrenó.

—¡Respondeme cuando te hablo! —espetó el guardia y volvió a cerrar.

Gunnar puso los ojos en blanco.

—Ya, deja de jugar —dijo Gunnar.

El guardia decidió actuar con seriedad y volvió a abrir la celda.

—Saca tu hedionda esencia de aquí antes de que cambie de opinión —gruñó.

Gunnar no respondió, pero suspiró aliviado.

Yurius pareció despertar en la celda, y se agitó con sus cadenas de hierro.

—¡No olvides lo que te dije, mentecato! —gruñó— ¡Nada es lo que parece allá arriba! Son lobos en pieles de oveja.

—Sí, sí, lo que sea —respondió Gunnar.

Cuando Gunnar salió a la sala principal, Prianka lo recibió con un abrazo fuerte, acompañada de Hamillarus.

—¿Te hicieron algo? —Ella elevó la cabeza y lo miró a los ojos.

—No. —Gunnar agitó la cabeza— Estoy bien.

Dio un suspiró y miró al guardia, quien le entregó su espada.

—Gracias —musitó. Vio la puerta abierta, pero no se movió. La curiosidad lo llenaba, miró hacia la ventana de madera tallada en pequeños rombos, y notó al oficial discutiendo con Huloridas, en la otra habitación. Avanzó hacia la puerta, pero el guarda con las cicatrices de viruela lo detuvo.

—¿Te gustó la celda? —dijo—. Si quieres te dejo encerrado más tiempo. ¿Qué te parecen cinco años? ¿Crees que sales vivo?

—Gunnar. —Prianka lo tomó del brazo—. Es hora de irnos, vamos, papá mató un cordero para nosotros.

—Solo quiero disculparme con el jefe —dijo él, sin mirarla. Luego, se dirigió al guardia de las cicatrices—. ¿Puedo?

El guardia golpeó la ventana, y el oficial salió con el ceño fruncido. Miró a Gunnar como si quisiera arrancarle la cabeza de un cuajo.

—Entra —dijo, después de suspirar.

Gummar asintió con la cabeza y atravesó el umbral. Huloridas estaba sentado frente a una mesa redonda, con un vaso de vino frente a él, según la tradición norteña. Su rostro aún estaba sucio y su cabello alborotado. Tenía los brazos cruzados.

—Siéntate, por favor —dijo el oficial, después de un repentino cambio de humor.

—Gracias —dijo Gummar, y se dejó caer sobre una de las sillas—. Y... Quería decirle que lamento si...

—Calla, y vamos al grano.

—De acuerdo.

—Soy el oficial Jurdik Kalimonius. Soy el segundo al mando de la milicia de la ciudad. Estoy bajo la dirección del comisario, quien lamentablemente desapareció hace seis días. Sigo siendo el segundo al mando porque necesito nominación del gobernador para tomar su cargo, mientras él no aparece.

—Es un placer, oficial —dijo Gummar.

Jurdik inspiró profundamente. Pareció disgustado por las formalidades insinceras de Gummar.

—Nuestro mejor hombre, el comisario Algridas; está desaparecido. Después de eso prohibimos toda exploración del templo de la serpiente y cubrimos la entrada hasta contar con apoyo. Debe entender que mis hombres no estaban de acuerdo, pero debido a la situación y los peligros que yacen, los dimos por perdidos. Y no podemos perder más hombres.

Gummar asintió, pero intuyó algo extraño en las intenciones de Jurdik. ¿Acaso quería la posición del comisario?

—El señor Huloridas —el oficial continuó—, aquí, se ofreció a reunir un equipo de expertos que quieran entrar en el salón de la serpiente. Y... Usted se ofreció; y debido a su...

—Mi experiencia —dijo Gummar.

—...su experiencia en los campos de batalla norteños, y en las naves de la marina, suponemos que pueda funcionar.

Gummar meditó un momento. Ojalá pudiera salir de esas ruinas a tiempo. Si se tardaba más de una semana sin reportarse al líder local podía considerarse desertión.

Pero ya lo había dicho. No podía mostrarse débil. No, ya había cumplido misiones más difíciles en menos de un día. Sí, quizás en seis horas el trabajo ya estaría hecho y podría volver a casa.

¿Y si aquel hombre serpiente era real?

—Yo estoy de acuerdo —dijo, ignorando aquel temor sutil.

Jurdik inspiró profundamente, su frente arrugada parecía mostrar más irritación que de costumbre.

—El señor Huloridas está informado superficialmente sobre esta condenada cueva. ¿Qué me dice usted?

—Estoy listo para recibir cualquier información.

Jurdik se levantó y caminó a una estantería, en la que había una colección de pergaminos.

—El desaparecido comisario tenía acceso a ciertos... Libros, que describían la entrada a la cueva —se acercó a la mesa y extendió un pergamino prolijo.

Gummar le echó un vistazo.

—¿Este?

—No. Es falso —dijo Huloridas—. Ya he visto esta copia. Es falsificado.

Jurdik arqueó una ceja.

—¿Existe un mapa auténtico? —preguntó Gummar.

—No —Huloridas rompió el silencio que había guardado hasta aquel momento.

—Entonces... ¿Qué indicios tenemos? Es una misión suicida. ¿Hay algo que nos garantice que encontremos a los chicos y salgamos con vida?

—Lo único que se sabe son leyendas, todas variando una de otra —dijo Huloridas.

—¿Quién sabe entonces?

—Ni los kalánicos lo saben. Ni los sacerdotes de hace doscientos años lo sabían. Ni los hombres-águila. La leyenda decía que los espíritus guiaban a los probados, y si los espíritus no estaban de acuerdo, te perdías para siempre o sufrías una muerte ignominiosa.

—¿Y cómo tenemos que entrar? —Gummar lo miró.

—De cualquier lado, habrá muertes —dijo Huloridas, con el rostro rígido—. Los desaparecidos seguirán, y lo que enfrentamos no es un hombre. Debemos entrar, los que estemos dispuestos a morir por salvar esos inocentes, si es posible reporta lo que veamos para un grupo siguiente. Solo así tenemos una posibilidad.

—No tenemos suficientes hombres para eso —dijo Jurdik—. Esta es su oportunidad, o dejaremos el asunto cerrado.

—¿Y que más inocentes desaparezcan? —lo desafió Huloridas.

Gumnar pensó que no estaba dispuesto a morir. No, tenía una vida por delante. Pero sabía que era el mejor hombre para el trabajo. No podía ser tan peligroso. No, no podía haber un lugar construido para matar. Él y su equipo habían sido entrenados para las condiciones más precarias.

—¡Creo que debemos hacer un llamado a la ciudad! —dijo Huloridas—. Lo vi arrebatarse a un niño inocente. Yo era responsable de cuidarlo. Estoy seguro que muchos estarán dispuestos a dar la vida para proteger a sus hijos, sobrinos y hermanos. Conocen la leyenda... Ese demonio se alimentaba de la inocencia de los niños.

Gumnar sintió que Huloridas tenía razón, y sus deseos eran nobles. Pero... ¿Era acaso su lucha? Sería un héroe al morir así, pero no podía sacrificar su futuro con Prianka.

Además, no podía imaginarse a Prianka casándose con otro hombre. El solo hecho de perderla lo hacía sentirse solo y vacío.

—Entonces... —dijo Jurdik—. ¿Iréis?

—¿Y si asignáis a uno de los vuestros para que nos acompañe? —dijo Huloridas.

—No será necesario —dijo Gumnar.

—¿Por qué no? —Huloridas preguntó.

—No tenemos suficientes hombres como para perderlos —añadió Jurdik.

—¿Acaso solo nosotros podemos ser sacrificados? —Huloridas golpeó la mesa.

Jurdik abrió los ojos.

—Pues no debería preocuparos... bueno, quizá... Ahora vuelvo.

Jurdik se puso de pie y salió de la habitación. Cerró la puerta con fuerza.

Gumnar miró a Huloridas:

—¿Estás seguro que quieres hacer esto?

—Sí —dijo Huloridas, con sus ojos brillando, y fijos en los de Gumnar—. Si no, habría fallado como maestro. No puedo mirar a los padres si dejo que esto le ocurra a uno de mis alumnos.

Gumnar suspiró.

—Pues...

Él mismo no sabía por qué estaba involucrado. ¿Qué pensaría Prianka?

—¿Y tú? —preguntó Huloridas.

—No estoy seguro, pero puedo darte algunos consejos.

—No quiero tus consejos. Si quieres ayudar, ayudarás con tu presencia y esa espada. ¿Tienes idea de lo serio que es esto?

Gumnar apretó los dientes y no dijo nada. ¿Quién se creía que era? Gumnar era un capitán, y él era un maestro de primaria. Carraspeó.

—¿Tienes alguna idea de cómo entrar? —preguntó Gumnar.

—Vamos a experimentar, e ir con cuidado. Podemos llevar esos pergaminos, pero estoy seguro que todos son falsos. Ahora, ya que tú eres el experto. ¿Cuánta gente crees que necesitamos?

—Al menos cinco. Deberíamos llevar gente que sepa manejar armas, que tenga conocimiento de supervivencia y de medicina.

—¿Conoces a alguien así que no sea miliciano?

—Pues... —Pensó en su mejor amigo; pero no... había perdido una pierna, y podía ponerlo en peligro. ¿Quién más? Los milicianos podían usar armas, pero...

La puerta se abrió, y Jurdik dio un paso adentro acompañado del soldado de la viruela.

—Catótidus os ayudará —dijo, mientras el miliciano avanzaba sin la más mínima emoción en el rostro, para sentarse junto a la mesa.

—¿Cuándo queréis salir? —dijo Gumnar.

—¿Por qué no esta misma noche? —gruñó Huloridas.

Jurdik pareció alarmado.

—¿Esta noche?

—Sí —Huloridas volvió a golpear la mesa, como si la impaciencia lo dominara—, no sabemos si el chico sobrevivirá, en este mismo momento le podrían estar arrancando la piel. Debemos encontrarlo cuanto antes, y si es posible, eliminar a ese demonio. Busquemos los otros tres que nos puedan ayudar y vamos.

—¿Pero de noche? —preguntó Jurdik.

—Adentro no hay luz —dijo Gumnar—. No hay diferencia si vamos durante el día o la noche. ¿Y tú, Huloridas? ¿Sabes usar armas?

—Soy atleta, no solo maestro. Enseño luchas y lanzamiento de lanzas.

—No creas que la lucha cuerpo a cuerpo es lo mismo que la guerra, aquí no hay reglas... Y si de verdad se trata del gran lagarto, no sabemos que tan fuerte sea.

—Sé usar la jabalina, y si bien nunca lo he usado contra un hombre, tengo puntería decente, y suelo usarla para cazar.

—Como tú digas —dijo Gumnar— ¿y tú, miliciano?

—Yo quiero matar bandidos —gruñó.

Gumnar lo miró seriamente. ¿Quién se creía? Seguramente nunca había matado ni un venado para cenar y hablaba como si matar fuera lo más divertido del mundo. No había vivido lo que él.

—¿Que os parece si nos reunimos después del anochecer? —dijo Gumnar, tratando de tomar la delantera.

—De acuerdo —Huloridas se puso de pie—. Iré a preparar provisiones y pulir mis cuchillos.

—Bueno —Gumnar se levantó de un salto—. Nos veremos esta noche—. Y salió, cuando Jurdik le despidió con una leve inclinación de cabeza.

Pero no sabía cómo explicárselo a Prianka.



## VIII El loco

—Te lo juro —dijo Jor, empujando la puerta de la casa de Imagus. Imagus tragó saliva. Aquello parecía una señal de los dioses. Era demasiado bueno — o peligroso— para ser cierto.

Imagus miró de un lado a otro. Sintió su garganta secarse.

—¿La milicia? No puedo creerlo.

—¿Cómo que no puedes creerlo? Se tardaron mucho en hacer la convocatoria. Lo extraño es que no están todos buscándolo. ¿No escuchas los rumores? No estás al tanto de nada, chico. Vamos, es tu oportunidad.

—Supongo... —Imagus agitó la cabeza—. ¿Pero hablas en serio?

—Sí. Así que ven conmigo, y tienes que cumplir con tu palabra. Si no lo haces, ya sabes lo que te haré. Esas cargas de trigo no se llevarán solas.

—B-bueno —dijo Imagus, inseguro. Por una parte, era la oportunidad perfecta para buscar aquel tesoro, por otra, temía que alguien más estuviera detrás de aquella gema legendaria.

—¡Vamos, la expedición saldrá al anochecer.!

—Y... De acuerdo, Jor. Ya sabes lo que tienes que hacer. Haz tu parte, por favor. No puedo hacer esto solo. Y si lo haces, tu chica caerá rendida a tus pies.

—¿Me lo juras, gordito?

—No hacerlo sería inconcebible. Soy hombre de palabra.

—Pues de acuerdo con lo que he escuchado, tienes mucho que probar sobre eso de que tienes palabra.

—¡Siempre cumplo! A veces me tardo un poco, siempre lo hago.

—Tú cumple, si no. Ya sabes la condición.

—Claro.

—Vale. Pero no me abandones. No tengo buena relación con la milicia... Para nada. De hecho... Presentarme con mis credenciales sería una locura y...

—¿De qué hablas? —Jor lo miró con una ceja arqueada.

—Tuve un problema, y...

—¿Qué problema?

Ese incidente podía hacer que Jor dudara de él más de lo que ya lo hacía. Pero no decirle sería deshonesto.

—Tuve un problema con alguien.

—¿Te acusaron de algo?

—Sí. —Imagus se arrepintió inmediatamente. Sabía que las preguntas iban a continuar.

—¿De qué te acusaron? A ver...

—Eran mentiras, no tienes por qué preocuparte...

—¿Preocuparme?

—Sí.

—Dime.

Imagus soltó una risa.

—No es nada.

De pronto, las manos de Jor sujetaron su cuello.

—¡Oye, esto no es parte del trato! —dijo Imagus, con la voz apretada.

—¡Dimelo, gusano!

Imagus se había metido con el cliente equivocado. El dolor en su cuello aumentaba y no podía respirar. Agitó las manos para que Jor se detuviera, y lo hizo. Imagus dejó escapar un suspiro de alivio.

—Te explicaré. —Jadeó—. Iba a ayudar a un caballero a encontrar una mina de bronce cerca del volcán de Euronmia, pero no hizo bien el ritual; se quedó dormido, y no funcionó. Pero si hacemos los rituales perfectamente, nunca fallaremos. ¿Entiendes? Así que... Je, je. El comisario Algridas dijo que si me volvía a ver en negocios extraños; en algo que podía interpretarse erróneamente como estafa, me iba a arrestar junto con mis allegados... ¡Es inconcebible! Me dijo que me arrestaría.

—Digamos que haré todo lo que tu me digas, pero si me metes en un lío, estarás muerto antes de que puedas ver la luz del sol.

Imagus tragó saliva, pero extendió la mano, le mostró una mirada llena de confianza y sonrió.

—Trato —dijo, fingiendo satisfacción— Ahora... A trabajar.

Imagus sacó su mejor toga, se la puso sobre una túnica dorada, y sobre su cabeza colocó un sombrero de piel de mapache. Llevaba los rollos bajo el brazo. Jor, por su parte, pidió prestada la vieja armadura de su tío.

Pero Imagus temía que el comisario Algridas le diera problemas, así que consiguió una barba postiza y un parche, que usó para cubrirse el ojo. No era la primera vez que se disfrazaba para conseguir un fin.

El llamado era en medio de una plaza al pie del volcán de Euronimia el

cual señoreaba como un guardia amenazante. Allí se habían apostado los guerreros que seleccionarían a los miembros de la expedición. Uno con el cabello rubio, barba corta y el rostro amarillento, con una gran espada colgando de su cinturón; otro de hombros amplios y una armadura improvisada, con los brazos cruzados; y uno con el uniforme de la milicia. Al lado del grupo había una mujer de cabello hasta la cintura, lacio como la seda, como solo lo conseguía la gente de casta alta, y ojos brillantes como esmeraldas. Imagus pensó que era la segunda mujer más bella que había visto en su vida.

Ellos se habían sentado al centro de la plaza, bajo el estandarte de la provincia y la bandera del imperio. Frente a ellos había una larga fila de hombres fornidos y armados, pero la mayoría de ellos con aspecto de borrachos.

Imagus hizo fila detrás de un hombre alto, y Jor lo acompañó.

—Ese miliciano me preocupa. —Le dijo a Jor—. Pero creo que no me conoce.

Miró a la multitud detrás de la alfombra y el estandarte, y notó a otro milicianos, uno de los que lo habían tenido en la celda cuando fue arrestado. Era un hombre mayor con una calva prominente: el segundo al mando en la provincia. Miró al frente y procuró pararse detrás de Jor para que no lo viera.

—Después de esto, necesito una cerveza fuerte, ¿entendido? —dijo Jor.

—Vale. Yo invito —dijo Imagus

Cuando la fila se hubo terminado, y la mayoría de los borrachos enviados a casa, Jor avanzó inclinó el rostro y extendió ambas manos entrelazadas hacia el frente.

—Salve a vosotros —dijo. Los tres guerreros no parecían impresionados.

Imagus se paró atrás de Jor, escondiendo su rostro detrás de la espalda de éste mientras aquel viejo miliciano calvo se rascaba la barba.

—Amigo, has estado bebiendo. —Dijo el guerrero rubio—. Lo lamentamos por hoy.

Esas palabras fueron como una flecha atravesando el corazón de Imagus.

Jor se volteó para mirar a Imagus. Quizás notó lo pálido que él estaba.

—Caballeros —dijo Jor—, no soy yo el que quiere ir en la lucha; sino mi señor. Sugramon de Khaledonia —se arrodilló con una pierna y extendió la mano señalando a Imagus.

—Así es —dijo Imagus, procurando que su voz sonase profunda.

El rubio examinó a Imagus de pies a cabeza.

—Estás muy gordo —dijo finalmente.

—No entendéis, mi señor —dijo Jor, con calma—. El señor Sugramon de Khaledonia es un experto en las cuevas subterráneas y textos kalánicos; y ha planeado este viaje por décadas.

—Así es —dijo Imagus—. Precisamente estaba buscando financiar guardias para una investigación; y aprovechando las circunstancias favorables.

—¿Dices que conoces la cueva? —preguntó el rubio, con una ceja arqueada.

El de los hombros anchos miraba con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

—Sí —declaró Imagus—. He venido a poseer cierto papiro antiguo; una colección de textos katóridas de después de la conquista por las tropas de Kalania, los cuales se dice que fueron traducidos por segunda vez del kalánico original —extendió el papiro gastado frente a ellos, ahora se sentía más frágil después de haber sido bañado en cerveza—. Se creían perdidos durante el incendio del año 3780 de la biblioteca de la Gran Capital. No quisiera revelar la precisa y sinceramente insípida forma en la que adquirí este tomo gastado, pero inmediatamente reconocí la autenticidad de las febriles crónicas. ¡La piedra de la vida! Una gema legendaria que yace bajo esta isla, en las cuevas subterráneas de Kha' Xul.

El de los brazos cruzados lo miró con desdén.

Imagus se aclaró la garganta y continuó:

—Quisiera donar mis humildes conocimientos a vuestra compañía, además del conocimiento mágico que he adquirido durante las últimas décadas de investigación sin descanso.

Hubo silencio. El rubio inspiró profundamente. El de los brazos cruzados habló:

—Deja de mentir. ¿Qué ganas con esto? No existen traducciones del kalánico, y quien diga que las hay miente. Eres un mentiroso o un pobre tonto. Nadie puede leerlo, ni nadie pudo por al menos cien años antes de que llegara el imperio katórida.

El rostro de Jor se había tornado rojo como un clavel.

Imagus carraspeó.

—¿Queréis que os pruebe que digo la verdad? —dijo.

—No hay nada que probar. Eres un tonto o un mentiroso —gruñó el de los

hombros anchos.

—Y estás muy gordo —añadió el rubio.

Imagus no podía permitirse perder aquella oportunidad.

Cerró los puños, y luego hizo la seña.

—Vamos, sal de la fila. Apresúrate —dijo el rubio.

—¡Ya! Tenemos poco tiempo —gruñó el de los hombros anchos.

Imagus suspiró y se dio media vuelta.

—¡Oye tú! —escuchó una de sus voces. Se volteó y notó que el rubio lo señalaba. Tenía el rostro pálido y los ojos abiertos como platos, pero no tanto como el de los hombros anchos, que parecía que había visto a un muerto en vida.

—Quédate acá de este lado, después quiero ver ese pergamino —espetó.

—Por supuesto, joven caballero —declaró Imagus.

La selección continuó, y el único elegido fue un chico que medía casi tres metros, con la cabeza calva y un cuerpo delgado y musculoso. Llevaba un hacha de dos filos atada a la espalda. Su nombre era Eruin.

—Estamos listos —dijeron los hombres, recogieron sus cosas, mientras un puñado de aldeanos gritaban vítores. Una mujer se acercó y arrojó pétalos de flores a los soldados; además de una anciana kalánica que recitó encantamientos en aquella lengua arcana. Imagus conocía aquel ritual; era un rito de batalla, buscando el favor de los dioses águila. Imagus tragó saliva. El dios kalánico al que se le atribuían aquellas cuevas era el dios serpiente, el odiado. Además, había escuchado rumores de que gran lagarto; el hombre serpiente, había sido visto. Si era verdad, Imagus confiaba en que sus pergaminos le ayudarían a vencer, si los miembros de su equipo tenían buenas intenciones.

El rubio se acercó a él.

—¿Cómo hiciste eso?

—¿Qué cosa? —preguntó Imagus.

—Esta mañana soñé con ese pergamino. Lo había olvidado, pero lo reconocí en cuanto lo vi.

Imagus echó la cabeza hacia atrás, y sonrió para sus adentros.

—¡Inconcebible! —dijo.

El de los hombros anchos pareció entender el tema de conversación y se acercó, con el ceño fruncido.

—Gunnar, no pierdas tu tiempo. Ese pergamino es falso.

—No sé si es falso o no, pero soñé con él esta mañana. Y lo creo.

—Puede no ser más que hechicería —el hombre miró a Imagus con desdén.

—Os invito a ponerlo a prueba en el salón de la serpiente —declaró Imagus.

—¿Qué dices, Huloridas? —el rubio le dijo a su compañero.

—Hacerle caso a estafadores e ilusionistas baratos no conviene.

—Yo confío en él. ¿Me prometes que no nos atrasarás? —El tal Gumnar lo miró a los ojos—. No estás en la mejor forma, y si te quedas atrás, no te esperaremos. El templo de la serpiente es muy peligroso.

—Lo prometo.

—¿Y vendrá tu ayudante?

Imagus se volteó, miró a la multitud, pero no encontró ni rastro de Jor. Parpadeó, y de pronto, sintió una mano sobre su hombro. Era la de Gumnar.

—Ven con nosotros, estamos cerca de partir. Yo soy Gumnar Veler, y él es Huloridas.

—De acuerdo... Yo soy... —dijo, mientras el pensamiento de no volver nunca más cruzaba su mente. Lo apartó rápidamente y prosiguió a caminar con Gumnar.

De pronto; vio un rostro familiar y sintió que el alma se le caía a los pies. Era un hombre de piel arrugada y la cabeza calva, con hombreras de bronce y una capa azul.

—¿Tenéis a la comitiva lista? —dijo, mientras revisaba a los dos reclutas de un lado a otro, para finalmente clavar su mirada en Imagus. Él se esforzó por mantener la compostura y no permitir que sus piernas temblasen. De pronto, el miliciano levantó el dedo índice y lo apuntó contra él, mientras arqueaba una ceja, en aparente señal de haberlo reconocido.

—A ti te he visto antes... ¿No estás un poco gordo para este tipo de misión?

—Y-y-yo... No, por supuesto que no, soy...

—¿De dónde eres?

—Soy de un poblado a veinte millas al sur.

—¿Cuál?

—Inaderlia.

—Ya veo. —El oficial movió la cabeza de arriba hacia abajo. De pronto, la mano de él se acercó al rostro, sujetó la barba postiza y se la arrancó de un tirón.

Imagus estaba boquiabierto. Ahora sí, sus piernas temblaban como si

estuvieran a punto de desplomarse.

—Imagus Huriyonikas del doceavo condado de Yurkantias. ¡Debí imaginarlo!

—Señor oficial... —Imagus sonrió.

El oficial agitó la cabeza, decepcionado.

—¿Qué crees que estas haciendo?

—Esperen —dijo Gumnar— ¿Quién eres tú?

—¡Yo te conozco! —Lo señaló Huloridas—. ¡Tú eres el estafador que decía que con el agua de hojas azules podías curar la ceguera!

—¡Pero es verdad! ¡Es solo que nadie ha completado el tratamiento y...!

Huloridas lo interrumpió y le puso el dedo acusador en el pecho:

—¡Te lo dije, Gumnar! Eran solo mentiras. Este nefasto personaje debe mantenerse lejos de nosotros y de todo proyecto serio.

—Ya —El oficial alzó la mano para tener la atención de todos— ¿Qué demonios pretendes con querer entrar al salón de la serpiente?

Imagus inspiró profundamente, tratando de mantener la calma. Recitó un encantamiento en su mente, el responsable de controlar los canales energéticos y traer paz mental. Luego, habló, con las manos en alto:

—Sí, soy yo, Imagus, pero estoy en una búsqueda sincera tras la piedra de vida.

—¿Piedra de vida?

—Sí. Estos papiros...

—¿Para qué quieres la piedra de vida? —gruñó el oficial— ¿Para estafar?

Imagus inspiró profundamente:

—Mi señor, el motivo que me trae hasta acá es mil veces más noble y personal.

—¿Qué motivo? —espetó el oficial.

Imagus inspiró profundamente, titubeó un instante, y finalmente habló:

—Quiero traer a mi madre de vuelta a la vida.

El oficial frunció el ceño:

—¿Qué clase de juego enfermo estás jugando?

Imagus abrió los ojos en grande. De pronto, Gumnar puso la mano sobre sus hombros:

—Dejad a este hombre venir con nosotros. Él ha jurado esforzarse, y dice que puede guiarnos.

—Gumnar, es un charlatán —declaró Huloridas.

—Déjalo intentarlo.

—¿Y por qué lo defiendes, Gumnar?

—Por que lo vi en mi sueño.

—¿Sueño? —Hulordias bajó los brazos— ¿De qué estás hablando?

—El sueño que tuve hoy en la mañana... No lo recordaba bien, pero ahora recuerdo, él estaba en él. Tenía una tiara extraña en la cabeza, estábamos... Junto con él, en un lugar oscuro... Estaba yo y... No sé quienes más.

Huloridas estaba anonadado.

—Vamos, Huloridas —Gumnar tenía una expresión amigable—, no estorbará. Además, parece que conoce el camino.



## IX Las profundidades de la oscuridad

—**P**rianka, por favor. —Gumnar era incapaz de ocultar la preocupación en su mirada. Ella le sonrió con cariño—. ¿Sabes lo peligroso que es? ¿Entiendes el riesgo que conlleva?

La voz de Huloridas le llamó la atención, estaba allí, con los brazos en la cintura:

—¿Venís o no?

—Ya voy —gritó Gumnar, y volvió su mirada hacia Prianka.

—Amor... Yo te diría lo mismo —dijo ella—. ¿No sabes cómo es irme a dormir cada noche sin saber si voy a recibir una carta tuya? ¿No sabes lo duro que es esperar a ver tu firma en un papiro cada mes, para saber que estás vivo?

Gumnar inspiró profundamente:

—Pero es mi trabajo...

—Gumnar... —la voz de ella era solemne, casi quebrajosa— Si te voy a perder, prefiero perderme a tu lado. No quiero que no vuelvas.

Gumnar sintió la calidez de las manos de ella. Ella se acercó para besarlo. Sus labios se juntaron tiernamente.

—Prianka... No es lugar para ti.

—No hay mejor lugar para mí, Gumnar. ¡Soy curandera! No sabemos lo que os puede pasar allí adentro.

Gumnar agitó la cabeza.

—No puedo permitirlo. No... Adentro hay cosas muy peligrosas, Prianka. Entiéndelo. No quiero verte sufrir.

—¿Crees que es fácil para mí saber que estás herido y que no estoy yo para sanarte? Gumnar... La única forma de convencerme de no ir contigo es simplemente si no vas.

Gumnar cerró los ojos.

—De acuerdo, pero no te separes de mí.

—Imposible.

—Eres muy valiente. —Él suspiró—. Eres más valiente que yo.

—Nadie lo pudo decir mejor. —Ella sonrió y se arrojó a los brazos de Gumnar.

—Vamos, regresemos al sendero —dijo Gumnar. Huloridas estaba impaciente, con los brazos cruzados.

—Bien —dijo el maestro—. No perdamos más tiempo, no sabemos lo que puede estar pasando allá abajo.

—Vamos —añadió Gumnar, y avanzaron por el sendero de piedra, adentrándose en el bosque oscuro, mientras el sol descendía. No tardaron en encender las linternas forradas con piel, mientras la luna flotaba sobre ellos, como vigilándolos hasta el momento en que entraran en aquel templo de las tinieblas.

—¿Viene tu mujer? —preguntó Huloridas.

—Sí —contestó Gumnar.

—De acuerdo.

Sin embargo, el miliciano los miraba con recelo, a lo que Gumnar lo ignoró. Por un momento, Gumnar se puso a pensar que aquel equipo no era el ideal para esa expedición. Tanto en el ejército como en la milicia, se trabajaba en jerarquía y orden, además de tener un equipo dispuesto a sacrificarse y seguir instrucciones, pero parecía que ese grupo estaba lleno de gente que, si bien compartían más o menos la meta, no trabajaban de la misma forma y competían entre sí. Al él estar más capacitado, él tenía que demostrar su autoridad.

Ya se veían pilares agrietados y cubiertos de hiedras, además de estatuas destrozadas. Gumnar iluminó una con su linterna; estaba rota desde el ombligo hasta arriba, y supuso que su torso ahora formaba parte del sendero. Sin embargo, notó que los pies de la estatua no eran los de un ser humano, sino similares los de algún animal, con uñas largas y puntiagudas como un lagarto. Pensó en el hombre-serpiente, y se imaginó enfrentándolo como un equipo. Según Huloridas lo había descrito, era más rápido que un ciervo montañés y podía alzarse en el aire como un pájaro. Para eso, confiaba en la ballesta que cargaba el miliciano, además de su valiosa espada ceremonial. Después de todo, había practicado la esgrima durante toda su vida. Pensó que aquella espada lo legitimaba como líder.

La puerta del templo se alzaba en la oscuridad profunda del bosque, con pilares representando a serpientes enroscadas. En el dintel superior había lo que parecían colmillos.

Gumnar movió el cuello de un lado a otro para estirarse, y reunió al equipo alrededor de él; Huloridas y Catótidus encendieron las linternas pasando luz

de la de Prianka.

—Muchachos —Gumnar llamó la atención de todos—. Mantengámonos juntos siempre. Ninguno haga un movimiento fuera del contacto de los otros. Tú, Imagus, nos mostrarás el mapa y nos guiarás a cada paso, ¿entendido?

—Sí.

—No perdamos más tiempo. —Gumnar miró a Huloridas, que parecía agitado.

—Es hora —dijo Huloridas, con la mirada tan seria que parecía capaz de atravesar muros. Gumnar asintió con la cabeza, y los demás lo siguieron a través del umbral.

Las linternas alumbraron muros de ladrillos amarillentos. Montones de hojas caídas yacían en el suelo, entre las que escarabajos pequeños jugueteaban. Catótidus pareció alertado por ellos.

—¿Te dan miedo? —dijo Huloridas, con seriedad.

Catótidus no respondió.

Avanzaron hasta pararse frente a un pilar rojizo, con una rueda de hierro, a modo de un timón, rodeando la parte superior.

Eruin avanzó hacia el fondo de la cueva, observando los grabados que se alzaban en los muros.

—Parece que no hay salida —espetó, volteándose.

—Aguarda. —Huloridas se acercó a los muros, y palpó los grabados—. La hay. Debe haber un pasaje secreto.

—Imagus —dijo Gumnar—. ¿Sabes de qué se trata?

Imagus inspiró profundamente y sacó una copia del pergamino, de su bolso.

—Dice...

*La rueda de fortuna gira,  
cabalga en el cielo, en las noches,  
su dedo se posa en los desdichados,  
elevando niebla de muerte,  
uno es elegido y desechado.*

Se miraron entre sí.

—Es fácil —dijo Imagus, acercándose al pilar y a la rueda encima. Puso las manos sobre ella.

—Espera. —Gumnar le puso la mano en el hombro— ¿Qué significa lo de

la niebla de muerte? ¿Y lo de ser elegido y desechado?

—Yo digo que hagamos la prueba —dijo Catótidus.

—¿No les parece algo precipitado? —dijo Gunnar—. ¿Alguna idea de lo que quiere decir?

—Hay que actuar rápido —añadió Huloridas y se aferró del timón.

—Vaya que eres cobarde para ser un capitán —dijo Catótidus, mirándolo a los ojos y aferrando las asas de hierro.

Gunnar frunció el ceño e hizo lo mismo.

—A las tres —dijo—. Uno... dos... ¡Tres!

Gunnar empujó junto a los demás, y a medida que el timón giraba, escuchó un ruido mecánico tras los muros, y vio una tenue humareda surgir de la parte inferior. Gunnar sintió un aroma dulzón.

—¡Allí está! —Prianka señaló el piso, donde compuerta en el suelo se había abierto mecánicamente.

—¿No sentís un olor un poco extraño? —dijo Imagus.

De pronto, los ojos de Prianka se abrieron como platos y gritó como una loca:

—¡Es el olor de la rosa de la muerte! ¡Saltad!

En ese momento, Gunnar notó que sentía la cabeza mareada. A su alrededor, los presentes la miraron alarmados y corrieron hacia el agujero, amontonándose en torno a éste:

—¡Prianka primero! —gritó Gunnar, casi instintivamente, y los guerreros se reacomodaron para dejarla pasar. Ella se deslizó por el túnel, con un grito que pareció ahogarse hasta convertirse en un eco distante. Siguieron Imagus y Catótidus. Gunnar avanzó rápidamente, sintiendo que perdía el equilibrio, hasta que dio un salto y se dejó arrastrar por que el tobogán de piedra. Cuando lo hubo atravesado, se levantó crujiendo los dientes y miró a su alrededor.

Frente a él, Prianka sostenía una lámpara encendida, y la de Imagus había caído al suelo mientras descendía, y por un milagro no se había apagado.

—¿Estáis bien? —preguntó Gunnar, cuando escuchó otro eco agonizante proveniente del tobogán. Todos se voltearon, y vieron a Huloridas atravesar el hueco y caer. Su rostro estaba azul como una amapola, y tosió como si le fuese imposible respirar.

—¿Huloridas? ¿Estás bien? —Hulorida lo miró, estaba alerta de su presencia, pero respiraba pesadamente, como si recién estuviera salvándose de ser ahogado.

—¡Gumnar! —Prianka gritó atrás de él— ¡Se está muriendo! ¡Aspiró el gas por mucho tiempo!

—¡Huloridas! Responde —gritó Gumnar, mientras los otros dos, Imagus y Catótidas se amontonaron a su alrededor.

La respiración de Huloridas se volvía cada vez más agitada. De repente, empezó a agitar sus brazos y piernas frenéticamente.

—¡Apártenese! —exclamó Prianka, apartando a los otros dos y poniendo sus manos sobre el abdomen musculoso de Huloridas; pero las convulsiones de éste se volvieron más intensas.

—T-t-taridas. —Huloridas alzó un mano. De pronto, Gumnar notó algo húmedo cerca de los labios de Huloridas. La linterna reveló espuma rojiza saliendo de ellos, y deslizándose por su quijada y cuello.

Los temblores se volvieron más frenéticos, hasta que repentinamente cesaron, y Huloridas espiró.

—¿Huloridas? —Gumnar se agazapó y miró el pecho de Huloridas.

Gumnar apretó los puños.

—¡Maldición, maldición! —gritó con todas sus fuerzas.

Se puso de pie de un salto, respirando pesadamente. No podía creer que Huloridas yacía muerto a sus pies.

Prianka e Imagus miraban hacia abajo, con rostro solemne.

—¿Y qué hay de Eruin? —preguntó Imagus, con el rostro pálido.

—¿Eruin? —Gumnar abrió los ojos y miró a través del túnel, pero no escuchó nada.

—¿Y ahora cómo salimos? —preguntó Prianka, mirando de un lado a otro.

—No lo sé... Pero... Maldición —Gumnar agitó la cabeza. Tenía la mirada fija en el cuerpo de Huloridas. Había muerto pocos minutos después de entrar. ¿Qué otros peligros los esperaban?

—T-tiene que haber una forma de s-salir —Imagus alzó el pergamino contra la linterna que sostenía Prianka. Pero... No está claro.

—Vamos paso a paso —dijo Gumnar—. Recordad lo que Huloridas hubiera dicho. Hay que seguir adelante y luchar.

—Tú, capitán de pacotilla —espetó Catótidas—. Esos dos estarían vivos si no nos hubieras atrasado allá arriba.

—¿Qué dices? —Gumnar desenvainó.

—Sí... Es porque no estamos organizados. Se suponía que tú estabas a cargo.

—¡Cállate! —Prianka se acercó al rostro de Catótidus, con la furia en la mirada y apretando los puños— ¡Tú no sabes de lo que hablas?

Gumnar avanzó, con la espada desenvainada, Prianka se paró atrás de él.

—¿Quién te crees que eres tú? —Él le dijo a un Catótidus de brazos cruzados— Eres una rata salida de un nido de corruptos, y me hablas así a mí. Ahora. ¡De de quejarte y trabaja junto con nosotros!

—¿Quieres ser el líder? Demuestra que sabes liderar... Pero hasta ahora, se te murieron dos hombres.

—¡Tú! —Gumnar le puso un dedo en el pecho acorazado— ¿Quieres que la misión de resultado? ¡Deja de quejarte y colabora!

Gumnar sintió la mano de Prianka sujetar su brazo derecho.

—Ya, Gumnar. Miliciano —dijo ella—. Haya sido la culpa de él o no, no rompamos la unidad del grupo.

—Tuvimos al peor líder, lo mejor es que me dejéis a mí dirigir.

—¿Qué has demostrado tú? —gruñó Gumnar.

—No he demostrado dos muertos.

Gumnar inspiró profundamente. Quería cortarle el cuello de un cuajo, pero se refrenó. ¿Quién era para hablar si no hacía nada? Parecía enviado con el propósito de hacer que la compañía fracasase. En el ejército no permitirían que un cadete hablara así.

—Imagus —dijo Gumnar, quitándole la linterna a Prianka—. Tú eres nuestro guía. Dinos cómo seguir.

—Sí —tartamudeó Imagus. El rostro se le notaba pálido ante linterna.

Gumnar avanzó iluminando el suelo. Al avanzar por el túnel, notó marcas de fango, formando pequeñas pisadas, y polvo que evidenciaba los pasos de alguien. Hasta que en un punto, se encontró con un montón de piedras y escombros tapando el camino.

—Había alguien aquí hace poco —dijo Catótidus.

—No somos idiotas —respondió Gumnar.

—¿Qué pasó aquí? —Prianka se inclinó y palpó las rocas caídas.

—Parece que el muro cedió... —dijo Gumnar.

—No somos idiotas —respondió Catótidus, a lo que Gumnar le dirigió una mirada irritada. Gumnar apoyó la espada entre las piedras y las movió lentamente, como buscando alguna evidencia—. Las huellas desaparecen... Parece que habrá algún pasadizo secreto. ¿Hay algo escrito, Imagus?

—Eh, sí. Aquí va:

*Tanto arriba igual abajo,  
tanto cielo igual infierno,  
que los cielos no nos cubran, con sus pilares  
la serpiente se arrastra por el suelo.*

—No lo entiendo —Prianka se acercó a Imagus, por atrás, y hojeó el pergamino— ¿Qué tiene que ver?

—Miren si hay algo arriba, o abajo —dijo Catótidus, como de mala gana.

Gumnar puso las manos en el techo, buscando irregularidades; y notó pequeños agujeros, tan estrechos que sólo un escarabajo podía atravesarlos. Mientras tanto, Catótidus estaba ocupado mirando el suelo y presionando los azulejos de piedra.

—Mira —Catótidus señaló al costado, los demás se voltearon—. Hay unos ladrillos que no van con la pared.

—Tienes razón —Gumnar bajó del montón de piedras y se acercó, examinándolo de lado a lado—. Quizás necesitamos accionar uno de estos.

Acercó la punta de la espada y la metió entre las hendiduras. Le faltaba el cemento que unía los demás ladrillos.

—Creo que lo encontramos —sonrió.

—Espera... —Imagus saltó atrás de él, queriendo detenerlo.

—¿Qué ocurre? —Gumnar lo miró extrañado.

—P-pongámonos a pensar lo que quiere decir.

—¿Qué importa? Aquí hay un interruptor para una de las bóvedas secretas. Queremos avanzar ¿no es así?

—Capitán Gumnar, con todo respeto, debemos planear cada movimiento con cuidado... Respalدارlo... Ya sabe.

Gumnar sonrió y movió el ladrillo con la espada, como accionando una palanca.

—Imagus... No te preocu...

Un estruendo los paralizó a todos, en el momento que los muros inmediatos a sus posiciones se destrabaron del techo y se desplomaron.

—¡Cuidado! —gritó Gumnar, empujando a Imagus fuera del peligro, mientras Prianka y Catótidus huían. Gumnar se apresuró a saltar, pero tropezó y se resbaló frente al muro, cayendo al suelo y sintiendo un golpe en la cabeza.

El muro y partes del techo descendieron velozmente, y él se movió para esquivar las rocas, cuando, de pronto, sintió el peso de una montaña cernirse sobre su mano derecha. Lo invadió un dolor y una angustia que nunca había sentido. Sintió su mano dispersarse y torcerse como una rama a punto de quebrarse; y dejó escapar un alarido que lo hizo estremecerse de miedo y golpear su cabeza contra el suelo para mitigar su dolor.

Por un instante vio todo el peso del muro caído

Apretó los dientes con fuerza, pero el dolor parecía aumentar con cada latido de su corazón. Gritó otra vez, mientras Prianka se inclinaba sobre su cuerpo, para abrazarlo, con los ojos abiertos grandes, el rostro pálido y una mueca de dolor.

—¡Gumnar! —ella miró el montón de piedras y bloques que cubrían su mano. Él no quería mirar.

—¡Vamos! —Catótidus se abalanzó al lado y apartó las rocas más pequeñas. Sin embargo, un bloque grande del muro, el primero en caer, exigía más fuerza de la que él parecía tener.

Gumnar pegó un grito y sintió que su garganta se rompía en dos pedazos, pero que si lo hacía ayudaría a reducir el dolor en su mano. Apretó la otra en un puño, mientras veía a Imagus tambalearse torpemente para ayudarle a Catótidus y Prianka a liberarlo. Cuando de pronto, sintió un pequeño alivio, como un espacio de aire sobre sus miembros heridos, en los que su brazo soltó aquella espada se encogió instintivamente y salió libre.

En un instante, el muro resonó otra vez en el suelo enterrando su espada.

Él agitaba la cabeza y las piernas como un endemoniado, cuando sintió las manos de Prianka sujetar la muñeca derecha de él. Inspiró profundamente.

—Déjame ver —dijo ella—. Tranquilo. Respira.

Gumnar apretó los dientes.

—¿Qué me pasó? —gruñó—. Maldición... ¡Mi espada! Saca mi espada de allí. ¡No puedo dejar que se pierda!

—¡Gumnar! No te muevas. ¡Respira! ¡Miliciano, ayudame con tu lámpara!

—Me duele —Gumnar gritó más fuerte—. ¡Maldición! Mi espada... ¡Dame mi espada!

Imagus corrió tambaleante hacia donde había ocurrido el deslave e intentó con todas sus fuerzas levantar las piedras, pero fue en vano. Catótidus avanzó lentamente, con el rostro alzado.

—Te cuesta esperar y crees que eres mejor que los demás.



—¡Maldito! —Gumnar lo miró irritado.

—¡Mejor ayúdanos y cierra la boca! —dijo ella.

Catótidus se inclinó a su lado con la linterna iluminando ambos rostros.

Poco a poco, el miedo al futuro se volvió más intenso que el dolor. Cómo podía vivir sin una mano. Sin su mano derecha, que le había traído la victoria en batalla, que lo había convertido en guerrero y capitán del imperio más grande.

Con el dolor que sentía, prefería que su vida se acabase en aquel instante.

—¡Quieto! —ordenó Prianka, mientras sacaba un ungüento de su bolso y lo derramaba sobre su la mano de él, Gumnar gruñó y apretó el puño izquierdo. Luego, Prianka extrajo hojas secas de su bolso y las ató con un trapo a su piel. Gumnar dejó escapar otro gruñido mientras las hojas quemantes se adherían a su piel.

Gumnar gritó como nunca lo había hecho en su vida. Luego, Prianka cerró la herida con vendas que llevaba en su bolso. Con ellas, aferró los huesos de su mano, para luego atarlas en un cabestrillo.

—Gumnar, estarás bien —Ella posó sus manos tibias sobre el rostro de él. También sudaban.

—¿Qué voy a hacer ahora? —dijo Gumnar. Su corazón galopaba. Se esforzó por alzar su torso e inspiró profundamente—. Ayúdame —le dijo a Prianka, Catótidus se apresuró a sujetarlo de los brazos y ponerlo de pie.

—¿Listo para avanzar? —dijo Catótidus. Gumnar volvió a inspirar y asintió con la cabeza.

Prianka agitó la cabeza y se puso de pie entre los dos.

—Alto. Gumnar. ¡Esa herida es grave! No sabes lo peligroso que puede ser. Lo mejor es volver y encontrar más gente para ayudarnos.

—Imagus —Gumnar miró al guía—. ¿Sabes cómo salir?

Imagus comenzó a tartamudear.

—Podemos intentar subir por el túnel... Pero llevará tiempo, y al abrir la puerta tendremos que subir rápidamente por...

—No vamos a rendirnos ahora —dijo Gumnar.

—¡Gumnar! ¿Qué estás pensando? —preguntó ella.

Gumnar fijó la mirada en el montón de piedras que se habían tragado su espada y habían acabado con su mano. Deseaba que fuese poco más de un sueño. ¿No iba a volver a pelear al frente? Mejor moriría como héroe.

—Vuelve tú —él la miró a los ojos. La luz de la linterna se reflejaba en su

pupila.

—¡No te dejaré morir! ¡Mejor morimos los dos! —Ella se aferró al cuerpo de él, salvajemente.

Gumnar apretó los dientes.

—Imagus. Ora a esos dioses antiguos... Diles que nos conceda la victoria. Que no muramos, por la causa que tenemos.

Él mismo cerró los ojos y le dirigió un himno al dios águila que veneraban sus abuelos, le pidió que le ayudara a vencer al enemigo eterno. El dolor pulsaba en sus venas.

—Tú, capitán. —Escuchó la voz de Catótidus a su lado, quien le ofreció una botella pequeña—. Es vino de hiedras. Así puedes seguir y no sentirás tanto dolor.

Gumnar tomó la botella con la mano izquierda y la destapó con los dientes. Bebió media botella de un trago.

—Gracias, miliciano. Ahora, sigamos. ¡Imagus! ¿Qué dice el mapa?

—Tenemos que... Que buscar arriba, arriba igual abajo... La serpiente se arrastra... ¡Quizás hay que buscarla en el suelo?

—¿Buscar qué? —Prianka arqueó una ceja.

—Maldición. Sí. ¿Qué cosa?

—Buscar el camino.

—¿Quiere que nos arrastremos? —preguntó Prianka.

—Y eso que ahora la mitad del suelo son rocas caídas.

—Parece que alguien más había caído en la trampa —intuyó Imagus.

—No perdamos más tiempo —dijo Gumnar.

Catótidus fue el primero en inclinarse, con la linterna en mano y señalando los azulejos de piedra.

—Por mí, los presionaría todos —dijo Gumnar.

—Y ya viste lo que te pasó —gruñó Catótidus. Gumnar lo ignoró— Aquí hay uno... —continuó el miliciano.

—¿Lo presionas? —dijo Prianka.

—Aguarda —Catótidus se acostó boca abajo.

—¿Qué haces?

—La serpiente se arrastra. Ahora, todos, al suelo.

Gumnar apretó los dientes. Eso dolía más que su mano quebrada. Maldición. ¿Quién se creía ese miliciano? Pero no... Era culpa suya, de Gumnar. Tenía que demostrar que él era el mejor preparado. ¿Por qué estaba

fallando tanto? Había quedado como un idiota y se había hecho un daño irreversible. Era su culpa.

Se volteó con cuidado, mientras Prianka lo sujetaba para asegurarse que estuviera cómodo. Cuando todos estaban en el suelo, Catótidus posó ambas palmas sobre la piedra y presionó. En ese momento se abrió una grieta y se levantó un olor ácido y putrefacto. Gumnar lo conocía bien, era el hedor de la muerte. Miró a través de la compuerta, hacia abajo, y notó una mezcla de restos, la mayoría aún con la carne, y entre ellos moscas revoloteando. Imagus estaba pálido y se inclinó hacia el frente, con ganas de vomitar.

—¡Por los dioses! —gruñó Imagus, con una mueca de asco.

—¡Entremos! —dijo Gumnar, apresurándose al hueco y haciendo su torso pasar por él, sujetándose con sus codos. Estiró los pies pero no encontró el suelo con ellos. Se dejó caer y tropezó hacia el frente. Allí estaban los cuerpos llenos de moscas y con un olor que impregnaba todo. El olor a la muerte.

—Vamos —Miró hacia arriba. Catótidus no perdió tiempo y en un instante estaba inclinado, con linterna en mano e inspeccionando los cuerpos.

Imagus habló desde arriba:

—Amigos... ¿Estáis seguros que queréis ir?

—Ven acá.

—Sí, quiero bajar, por supuesto que la lucha sigue... Ja, ja... Pero.

¿Sabéis? El siguiente verso me confunde un poco.

—A ver —Gumnar levantó el brazo herido hacia el frente. Era instintivo.

—Pues... Dice... A ver... Dice:

*Allí no hay calor, solo piel  
No hay escape de la muerte,  
no hay escape del reflejo de la suerte,  
cuando los caminos se cruzan,  
solo la serpiente muere y nace.*

Gumnar inspiró profundamente, mientras tanto, Prianka se apoyaba cuidadosamente en el muro y descendía con cuidado, Gumnar corrió a sujetarla con sus brazos y depositarla suavemente sobre el suelo:

—¿Y qué significa eso? —increpó Gumnar, mirando hacia arriba.

—No lo sé... Pero... Esa línea me preocupa... No hay escape... No suena

muy favorable.

—¡Pues dame otra opción o baja antes de que la puerta se cierre! —espetó Gunnar.

Imagus pareció titubear, pero dejó entrar el cuerpo a través del agujero. De pronto, la linterna de vidrio cayó de su mano y se apagó en cuanto contactó con el suelo; Imagus pareció perder el control y su mano se deslizó. La débil luz de la linterna de Catótidus no llegaba hasta allí; pero Imagus gritó como un condenado.

—¿Qué pasó, hechicero? —Catótidus avanzó con su linterna al frente, y encontró a Imagus con una mano sobre el cuerpo muerto. Él pareció confirmar sus sospechas, y las sacó de las visceras al tiempo que se le escapaba un grito más desafortunado que el anterior. El olor de los órganos putrefactos pareció volverse más intenso. Gunnar se tapó el rostro.

Imagus se levantó de un salto tambaleante. No resistió más y vomitó contra el muro.

De pronto, se escuchó el crujido de piedras chocando entre sí, y los muros se movieron.

—¿Qué es eso? —Prianka miró de un lado a otro.

—¿Soy yo o los muros se están moviendo? —preguntó Catótidus.

Ambas paredes avanzaban, cerrándose lentamente, pero amenazantes como las manos de un gigante a punto de aplastar una mosca.

—¡Por los dioses! ¡Empujad! —gritó Gunnar y apoyó su hombro contra el muro, empujando con sus piernas y espalda. Prianka lo imitó, mientras Catótidus y el mareado Imagus se apoyaron contra el otro muro y empujaron.

## X Fantasmas

—¡No, no está funcionando! —gritó Imagus, angustiado, cambiando de posición e intentando empujar con sus hombros. Pero el muro seguía avanzando.

Imagus comenzó a rezar. Gumnar hizo lo mismo. ¿Dónde estaba aquel dios águila que vencía a las serpientes? ¿No era él descendiente de hombre águila? No se rendiría, iba a luchar a muerte. ¿Por qué no les concedía sobrevivir y vencer?

El impulso de los muros ya había dejado a Gumnar y Catótidas hombro con hombro. En pocos segundos

—Parece que aquí quedamos —dijo Catótidas, con un suspiro y resignación en su voz.

—Tiene que haber una salida —espetó Gumnar, mientras su mano izquierda sujetaba la de Prianka, y luego ella parecía aceptar lo inútil de sus esfuerzos y lo abrazaba. Él puso su mejilla sobre la cabeza de ella. Aún percibía su aroma tierno entre la fetidez.

Gumnar inspeccionó los muros que los amenazaban, pero eran lisos, y no tenían indicios de albergar pasadizos secretos.

De pronto, escucharon una voz grave y quebradiza.

—¡Todos al suelo!

Gumnar se volteó, y notó una grieta al final del pasillo. Instintivamente obedeció y cayó a sus rodillas primero, evadiendo los muros que ya apretaban sus hombros. Se volteó ligeramente para evitarlos, y se dejó caer con el pecho en el suelo. Sus mejillas tocaron el piso por un instante, y sintió pequeñas criaturas, como escarabajos o gusanos caminar cerca de ellos.

—¡Vamos, acuéstense! —gritó Gumnar, y primero se aseguró que Prianka lo imitara. Se dio cuenta que había un pequeño hueco escondido en la parte inferior de las paredes, con suficiente espacio para que el que estuviera acostado —o arrastrándose como serpiente—, pudiera escapar de la trampa.

—¡Maldita sea! —El grito de Catótidas era intenso y agónico. Gumnar temió por un instante que se hubiera quedado atrapado entre los muros y que muriera aplastado.

—¿Miliciano? —preguntó Gumnar, preocupado.

—¿Qué es esto? Oh, por los dioses, no... —los gritos continuaban lastimeros y desesperados.

—¿Catótidus? ¿estás bien?

—¡Están en mi cara! ¡Ah!

—Catótidus, dime, qué te pasa ¿estás bien? —insistió Gumnar.

—¡Los gusanos! ¡Ah! ¡No los gusanos!

Gumnar suspiró aliviado, por un instante.

—No pienses en ellos. Catótidus, cierra los ojos... Avanza, no lo pienses.

—Sí —musitó Catótidus, agitado.

—¿Están todos en el suelo?

—Yo estoy bien, un poco apretado —dijo Imagus.

—Yo estoy bien.

—Estoy vivo —dijo Catótidus, respirando pesadamente.

—¡Bien!

De pronto, aquella voz proveniente del otro lado, resonó una vez más.

—¡Rápido, no queda tiempo!

—En marcha —dijo Gumnar, escupiendo un escarabajo que se le había subido al rostro, y arrastrándose a través del pasadizo secreto.

—¿Quién está allí? —gritaron Catótidus y Gumnar al unísono. Notaron que el hueco se extendía, hasta llegar a una luminosidad sospechosa, y una figura humana que se alzaba en las tinieblas.

Pero la figura no respondió.

—¡Avancemos! —dijo Gumnar, al frente de todos, y se impulsó como serpiente, con sus brazos y piernas.

Gumnar llegó a donde terminaba el túnel con los muros caídos. Allí, sintió la expansión de aire sobre él. Ya habían salido de la habitación de los muros aplastantes. Apoyó su antebrazo en el suelo, pero escuchó aquella voz una vez más:

—¡Al suelo!

Gumnar obedeció sin decir más y bajó hasta tener el pecho contra la piedra fría. Escuchó un crujido, y a medida que avanzaba con los antebrazos, sentía más insectos en el suelo, algunos frágiles, resquebrajándose, otros blandos, moviéndose y subiendo por su cuello..

Parpadeó y aguzó la mirada en las tinieblas. Notó pequeños agujeros en las paredes, y algunos grabados en aquel alfabeto extraño.

—No alcéis la cabeza por nada del mundo —dijo la voz que surgía de la

oscuridad.

Gumnar percibió la linterna de Catótidus iluminar el suelo y la pared frente a ellos, como si se hubiera levantado.

De pronto, se escuchó un ruido como de un azote agitándose, y Catótidus gritó como si le hubieran clavado una espada en el abdomen.

Gumnar sintió sus reflejos impulsarlo a voltearse y ver si Catótidus estaba bien.

Pero se contuvo.

—¿Estás bien? —preguntó Gumnar.

Catótidus gruñó de dolor. Estaba vivo.

—¡Ah! ¡Maldición!

—¿Estás bien? ¿Te tragaste un gusano?

—¡No! —Gimió—. Un maldito dardo... Argh... Se disparó de la pared.

—¿Qué? —Gumnar preguntó.

—¡Os dije que no os levantaseis! —gruñó la voz en las tinieblas— ¿Tú, Catótidus? ¿Por qué tenías que ser tú?

—¿Comisario? —gruñó Catótidus, entre gemidos—. ¿Es usted?

—Sí, soy yo, ahora, no tenemos tiempo para tu absurdo miedo a los insectos. Ahora, arrójate al suelo cuanto antes, si no quieres que un dardo te atravesara la cara.

Catótidus jadeó, y Gumnar escuchó cómo el metal de su armadura chocaba con el suelo.

Y el miliciano gritó otra vez.

—¿Qué te pasó? —preguntó Prianka, angustiada.

—Me dio en la costilla.

—¿Estás respirando bien? —preguntó Gumnar.

—Sí... Pero... Duele —gruñó y sollozó.

—¡Avanzad! —espetó la voz del comisario.

Gumnar continuó avanzando, y miró hacia atrás, por un instante, por debajo de su brazo derecho, y vio a Catótidus avanzando con el rostro empalidecido. Tenía una saeta clavada en las hombreras de su armadura, y otra cuya punta se hundía en su cota de malla a la altura del pecho.

Gumnar temía perderlo. ¿Cómo podían enfrentar al lagarto con un solo guerrero hábil, y cuya mano estaba fuera de combate?

Había otra puerta al final de aquella sala. A través de ella vio dos ojos penetrantes, una barba larga y una armadura azulada de la milicia.

—Cuando pases este umbral podrás ponerte de pie —gruñó el hombre. Gumnar hizo un esfuerzo más hasta que llegó al salón donde el comisario esperaba agazapado. Los muros de la habitación eran cóncavos, rojizos y con tubos de hierro que subían a la superficie a través del techo. Una mesa se alzaba en medio de la sala, donde se alzaba una linterna forrada con piel. A Gumnar le pareció extraño. Ese tipo había estado metido allí por una semana y tenía todavía luz.

Gumnar suspiró y se levantó de un salto, sacudiéndose los ciempiés y escarabajos que se habían quedado atascados en su armadura.

—¿Y tú quien eres? —El comisario los esperaba con las cejas arqueadas, brazos cruzados y el cabello alborotado.

—Capitán Gumar Veler.

—¿Un soldado?... Que bien. Al fin. ¿Pero no estás un poco desarmado para ser un soldado?

—¿Quién es usted?

—Algridas de Kaurus. Comisario de la provincia de Kalania.

—¿Y qué hace aquí?

—Responde la pregunta —insistió el comisario, con los brazos cruzados.

De pronto, la voz de Catótidas se escuchó a espaldas de ellos.

—Eso fue eterno —Catótidas entró arrastrándose, con el rostro pálido y las manos sujetando la saeta hundida en su costilla.

—¿Estás bien? —Gumnar corrió a socorrerlo y le ayudó a ponerse de pie, mientras Algridas ponía la silla de madera atrás de él.

—Sí —Catótidas inspiró y apretó los dientes. Prianka se apresuró a entrar, sacudiéndose los insectos y corriendo hacia Catótidas.

—¿En la costilla? ¿Estás bien? —Prianka miró a Algridas—. ¿Es venenosa?

—No lo sé. —Él meneó la cabeza.

Prianka le arrancó la flecha del costado y Catótidas soltó un grito de agonía.

—Tienes suerte, no entró en tu costilla pero sí te hizo un corte en la piel y se quedó clavada en la cota de malla.

Ella se acercó la flecha a la nariz y olfateó. Luego agitó la cabeza.

—Huele extraño, pero no huele a ningún veneno conocido. ¿Te duele?

—¿Es físicamente posible que no me duela? —Catótidas la miró con desdén.



—¿Quieres que la vuelva a dejar donde estaba? —dijo ella, apuntándola a las costillas sangrantes de Catótidus, de donde la había extraído.

—¿Qué? —Catótidus casi saltó del susto— ¡Solo bromeaba?

—Pero te dejaré la del hombro por gracioso —dijo ella.

—Vamos, Prianka, sácale eso —dijo Gumnar.

—Que se lo saque él.

—Vamos, no seas así —protestó Gumnar—. Lo necesitamos.

Gumnar avanzó hacia él, aferró la flecha que tenía clavada en la hombrera con la mano izquierda. La evaluó con la mirada, y notó que estaba hecha de madera negra como el azabache.

—Esto está difícil de sacar. —Gumnar inspeccionó con la mirada el espacio entre la hombrera y la cota de malla, entre la que había pasado Catótidus respiraba pesadamente y evitaba mirar su herida.

—Oye, capitán —dijo, tensando los dientes—. ¿Sabes lo que haces?

—Ahora si soy capitán.

—¿Sabes lo que haces o no?

—Vamos, arrancalo de un tirón —dijo Algridas.

—Gusto en saludarlo, comisario —dijo Resus, mientras el sudor resbalaba por su frente.

—El gusto es mío —musitó Algridas, con un deje de desinterés. En ese momento, Imagus atravesaba el umbral arrastrándose, con el rostro pálido y un hedor a muerte y a vómito.

—¿El miliciano está bien? —dijo, con las piernas temblorosas, y corriendo al lado de Catótidus.

—Al menos está vivo —respondió Gumnar—. Ahora, miliciano, inspira profundamente.

—¡Dale esto! —Prianka le puso un rollo de cuero en los dientes, usado en procedimientos quirúrgicos. Catótidus lo mordió inmediatamente.

Gumnar tiró de la saeta con todas sus fuerzas. Catótidus apretó los puños y agitaba los pies al gritar. Al fin, la saeta salió.

—¿Está entera? —Algridas se acercó por atrás.

—Oh. Maldición. La punta todavía está atascada en la hombrera, a ver. Te quitaremos la armadura.

Catótidus no tuvo más remedio que asentir con la cabeza, mientras Gumnar y Algridas desataban su armaduras y arrojaban su capa al suelo. Un par de cucarachas salieron huyendo en cuanto el peto cayó y Catótidus dio un salto.

—Vaya reacción para un par de insectos —dijo Gumnar. Catótidus lo miró, sus ojos estaban abiertos amplios por el miedo, pero no dijo nada.

—Si supieras por qué —Algridas entrecerró los ojos.

Catótidus agitó la cabeza.

—¿De qué habla? —preguntó Gumnar, con una ceja arqueada.

Catótidus inspiró profundamente.

—Las cicatrices no son de viruela.

—¿Qué te pasó?

—Era pequeño —Catótidus dejó escapar un suspiro y se llevó la mano a la frente. Puso los ojos en blanco, como si el recuerdo le causara dolor—... y me quedé atascado en un pozo seco. Estaba lleno de esas alimañas, me comieron el rostro día y noche, hasta que me encontraron.

—¡Inconcebible! —dijo Imagus, pálido como la leche—. Seguramente fue muy desagradable.

—No lo merecía —dijo Catótidus, mientras Prianka limpiaba la herida—. Ningún niño merece que sus pesadillas se vuelvan realidad. Es horrible no poder quitártelos de encima. Y es peor cuando te están comiendo vivo.

Catótidus se quitó la camisa con cuidado, y Prianka avanzó para extraer la punta de flecha y limpiar sus heridas. Entretanto, Gumnar se volteó hacia Algridas, quien lo miraba con desdén y con los brazos cruzados.

—Entonces, comisario... ¿Qué estuvo haciendo aquí todo este tiempo?

—Ya te lo he dicho, esperaba refuerzos. Y al fin, habéis venido. Ahora, toca esperar en los dioses por un milagro, porque fácil no será.

—¿Has visto a la bestia? —preguntó Gumnar.

—Sí. ¿Y tú? ¿Conoces las leyendas?

—Conozco suficiente.

—¿Qué sabes? —preguntó Algridas— ¿Qué sabes del salón de la serpiente?

—¿Son leyendas, no es así? Lo que sé a ciencia cierta es que hay cuevas, entradas y salidas por toda la isla, ocultas en lugares secretos.

—¿Sabes de la magia antigua? ¿Sabes los pasos para llegar al pozo y el altar?

—Lo sabemos —dijo Gumnar, pero nunca había escuchado de un pozo y un altar—. Para eso tenemos la traducción.

—¿Traducción? —Algridas arqueó una ceja.

—Sí. Imagus, muéstrale —dijo Gumnar.

Imagus avanzó lentamente, aún temblando, metió la mano en su bolso de cuero y extrañó el pergamino.

—Déjame ver. —Algridas se lo arrebató y echó un vistazo apresurado—. Es falso —dijo, y lo regresó sin más.

—Pues de no ser por eso no estaríamos aquí —declaró Prianka.

—A ti no te pedí que hablaras —dijo Algridas.

—Espera. ¿A ti quien te da derecho de hablarle así? —preguntó Gumnar.

—¿Qué tiene que decir esta mujer?

—Respétala. No tienes idea de quien es.

—Y no me importa. Este no es un lugar para usted.

—Calla. No toleraré que le hables así —dijo Gumnar.

Algridas mantuvo los brazos cruzados y sonrió irónicamente.

—Pues no hablaré así.

—Es mejor que nos expliques —dijo Gumnar—. ¿Qué has estado haciendo aquí? Y dime... Si has visto a esa lagartija gigante. ¿Qué posibilidades hay de vencerla?

Algridas bajó los brazos, avanzó hacia el muro y puso sus manos en dos ladrillos.

—Te estoy hablando. No me ignores —dijo Gumnar.

Algridas presionó y la pared giró, revelando otra habitación secreta.

—Acompañadme —dijo el comisario, y los guió a través de un pasillo oscuro.

A medida que avanzaban, Algridas se volteaba a ver a Gumnar.

—¿Me vas a responder? —preguntó él.

—Lo haré, con el tiempo.

—Dímelo ahora. Es preciso planear y prepararnos.

—Ahora... —Gumnar insistió—. Háblame del gran lagarto... ¿Porqué no te ha matado?

—He bloqueado la entrada.

—¿Bloqueaste la entrada? ¿Y cómo sale? ¿Cómo es que se han perdido más niños?

—Bloqueé la entrada a esta parte de la cueva, no la salida. Más bien, las muchas que tiene.

—¿Y sobre cómo vencerlo?

—No lo sé.

—El héroe de la leyenda lo venció con sus propias manos —dijo Algridas

—. ¿Sabes eso? ¿Lo crees?

—Otra pregunta importante. —Prianka se adelantó hasta caminar al lado de Gumnar— ¿Cómo saldremos de aquí?

—Hay entradas y salidas por todas partes. Lo difícil es encontrarlas.

—Señor...

Gumnar notó que Imagus se había quedado quieto, con la mirada en el suelo. Respiraba profundamente.

—¿Te encuentras bien? —Gumnar se volvió para hablarle.

—No perdamos más tiempo —dijo Algridas, quien se adentró en las profundidades del túnel.

—Capitán... —Imagus se dirigió a Gumnar, habló en voz baja—. Creo que no podré seguir. No sé por qué seguir, no sé si lo lograremos.

—¿De qué se trata?

—Si el pergamino está equivocado, no tenemos esperanza, todo el plan era un gran error, y el hecho que llegamos hasta acá fue pura suerte.

Gumnar agitó la cabeza y le puso una mano en el hombro. Los ojos de Imagus brillaron en la semioscuridad, como si las lágrimas estuvieran a punto de escapar. Gumnar detestaba ver a la gente llorar; era una señal de debilidad. Pero sabía que cualquiera podía sentirla, y la forma de enfrentarlo era fortaleciéndolo.

—Oye. ¿Crees que nosotros confiábamos en el pergamino? No. No teníamos idea, creímos ciegamente en ti. Ahora, tú ya estás aquí, a medio camino de tu meta. ¿Piensas darte por vencido después de tanto?

—Pero, no sé si lo lograremos. ¿Crees que será posible vencerlo? ¿Crees que sí?

—No lo sé, Imagus. ¿Y qué importa? Ya estás aquí, así que súbete los pantalones, haz un esfuerzo y vamos a pelear y vencer. ¿Entendiste?

Imagus tragó saliva.

—Vamos —insistió Gumnar—. Piensa en los chicos. Piensa en tu madre.

—Ya estoy dudando si la piedra estará allí... No puedo estar seguro que existe.

—Pues vamos a descubrirlo. Si de verdad deseas encontrarla, no deberías temer buscarla hasta su muerte

Imagus inspiró profundamente.

—Tienes razón, pero...

—¡No hay peros! ¡Avanza!

Catótidus se adelantó y caminó junto al comisario.

—¿Usted lo vio? —Le dijo.

—¿Yo? ¿A quién?

—Al gran lagarto. A esa bestia de la que hablan.

Algridas se volteó y miró al resto del grupo.

—¿Y ustedes? ¿Lo han visto?

—Yo no. —Respondió Gumnar—. Pero oí a quienes sí la vieron. Y no dudo que lo hicieron, pues murieron dispuestos a enfrentarlo.

—Pues ya no puedo dudar que existe.

—¿Lo viste?

—De cierta forma...

—¿Lo viste o no?

—Sé que está arriba de nosotros, he visto su sombra atravesar los pasillos como un relámpago. Pero aún no he subido a donde sé que reposa.

—Hay una pregunta más importante —dijo Gumnar— ¿Sabes cómo vencerlo?

—¿Qué dicen las leyendas? —preguntó Imagus.

—¿Tú las conoces? —Algridas lo miró.

—Yo... Creo que fue con un hechizo... ¿No es así?

—No —dijo Gumnar.

—Tú eres un mestizo, capitán —increpó Catótidus—. Cuenta la historia como te la contaron a ti. Desde el principio.

—No soy bueno para contar historias.

—Vamos —dijo Prianka—. Tu sabes la historia.

—No, la verdad la escuché cuando niño. Creo que ustedes la conocerán mejor. De cualquier modo... Bueno. Así me la contaron. Todo empezó mucho tiempo atrás. Cientos de años atrás. Mucho antes que llegara el imperio Katórida. Antes de que los Katóridas supieran que estas islas existían. Aquí había un imperio grande, con reyes, templos y ejércitos. Después de siglos de guerras; una tribu que se conocía como los ojos de nubes gobernaron toda la isla.

—¿Toda?

—Sí. Establecieron un rey. Su gobierno duró un par de siglos y vivieron en paz por mucho tiempo. Entonces construyeron pirámides y templos ahora tragados por la selva. Las artes y la poesía florecieron como rosas. Y entonces surgió el gran lagarto.

—¿Salió de las profundidades? —preguntó Catótidus.

—No. Era un hombre llamado Laizu. Era uno de los más altos sacerdotes del reino. Uno de los Ojos de nube, pero que quería revertir el dominio de los dioses celestes, y cambiarlo por el de los dioses de las profundidades. Hizo un pacto con los espíritus del inframundo; con la serpiente que envolvía la tierra. Armó una rebelión, prometiendo un paraíso de banquetes que nunca cesarían y riquezas sin fin. Todo a cambio de entregarse a su dominio. Pero los líderes de los ojos de nube vieron el engaño. Supieron que quería esclavizar la tierra para él y revertir el orden social. El precio que pedían los dioses del inframundo era sangre e inocencia derramada.

—Pero Laizu instigó una rebelión como nunca se vio —Gumnar continuó su relato. Los guerreros más nobles de entre los ojos de nube protegieron a esa pequeña tribu, pero el resto de la isla estaba en su contra. Los ojos de nube hasta el volcán de Euronmia, al punto más alto de la isla, que en aquel tiempo era humeante y fiero. Los ojos de nube ascendieron al volcán, esperando que los dioses del cielo los ayudaran. Llevaban a sus esposas e hijos, hasta que se reunieron los millares entorno al cráter. Sin embargo, fueron masacrados. Todos. El rey fue arrojado al fondo del volcán junto con sus guerreros más fieles. Algunos niños fueron vendidos como esclavos, las mujeres raptadas, torturadas y sus niños de pecho eliminados. Si algunas fueron violadas fueron asesinadas luego de quedar inmóviles por el dolor y los huesos quebrados. Ese fue el fin de los ojos de nube.

—Espera. ¿Cuándo entra el gran lagarto?

—Ah. Olvidé ese detalle. Quizás estuvo allí todo ese tiempo, quizás no. Se dice que aquel sacerdote podía transformarse y matar a cientos con sus propias manos. Dicen que era la encarnación de uno de los dioses de la tierra.

—¿Y cómo lo vencieron?

—Durante del reino del gran lagarto hubo una sequía terrible. Los ancianos morían, había desenfreno y hambre en las calles. El gran lagarto requería tributos de vírgenes y de niños, para arrancarles la inocencia y sacrificarlos. Bebía su sangre para mantenerse con vida. —El rostro de Algridas empalideció al escuchar aquello.

—Si eso es cierto, se merece la peor de las muertes —gruñó Catótidus—. Él y todos los seguidores de esa secta demoníaca.

—Eres bueno para contar historias, Gumnar —dijo Prianka, con una sonrisa.

—Sonríe ahora —espetó Catótidas, mirándola.

—Catótidas, calla —dijo Gumnar—. Viviendo al tema, uno de esos esclavos creció hasta convertirse en un hombre de gran estatura. Se llamaba Huracán Yor. Él había jurado vencer al gran lagarto, reunió a un grupo de rebeldes y lo venció con sus propias manos. Un solo hombre venció al dios de las profundidades. Después de esto, se sentó en un trono y los sacerdotes le dieron el título de hombre-pájaro, y gobernó durante un año, hasta que murió, quizás envenenado. Desde entonces, cada año se celebró la fiesta del hombre-pájaro, en que se reunía a los más grandes guerreros de cada tribu, y el primero que...

—Ya nos salimos del tema, Gumnar. —Lo reprochó Prianka.

—Llegamos a lo más interesante. —Él la contradijo, y se volvió hacia Algridas—. A todo esto, en la versión que escuché, no hay detalles sobre cómo lo venció. Si fue con sus propias manos, supongo que no será tan difícil. Bueno, si yo tuviera manos, lo intentaría.

—Te olvidaste que la leyenda cuenta que el hombre-águila era un gigante y tenía la fuerza de diez hombres —dijo Algridas, con una mueca de sarcasmo—. Preparaos para cualquier cosa.

—Sigamos —dijo Gumnar, inspirando profundamente—. ¿Sabes que sigue?

—Avancemos.

A medida que continuaban, Gumnar sintió un temor envolverlo. La leyenda del hombre-serpiente era inquietante y aterradora, pero había algo más aterrador que las leyendas, y era que nunca había estado en una situación tan precaria, incluso en medio del campo de batalla con docenas de enemigos al acecho. Nunca había tenido tan pocos hombres a su cargo, y en un estado tan malo. Él mismo no podía pelear. Con la mano izquierda, las cosas no serían fáciles. Se la pasaba imaginando fintas de zurdo, pero no tendría la misma facilidad. Algridas era seguramente capaz, pero parecía haberse debilitado después de tantos días. No tan diferente a un soldado en campaña. Prianka no tenía capacidades técnicas de combate, y el gordo de Imagus mucho menos.

Gumnar se preguntó... ¿Acaso tenían posibilidades de sobrevivir, o sería esa su última noche?

## XI El foso

Llegaron a otra habitación donde el techo adoptaba una forma cóncava, y los muros al costado, en lugar de ladrillos, eran de piedras amorfas. El suelo era de tierra negra. Gumnar se inclinó y la palpó. Estaba húmeda, como si hubiera agua abajo, y la vegetación constante hubiera nutrido el suelo en épocas recientes.

—Imagus —espetó Gumnar—. Revisa el pergamino.

—¿Pergamino? —Algridas se volteó con el ceño fruncido—. ¿Qué les he dicho sobre esos pergaminos inútiles?

Imagus leyó:

*La puerta del espejo es amplia,  
mas solo los muertos la atraviesan.*

—¿Qué significa eso? —dijo Prianka— ¿Los muertos? ¿A qué se refiere?

—Son patrañas. No las escuchéis —gruñó Algridas.

—¿Y qué tenemos que hacer? —Prianka lo miró con recelo—. Hemos llegado lejos con ese pergamino. Sabemos que da resultado.

—Tonterías. —Algridas agitó la cabeza—. Ese pergamino es una falsificación. Grita falsificación con solo olerlo.

—Bueno, entonces tú dinos que hacer —Prianka se llevó las manos a la cintura.

—Eso estoy haciendo —Algridas se acercó al muro y palpó los ladrillos, luego los golpeó con el pomo de su espada.

—Ten cuidado —Gumnar puso su mano sobre el hombro de Algridas, y éste le dirigió otra mirada venenosa.

—¿Te pasó lo del muro colapsado? —dijo Algridas.

Gumnar bajó los manos, y no apartó el contacto visual.

—Me lo había imaginado —continuó Algridas—. Para ser un capitán, eres impulsivo.

Gumnar se contuvo. Algridas no había estado allí y no había visto lo que ocurrió, para juzgar la situación.

—Te lo repito. Ten cuidado —Gumnar avanzó lentamente, mirando los



muros esperando el movimiento más mínimo.

—Aquí está. —Algridas se inclinó al tiempo que desenvainaba. Luego, clavó una daga en el suelo y la movió lentamente como una palanca.

—¿Qué hace, comisario? —Catótidus se apoyó junto a su hombro.

Algridas elevó la mirada.

—Comenzad a cavar.

Algridas metió la mano en el suelo y empezó a sacar tierra. Imagus, tímido como siempre, se apoyó torpemente en el suelo y lo imitó. Gumnar no perdió tiempo y ayudó. A medida que cavaban, era evidente que había algo debajo. En poco tiempo sintieron algo frío y sólido como el hierro. Todos apartaron la tierra, y se encontraron con un objeto metálico y circular, como la tapa de una alcantarilla.

—¿Es una puerta? —preguntó Prianka.

Algridas clavó la daga en el borde y la usó de palanca. La entrada cedió un milímetro y la luz se filtró a través de ella.

—¿Qué es esa luz? —preguntó Imagus.

Catótidus se apresuró a levantar la puerta. Reveló la luz del sol filtrándose a través de ella, y lo que delataba un bosque en el exterior. Además de eso, ya había amanecido.

De pronto, algo saltó al cuello de Imagus, como un relámpago oscuro. Él se dejó caer hacia atrás con un gemido.

—¡Maldición! —gritó Gumnar, poniéndose de pie de un salto. Prianka gritó, aterrada.

Una serpiente se deslizaba veloz hacia el muro, para luego alzarse enroscada y sacando la lengua.

—¿Te mordió? —Gumnar tocó el hombro de Imagus, quien estaba quieto como una estatua y blanco como la nieve.

—¡Mátala! —espetó Imagus.

—Alto. ¡Atrás! —Algridas se levantó lentamente y desenvainó su espada.

Sujetó la hoja con sus guantes y la extendió con el pomo hacia el frente. La serpiente se levantó tímida. Su lengua se escapó un par de veces, para luego arrastrarse y enroscarse en la empuñadura. Algridas la alzó gentilmente.

Catótidus mantenía la compuerta abierta, la miraba tenso, mientras tanto, Algridas dejó la serpiente deslizarse hacia las profundidades y perderse entre las ramas de abajo.

—¿Cómo hiciste eso? —preguntó Gumnar, luego de un suspiro liberador.

—He aprendido algunas cosas —dijo Algridas—. Una de ellas es que hay que actuar con calma frente a ellas. Catótídis, no cierres la compuerta. Hemos de echar un vistazo.

—Sí, señor. —Catótídis obedeció y tiró de la puerta lo más que pudo. En el suelo se desplegó una visión de figuras arrastrándose al fondo, entre, hojas, ramas y rocas.

El rostro de Catótídis se puso pálido, Gumnar notó también a Prianka dar un paso atrás, alarmada.

—Por los dioses. —Catótídis agitó la cabeza, incrédulo.

Gumnar echó un vistazo, para asegurarse que sus ojos no lo engañaban. Nunca había visto tantas serpientes en su vida.

—¿Son...? —Imagus parecía haber visto un muerto.

—Espera... —dijo Gumnar, inclinando la cabeza a través del hueco. Era una salida al bosque, al fondo de la cual notaba una cascada y varias cuevas pequeñas, rodeadas por un océano de serpientes que se arrastraban como las olas de un mar.

—Qué demonios es eso —exclamó, y la percepción de la distancia lo hizo marearse y temer por caer al precipicio. Subió la cabeza de una vez.

—¿Se puede bajar? —dijo Imagus.

—¿Estás bromeando? —respondió—. O nos romperemos la cabeza o las serpientes nos comerán vivos.

—Tiene que haber una salida —dijo Algridas—. ¿Puedes salir a explorar tú, capitán? No sé si resistiré. No he comido desde hace un par de días y mis músculos están débiles.

Miró a Catótídis por un instante, cuyas heridas quizás no fueran tan dolorosas como las de él.

Pero Gumnar debía cimentarse como líder, y su entrenamiento físico era muy superior.

—De acuerdo— suspiró Gumnar, introdujo la mano en el hueco. Palpó el borde, no de hierro, sino de piedra.

Estiró su brazo bueno por debajo hasta que notó una pieza de hierro sólida. En ella, seguramente se había enroscado la serpiente que había asustado a Imagus.

—Hay una barras de metal —dijo—. Intentaré bajar sujetándome de ella.

—¿Estás loco? —dijo Prianka — ¡No puedes hacerlo solo con tu mano izquierda!

—¿Quieres hacerlo tú, Catótidus? —Miró al miliciano, quien no quería negarse por orgullo, pero no dijo nada. Luego se volvió hacia Prianka—. Amor, tú sujeta mi antebrazo derecho. ¿Tienes una cuerda, Catótidus?

—Sí —dijo él, desatando un lazo de su bolsillo. Lo amarró al codo derecho de Gumnar y aseguró con un nudo fuerte. Luego lo ató a su abdomen.

—Listo —dijo Gumnar, estirando su brazo izquierdo, haciendo su muñeca girar y extendiendo su hombro. No quería sufrir otra lesión e incapacitarse totalmente. Se inclinó, sujetó aquella barra de hierro y se deslizó a través del hueco. Su brazo aún podía soportar su peso, aunque la tensión al bajar era difícil, y creyó no poder permanecer allí mucho tiempo.

Vio claramente que el templo estaba suspendido entre dos colinas de piedra. El templo de la serpiente salía de la colina y estaba construido como un puente. Parecía flotar en el aire. Sin embargo, Gumnar no tardó en darse cuenta que una estructura triangular que salía de la montaña la sostenía, y hacia el otro lado se extendía un puente cubierto de ladrillos y concreto. En el lado opuesto del puente notó una abertura similar, en vertical, por la que serían capaces de subir. Estaba abierta.

Suspiró y pensó en el plan. Había una hilera de barras de hierro similares. Para llegar allí, tenían que saltar a través de barras de hierro, separadas casi metro y medio de distancia. Solo un gimnasta de experiencia sería capaz.

Gumnar miró hacia arriba.

—¡Ya vi la entrada!

—¡Bien hecho! —dijo Catótidus—. Sujetate de la soga, que te vamos a subir.

—No hace falta. Intentaré avanzar hasta ella.

Gumnar se volteó hacia atrás y puso su brazo izquierdo sobre la barra, para aferrarse del lazo y que el salto de la barra no fuese tan brusco, cuando de pronto notó un ruido de cascabel atrás de él. Se volteó, y se encontró con una serpiente dorada y marrón, con un cascabel agitando frenéticamente. Tragó saliva.

—Chicos —dijo.

—¡Oh, no! —gritó Prianka—. ¿Estás bien? ¿Es eso lo que creo que es?

—¡Por los dioses! —espetó Catótidus.

Gumnar sintió su corazón galopar mientras la serpiente metía y sacaba la lengua. Algo pareció alertarla, y se enroscó defensiva. Gumnar temió por su vida. La serpiente podía saltar y morderle la cara fácilmente, y después de

eso... ¿Cuánto podría sobrevivir? Unos minutos, unas horas...

¿Era el momento de morir?

Pero había otro problema, el dolor recorría su brazo izquierdo. Su codo estaba demasiado extendido, y la tensión aumentaba. Sintió el sudor deslizarse por su frente, cuando de pronto, la serpiente atacó.

Gummar no pudo controlarse y se soltó de la barra, inmediatamente su cuerpo cayó hacia el fondo, y el tiempo pareció detenerse. Se apresuró a aferrarse de la soga atada a su brazo, sintió la piel de sus palmas rasgarse, pero se sostuvo. Lanzó un gruñido, cuando súbitamente dejó de descender.

—¿Estás bien? —Escuchó la voz de Prianka hacer eco arriba de él.

—Bien —dijo Gummar, pero gruñó por el dolor de su brazo y palma. Se aferró firmemente. Sentía las palmas al rojo vivo. Mantuvo sus ojos arriba, para no marearse y perder el control.

La soga empezó a subir, y Gummar intentó sujetar la cuerda también con su brazo herido. Dio un suspiro para mitigar el dolor, y lanzó un grito.

—¡Ten cuidado! —escuchó a Imagus gritar.

—¡Esperen! —gritó Gummar—. Tengo una idea.

—¡Quédate tranquilo! —dijo Prianka— Te subiremos.

—¡No, ya sé cómo subir!

Su cuerpo estaba otra vez a la altura de la barra, y la serpiente se había deslizado unos metros más arriba. Ya no había rastro de la serpiente.

Gummar se impulsó al frente para acercarse a la barra.

—¡Gummar, no! —la voz de Prianka resonó atrás de él, cuando Gummar ya estaba con el abdomen en la barra siguiente, y uno de sus brazos sujetando el hierro al lado.

—¿Qué piensas hacer? —escuchó la voz de Algridas.

—Vosotros no lograréis saltar de esta entrada a la otra —anunció, mirando hacia arriba—. Voy a armar un camino. Saltaré a la próxima barra, y así a la siguiente hasta llegar a la otra entrada. Allí, ataré la soga y todos podréis pasar fácilmente.

—¿Estás loco? —espetó Catótidas, a través del hueco— ¡Lo haré yo!

—Luego me ayudarás —gritó Gummar.

—Vamos. ¡No soy un cobarde! —gritó Catótidas.

Gummar se sujetó con un brazo y se balanceó en la barra, hizo un movimiento hacia atrás; con la mirada fija en la otra barra a pocos metros. Estaba seguro que la soga lo sostendría. Inspiró profundamente y pidió ayuda

al dios águila.

Hizo un movimiento hacia atrás, seguro de haber tomado suficiente impulso, y se arrojó hacia el frente, soltó la barra y extendió el brazo, vio su cuerpo elevarse, y su mano cernirse más cerca de la siguiente barra. El tiempo parecía detenerse, decisivo, cuando de pronto, sintió el tirón de la gravedad vencer su fuerza de empuje y arrojarlo hacia abajo como una piedra lanzada al mar.

Él lanzó un alarido mientras descendía en caída libre. Por un instante que pareció eterno, vio las rocas macizas acercarse, junto con el océano de serpientes escamosas, pero antes de caer, su cuerpo hizo un péndulo y se balanceó al muro de piedras y helechos al otro lado. Pensó que lograría asirse cuando el péndulo voltease en la dirección de la otra entrada; pero de repente, notó que nadie lo estaba sosteniendo, y que la soga se había soltado y flotaba libre en el aire.

No podía ser.

Escuchó otro grito arriba de él. Era la voz de Catótidus.

En aquel momento, Gunnar se acercaba velozmente a las rocas y a un tronco que se enroscaba entre las piedras. Extendió las manos para sujetar las ramas, y lo hizo, por poco, para que una fuerza tirara de él hacia el suelo, y las ramas que lo sujetaban se rompieran.

En un instante, mientras aún descendía, vio algo atrás de él: el cuerpo de Catótidus descendía del hueco a gran velocidad, aún sujeto a la cuerda de Gunnar.

Antes de pensar una palabra, Gunnar cayó sobre un montón de rocas planas. Apretó los dientes para contener el dolor que ahora cubría todo su cuerpo.

Se volteó y golpeó su cabeza contra la roca para mitigar el dolor de espalda.

Pero estaba vivo.

De pronto, escuchó una caída y la voz de Catótidus varios metros abajo de él con un grito más fuerte.

—¡Catótidus! —Gunnar se arrastró y miró hacia abajo, donde la soga se hundía entre los matorrales— ¿Estás bien?

Catótidus respondió con un alarido:

—¡Maldición!

—¿Estás bien? —Gunnar se apoyó sobre las rocas, mirando los arbustos.

—¿Qué es estar bien? —Catótidus gruñó agitado.

Gumnar suspiró y se tumbó sobre su espalda.

—Gumnar... —Catótidus gritó otra vez abajo de él—. ¡Sácame de aquí!  
Estas cosas son enormes.

—¿De qué hablas? —Gumnar se levantó torpemente y miró hacia abajo del barranco; allí estaba Catótidus, arrastrándose aterrado, sobre una piedra áspera, impulsando su cuerpo hacia un lado y esforzándose por no resbalar al foso de serpientes.

—¡Sujétate! —gritó Gumnar, mientras sujetaba el lazo con su brazo izquierdo y tiraba con la fuerza de todo su cuerpo. Gritó como un condenado, y pensó en no dejar a Catótidus morir. Lo necesitaba para vencer. Lo vio subir por el risco, en un tiempo que pareció alargarse por horas, hasta que en un punto, Catótidus consiguió subir solo, aferrándose de las ramas al costado, y Gumnar lanzó otro grito áspero y apretó el puño izquierdo.

Inspiró profundamente, y vio a Catótidus incorporarse a su lado, también jadeando.

—Gracias —musitó Catótidus.

Gumnar pensó en decir de nada, pero el dolor y su deseo de resistirlo ocupaba su mente. Jadeó y golpeó el suelo a su lado con todas sus fuerzas, pero su codo y la mano vendada dolían como nada en el mundo.

—¿Y ahora qué? —Catótidus se incorporó.

—¡Dioses! —Gumnar dejó escapar un suspiro. Forzó su mente a tomar una decisión— Maldición. Mi codo está en llamas. Maldición.

—¿Estás bien?

—Tendré que estarlo —gruñó Gumnar, mirando hacia arriba, a través de los arbustos y el viento frío. Alcanzaba a ver la silueta de sus compañeros asomándose por el hueco.

—Pregúntales si nos escuchan —dijo.

Catótidus gritó:

—¿Me oyen?

La respuesta vino enseguida, cuando los tres gritaron que sí.

—¿Cómo caíste así? —preguntó Gumnar, apretando los dientes.

—Me resbalé mientras preparaban otra soga. La peor idea del mundo.

—Lo fue.

—¿Tienes idea de cómo subir? —Catótidus se puso de pie y avanzó hacia la pared de piedra, mirando hacia arriba.

—¿Tienes la ballesta?

Catótidus desató la ballesta que llevaba atada a la armadura y echó un vistazo para asegurarse que no estuviera averiada.

—Aún funciona. —Catótidus se volvió hacia él.

—¿Y si disparas el lazo allá arriba?

—¿El lazo? —Catótidus arqueó una ceja.

—Sí.

—Intentalo... Dispararlo al otro agujero... Pero... No... No creo que funcione.

—No, tienes razón, la flecha se caerá con un poco de fuerza. ¿Y si lo disparamos al hueco?

—Es fácil.

—De acuerdo —dijo Catótidus, cerrando un ojo y apuntando hacia el hueco. Luego apartó la mirada y gritó — ¡Voy a disparar! ¡Apártense del hueco y tomen el lazo!

Gummar y Catótidus no alcanzaron a oír la respuesta, pero Catótidus disparó. Gummar se quedó con la mirada fija, a la expectativa. El lazo no volvió, se quedó prendido y luego alguien tiró levemente de él, como para indicar que lo habían cogido.

Catótidus se apresuró a atar el lazo a su cintura, luego dirigió una mirada a Gummar:

—¿Qué hay de ti?

—No creo que puedan levantarnos a los dos, yo lo intentaré después.

—Vamos, si no te tendría que dejar otra soga.

—¿Crees que nos resista a los dos?

Catótidus miró hacia arriba.

—No, subiré yo, sujetando tu soga, y luego te subiremos a ti.

Gummar asintió. Catótidus se acercó lentamente y ayudó a Gummar, atando otra soga alrededor de su cintura.

—Gracias.

Catótidus no respondió. Se volteó, y tiró de la soga otra vez; y los que esperaban tras el hueco empezaron a subirlo. Él sostenía la otra en la mano; la que pronto llevaría a Gummar. En cuanto Catótidus llegó al hueco, empezaron a tirar de Gummar. Él cerró los ojos y continuó ignorando el dolor. Su cuerpo se elevaba y veía una masa de serpientes abajo de él, moviéndose, a la expectativa, y en los costados de la montaña, ratas y pequeños mamíferos. Era

una fosa de serpientes como nunca había imaginado podía existir. Se dejó llevar por el miedo, y por un instante, se concentró en el dolor. Pensó que quizás aquel sería el último día de su vida. No tenía idea cómo sería enfrentarse a aquella criatura, sobre todo al perder el brazo que lo había convertido en un guerrero de renombre.

En poco tiempo, la oscuridad del salón de la serpiente cubrió su visión, abrió sus ojos para encontrarse con Prianka, Algridas, Catótidas e Imagus.

—Amado —. Dijo Prianka y se arrojó a sus brazos. Él la envolvió en los suyos. Pensó que quizás esa sería la última vez que lo hacía.

—Por un momento temí perderte —dijo ella, juntando su rostro con el de él. A pesar del frío y el sudor, su tibieza lo hacía sentir que no querría perderla jamás.

Deseó no haber comenzado aquella búsqueda.

Pero ya no había marcha atrás.

—No perdamos tiempo —dijo Algridas, mientras Prianka soltaba a Gumnar.

—Amado. —Ella lo miró a los ojos con lágrimas en los suyos—. No quiero esperar más, por favor, no vuelvas al ejército, quédate conmigo. No puedo estar un día más sin ti. Moriré.

—Sí, Prianka —bajó la mirada. Por sí mismo, por el honor y sus responsabilidades no lo podía hacer, pero ahora, sin su mano... Quizás la prioridad se había dado a conocer. Lo único que importaba era ella.

—Yo voy a bajar primero —dijo Catótidas—. Ataré la soga a algún punto y luego cruzaremos.

—¿Y cómo cruzarás tú, Gumnar? —preguntó Imagus.

—¡Yo iré con él! —dijo Prianka.

—Puedo llegar con la cuerda. No os preocupéis por eso.

—Vale —Catótidas se acercó al hueco y tragó saliva—. No me soltéis, por favor —dijo, mientras Algridas ataba la soga nuevamente al hueco.

—¿No hay serpientes?

—Mejor no verlas —respondió Catótidas, y agitó la cabeza. Bajó lentamente, mientras Algridas e Imagus, ya agotados y con sudor en la frente lo sostenían. Catótidas se agitó de un lado a otro, y la soga se volteó rápidamente.

—¡Ya estoy sujeto a la barra! —gritó.

—¿No hay serpientes cerca?



—No.

—Yo le seguiré —dijo Algridas.

—¡Espera!

—Yo le cubriré la espalda —continuó el comisario.

—¿Ves serpientes? —gritó Gumnar.

—No hay cerca de aquí. Puedo hacerlo.

El lazo se movió de un lado a otro, y quedó rozando el borde del hueco.

—¿Estás cerca? —gritó Prianka.

Pero Catótidus no respondió.

—Esperad —dijo Algridas—. Dejadlo concentrarse.

Después de unos minutos, Catótidus tiró de la soga veces.

—¿Lo habrá logrado? —preguntó Imagus— O es que necesita ayuda.

—No lo sé.

—Pues es hora de averiguarlo —dijo Gumnar, apoyándose en la salida.

—Lo haré yo —espetó Algridas, y apartó a Gumnar de la entrada.

—¿Estás seguro? —preguntó Gumnar.

—Tienes ambas manos hechas trizas. Yo iré.

Los otros tres lo miraron.

—Suerte —dijo Gumnar.

Algridas se aferró del lazo con sus manos callosas y bajó lentamente, aferrándose de la soga. Se tensó desde la parte en que estaba atada al pilar, sin embargo, el nudo era sencillo, como el que se ataba para cerrar la bolsa del pan.

—¿Quién lo hizo? —Gumnar dirigió una mirada crítica a su alrededor.

—Yo —dijo Imagus, tímidamente.

—Imagus... La próxima vez pídemle ayuda para atar nudos. Eso que hicciste no es seguro...

—¡Se va a desatar! —el grito de Prianka los interrumpió.

En cuanto dijo eso, el lazo voló por los aires y se deslizó velozmente hacia el vacío.

—¡Algridas! —gritó Gumnar, y se arrojó hacia él, pero el lazo se deslizó antes de que pudiera sujetarlo. Se imaginó lo que podía pasar. Algridas cayendo al pozo. Un luchador hábil menos, y posibilidades de victoria más remotas.

Y probablemente se quedarían atrapados allí.

—Lo tengo —dijo Prianka. Gumnar se volteó y la vio agazapada en el

suelo, con la punta del lazo en mano. Sin embargo, de pronto, la cuerda vibró con gran ímpetu. Prianka hizo un esfuerzo al tirar de ella, pero la fuerza opuesta la venció, y Gunnar vio cómo su cuerpo se deslizaba velozmente hacia el precipicio, como una muñeca de trapo.

—¡Prianka! —Gunnar gritó con todas sus fuerzas y se arrojó hacia el vacío sin pensar, se aferró del pie de Prianka con su mano hábil y salió impelido hacia afuera también.

Inmediatamente olvió a ver la luz de una mañana cruel abajo de ellos. Prianka, aterrada, se sostenía firmemente del lazo y descendía como un péndulo. En un instante que Gunnar miró hacia arriba, notó a Algridas aferrado a la otra entrada, y subiendo. Al menos él lo había logrado.

Y en un instante, quizás incapaz de sostenerse, Prianka se soltó y empezó a descender. Gunnar logró sujetar el lazo a pocos metros de caer, y a Prianka de la cintura. Ella se aferró a su cuerpo, mientras los latidos de su corazón aumentaban. El cuerpo de Prianka se deslizó y él la sujetó fuertemente de la cadera con su mano herida, mientras se sostenía de la cuerda con su mano izquierda.

Gunnar lanzó un grito. El peso era demasiado. Trató de ignorar el dolor.

—Sujétate, amor... Abrazame —dijo él.

Ella abrazó fuertemente el pecho de Gunnar, mientras el cuerpo de ambos se balanceaba al viento. Gunnar apretó los dientes. Estaba seguro que su brazo no lo resistiría mucho tiempo. Ya estaba cediendo. Gritó con todas sus fuerzas.

—¡Arriba! —gritó Gunnar—. ¡Rápido!

Cuando Gunnar dirigió la mirada arriba de él. No vio a nadie cerca de los huecos. Podía ver la soga salir del hueco más lejano, y atravesar las barras, atado a ellas, para luego hundirse hacia donde estaban ambos.

—¿Estás bien, amor?

Gunnar inspiraba profundamente, para no dejar que el dolor lo dominase.

—¡Alguien allá arriba! ¡Catótidus! ¡Súbenos!

La soga empezó a subir inmediatamente. Gunnar sintió que su brazo estaba en llamas, pero contuvo el dolor.

—Amor mío... —dijo— No creo resistir mucho.

—¿Quieres que nos sostenga? —preguntó ella.

—¿Puedes?

—Creo que sí —dijo Prianka, abrazada a su pecho.

—Sujeta el lazo con una mano... Luego.

De pronto, un dolor, como una cortada, atravesó el brazo de Gumnar. Dejó escapar un grito que enmudeció su alrededor.

Y se soltó.

Su cuerpo salió impelido hacia abajo. Sintió sus miembros disiparse, y el cuerpo de Prianka también se soltó. Reaccionó velozmente y extendió la mano, palpando el aire vacío, pero la soga, ahora sin el peso de ambos, subía más rápido.

La soga se le iba de las manos, estaba casi un metro a su altura, y en menos de un segundo podía subir demasiado y perderse para siempre.

Consiguió sujetarla, pero su cuerpo seguía descendiendo, y su mano sufrió cada milímetro del descenso, ardiendo como si estuviese siendo expuesta a una llama abierta. Apretó fuertemente para asegurarse.

Prianka estaba abajo de él. Él extendió su brazo herido, y ella, aún consciente, se aferró de él.

En cuanto ella tocó su mano derecha, el grito de Gumnar fue estremecedor hasta para él. Sintió que le estaban arrancando el brazo en varias partes, y que sus articulaciones se partían lentamente.

Ella pareció reaccionar a su grito desgarrador, y, quizás instintivamente, soltó el brazo herido de Gumnar.

Pero no encontró de donde más sujetarse. Su expresión era calma, fija en su amado.

Gumnar sintió que el tiempo se había detenido, mientras el cuerpo de ella descendía hacia el abismo de las serpientes.

Gumnar gritó un *no* que resonó en los muros de piedra, con un eco penetrante, mientras su mirada fija la vio hundirse en un mar de serpientes y desaparecer. Se sujetó del lazo, con una mano y enroscando, y sollozó.

No notó que el lazo ahora subía.

¿Era acaso aquello solo una pesadilla horrible? ¿Qué sentido tenía vivir? ¿Por quién luchaba? No tenía padre ni madre, no tenía más que amigos que el viento podía llevarse en cualquier momento.

¿Valía la pena?

Deseó arrojarse al mar de serpientes y perderse para siempre.

O que Prianka pudiese sobrevivir y escapar. ¿Era acaso posible?

La voz de Catótidus resonó arriba de él.

—¡Gumnar! ¡Escuchame!

Gumnar no respondió, sino que mantuvo su mirada fija en el foso.

—Lo siento por lo que le pasó a Prianka. ¡Es terrible, pero debes concentrarte!

Gumnar permaneció contemplando el abismo.

Quizás era mejor saltar.

Sopesó las posibilidades. La muerte era certera.

No.

Era el capitán Veler. Ese era el momento de probarse a sí mismo, por Prianka, y por los niños secuestrados. Miró hacia arriba, hacia el hueco. Allí, Catótidus asomaba el rostro con sus manos tirando del lazo, junto con las de Algridas.

—¿Qué quieres que haga, Catótidus? —preguntó Gumnar.

—Ata el lazo a la barra. Si no lo haces, Imagus no podrá pasar.

—De acuerdo —suspiró Gumnar, bajó la mirada, y sus pensamientos lo distrajeron otra vez. Prianka... Sí. Ella se había ido. Su boda, sus sueños... Serían eso por siempre.

—¡Apresúrate Gumnar!

Gumnar miró hacia arriba.

—Sí.

Apoyó su abdomen y su codo derecho sobre la barra y procedió a atar la soga con su mano izquierda y con los dientes. Notó que su palma izquierda sangraba, pero tenía otras cosas por las que preocuparse.

Cuando estaba listo, se volteó y llamó a Imagus. Éste asomó el rostro por la otra entrada.

—Ata este lazo al pilar. ¡Hazlo bien! —gruñó Gumnar.

—Entendido —Imagus asintió con la cabeza, y recibió el lazo.

## XII El sacerdocio del mal

Gumnar mordisqueó el pan de cebada que había traído atado a su cintura, pero el sabor a grano parecía no existir. Frente a él, ardía un fuego pequeño, alimentado por pocas ramas cortadas del árbol que había crecido cerca del hueco.

—Vamos, que me muero por un poco de carne —dijo Imagus.

—Espera un poco más —dijo Catótidas, moviendo la varilla hacia el lado, asegurándose que el asado quedara parejo.

—¿Para qué quieres cocinarlo tanto? Quedará mejor crudo.

—Me gusta que la piel quede crujiente y caramelizada.

—¿Qué hay de las escamas?

—No creo que tenga tanta carne —dijo Gumnar.

—Vale —dijo Catótidas, apartando la vara de las llamas. Era una serpiente larga de piel verde y marcas con forma de rombo. Parte de la piel se había abierto ante las llamas, revelando carne blanca. La ofreció a Algridas, quien miraba desde una esquina, con los brazos cruzados.

—Para el veterano —dijo.

—No, gracias —respondió Algridas.

—Vamos, te morirás de hambre. ¿No pasaste ya varios días sin comer algo fresco? Nosotros estuvimos en la oscuridad doce horas y nos morimos de hambre.

—No comería eso ni aunque mi vida dependiera de ello.

Catótidas hizo un gesto de disgusto. Gumnar pensó que él también se ofendería si rechazaran algo que él hubiera hecho. Sin embargo, el asco que sentía Algridas también era visible.

—Para ti, Gumnar.

—Gracias. —Gumnar la recibió con la mano izquierda, ahora vendada. Casi la dejó caer por lo caliente que estaba.

—Comienza por la parte de atrás.

Gumnar la mordisqueó y arrancó un trozo, con todo y escamas. Eran suaves, no como las de un pescado, y la carne era abundante. Sabía a pollo.

—No está mal —dijo, masticando.

—¡Déjame probar! —Imagus tenía su brazo extendido.

—No te lo termines —dijo Gumnar.

Imagus pareció recobrar la luz en sus ojos después de probarlo. Tenía la boca llena.

—Se lo pierde, señor Algridas —dijo, con un trozo de piel de serpiente colgando de sus labios.

Catótidus miró a Gumnar a los ojos. Su rostro marcado ya no le parecía agresivo.

—Lo siento por lo que te pasó.

Pero Gumnar prefería que no hablara de eso.

De todas las personas en el mundo. ¿Por qué Prianka? ¿Por qué tenía que ser ella la que sufría una muerte tan ignominiosa y horrible?

—También perdí a mi esposa —dijo Catótidus.

Gumnar inspiró profundamente.

—Lo siento.

—Sé que es lo peor que puede haber. Y... Quizás no quieras escuchar esto. Yo no quería saberlo. No quería aceptar que había ocurrido, pero... Las cosas estarán bien. No te rindas.

—Si no te molesta. ¿Cómo la perdiste?

—La perdí cuando de que nació mi hijo. Fue un cruel intercambio de los dioses.

—No lo sabía. ¿Y cómo está tu hijo?

—Mi hijo es mi orgullo. Se llama Vitala, es alto y fuerte, sobre todo para su edad.

Catótidus sonrió y Gumnar inclinó la cabeza.

Algridas se puso de pie atrás de ellos y se limpió el polvo de la túnica.

—No perdamos más tiempo.

Gumnar dio un suspiro y se alzó junto a él.

—Ya descansaron demasiado —gruñó Algridas.

Imagus tenía la cabeza inclinada, obedecería cualquier orden, pero se veía agotado aun después del almuerzo. El pobre necesitaba una buena noche de sueño.

—¿Y ahora? —preguntó Catótidus, con los brazos cruzados.

—Ahora viene lo bueno.

Gumnar miró a Imagus, quien aún mordía los huesos.

—¿Qué dice el pergamino?

Imagus revisó el rollo.

—A ver...

—Ya está —gruñó Algridas, inclinándose en la esquina opuesta de la habitación y presionando uno de los ladrillos con forma de serpiente en el techo. Se escuchó un ruido sordo y todos se levantaron. Luego, Algridas avanzó hacia el centro del muro y presionó la pared, revelando un cuarto escondido. Gumnar se asomó, sorprendido al notar la luz que emanaba de él.

—Por los dioses —dijo, y parpadeó, a medida que atravesaba el pasadizo y entraba en la sala.

La sala era omniosa, grande como un anfiteatro, y se extendía por varios metros hacia el centro. Arriba, había vidriales a través de los que el sol cruzaba. Los pilares conducían en línea recta hacia un canal, al centro del cual había un círculo. Había huesos de hombres, espadas de bronce y cascos en el suelo, mucho más antiguos que los de los katóridas que habían llegado doscientos años atrás.

—Sigamos —dijo Gumnar—. Mantengámonos juntos y alerta. Puede que el demonio esté cerca.

Atravesaron la sala, y el muro se extendía por varios metros. Gumnar sintió que nunca se acababa, a medida que seguían los huesos se volvían más abundantes. Gumnar se inclinó y notó piernas rotas, algunos casi con la piel preservada y carbonizada.

—¿Qué pasó aquí? —Catótidus meneó la cabeza.

—Nunca me imaginé que esto hubiera pasado. Seguro... Fue hace mucho tiempo —Gumnar miró hacia arriba.

Imagus tragó saliva.

—Creen que... ¿Creéis que son los ojos de nube?

—¿Los de la leyenda? —Gumnar se volteó.

—Sí. ¿Crees que sea posible?

—No lo sé.

La cueva se volvía más estrecha y oscura, atravesada por roedores de gran tamaño y serpientes.

—¿Qué dice el pergamino? —Gumnar le preguntó a Imagus.

—Pone que... Después de lo último dice que el camino de la serpiente es largo... Que sólo los muertos, los perdidos, y las bestias lo atraviesan. Luego...

—¿Y la piedra? —preguntó Gumnar.

—La piedra está en el altar.

—¿Cuál altar?

—El altar. El altar del sol en el templo de los gigantes. Dice... Dice que los gigantes lo construyeron.

—¿Gigantes?

—Eso pone.

—Más leyendas —dijo Gumnar—. Ojalá que no sean verdad. Maldición.

—No lo sé —dijo Imagus.

Gumnar miró hacia arriba. Había enfrentado a la muerte cientos de veces, pero a hombres, a personas que se podían vencer con ingenio y fuerza física. Sin embargo... ¿Contra qué pelearía?

Ya no importaba. Podía morir y encontrarse con Prianka, con Fedrik. Con todas las personas que había amado en vida. Inspiró profundamente.

¿O no?

¿Que había de la piedra de vida?

—Imagus... —dijo Gumnar.

—¿Qué? —respondió el joven mago.

—Háblame de la piedra.

—¿La piedra de vida?

—Sí. ¿Qué otra piedra?

Imagus inspiró profundamente.

—Cuentan que cayó de la corona de uno de los dioses que construyó el mundo y...

—Dime cómo se usa.

—¿Cómo se usa...? —Imagus alzó una ceja— Pues con un hechizo y...

—¿Y?

Imagus se aclaró la garganta.

—Con sangre.

—¿Sangre? —Gumnar tenía los ojos abiertos como la luna llena.

—Sí —dijo Imagus.

—¿A qué te refieres con eso?

—Requiere un sacrificio de vidas.

—¿Y cómo la piensas usar?

Imagus inspiró profundamente.

—Con mi vida.

Gumnar miró hacia el frente y luego agitó la cabeza.

—No, chico. No pienses así. No lo vale.

—Todo lo vale por mi madre —dijo Imagus, alterado.



—Seguro que ella fue una mujer maravillosa. Puede que haya sido mejor persona que tú, pero así no funciona la vida... Ellos dejan este mundo para dejarte su herencia a ti.

—No. No lo entiendes. ¿Qué clase de vida puedo tener yo?

—¿Qué? Mírate. Sabes mucho de magia. Seguro tu madre te amaba. Vive la vida como se debe vivir —Gumnar inspiró—. Supongo que... Bueno. No sé que decir.

—¿Qué? ¿Y por qué me preguntaste?

—También pensé en Prianka y en mi padre... En traerlos de nuevo, pero por lo que dices, quizás... Quizás lo mejor es dejarlo reposar en nuestra mente.

—No lo sé —dijo Imagus—. Si ya estoy aquí, después de tanto tiempo, lo menos que puedo hacer es lograr algo. ¿No es así? No quiero haber venido hasta acá en vano.

—No es en vano de ninguna manera —dijo Gumnar—. A menos que...

—¿Qué?

—Si usamos la sangre del gran lagarto para traer a tu madre a la vida... Pero... No sé si se podrá hacer. ¿Qué piensas?

—El conjuro dice que la sangre del sacrificio es sangre pura, supongo que se refiere a sangre virgen.... O de alguien que solo tenga deseos puros en su corazón.

—Por eso los niños —Gumnar apretó los puños.

—Sí —dijo Imagus, con una mueca.

Las cuevas continuaban serpeando y cada paso se volvían más estrechas. Creyeron haber avanzado un par de horas más. Gumnar había encendido una antorcha.

—Cuidado con eso —dijo Algridas.

—Tendré cuidado.

De repente, notaron una luz tenue al final de una cueva.

—Maldición —dijo Catótidus, dando un paso hacia atrás.

—¿Qué? —preguntó Gumnar, luego mirando hacia el frente. Notó serpientes en el suelo arrastrándose de un lado a otro.

—Préstame tu espada —dijo Gumnar.

Catótidus asintió con la cabeza y se la entregó a Gumnar. Él la tomó en su mano izquierda.

—Voy a practicar un poco —dijo, corriendo hacia la luz.

—¡Por Abubal! ¿Qué haces, capitán? —dijo Algridas—. Déjalas en paz. Una de las serpientes se alzó, su cascabel vibrando, Gumnar la pisó en la cola rápidamente, y el cascabel se volvió débil.

Gumnar le cortó la cabezaz rápidamente.

Algridas dio un respiro, mientras Gumnar la levantaba de la cola, como una toalla.

—Solo estoy proveyendo la cena —dijo—. Vamos, no perdamos más tiempo.

Gumnar avanzó hacia el hueco por el que salía la luz, y miró hacia arriba.

—¡Madre de la tierra!

—¿Qué ocurre? —dijo Imagus.

Gumnar tragó saliva y se enderezó para mirar a sus compañeros.

—¿Cómo se los describo?

Catótidus se acercó y miró hacia arriba. Se puso pálido como un muerto.

Una escalera se extendía varios metros hacia arriba, cubierta de líquenes, helechos y varias docenas de serpientes reposando entre las barras.

—¿Y ahora? —dijo Gumnar.

—Eh... —Imagus levantó la mano— Conozco un hechizo para evitar las mordeduras.

Gumnar estaba distraído, cuando notó que alguien le arrebató la antorcha de las manos.

Catótidus se inclinó al pie y encendió la escalera. El fuego se extendía rápidamente.

—¡No! —gruñó Algridas— ¿Qué estás haciendo?

—¡Catótidus! —Gumnas se apresuró a arrancarle la antorcha de las manos.

Corrieron de vuelta a la cueva, mientras las llamas se esparcían y el calor aumentaba.

—¡Está loco, miliciano! —Algridas le gritó en la cara— ¿Quieres matarnos?

—Prefiero el fuego que las serpientes —dijo, escudándose de las llamas. Una serpiente de cascabel corrió alterada.

—¿Qué decís si cocinamos un poco más? —preguntó Imagus con una sonrisa.

—Imbécil —Algridas gruñó—. ¿Quieres causar un incendio! Lo estáis tomando todo muy a la ligera. ¡Podemos morir! ¡Podemos terminar como esos huesos!

El fuego se elevaba, y alcanzó varias ramas.

—No hay un bosque más allá —dijo Gunnar—. ¿Ya viste lo que había ahí arriba?

—¿De qué hablas? —preguntó.

—Ya entenderás.

El fuego llevó tiempo para apagarse, y apenas se propagó. Cayeron serpientes muertas y calcinadas, mientras se arrastraban lejos del fuego.

Cuando cesó, se asomaron por la alta escalera y subieron. La luz los iluminaba lentamente.

—No puede ser... —Imagus estaba atónito.

—Sí —dijo Gunnar.

Salieron hacia un vasto muro de piedra, que se alzaba hacia un hueco en el cielo, amplio como el mar, donde nubes blancas impelidas por el viento cruzaban los cielos como navíos. Abajo, el suelo estaba cubierto de huesos, algunos con armaduras de bronce crudo aún cubriendo las costillas y cráneos enquistados en cascos oxidados.

—Así que era cierto —Catótidus miró a su alrededor.

—No lo había creído.

Imagus se inclinó al lado de una de los esqueletos armados y sujetó una espada. La vaina estaba cubierta de telarañas y polvo. La desenvainó, y se volteó para mostrársela a Gunnar.

Gunnar la tomó en su mano izquierda, la alzó frente al sol.

—Aún está afilada —dijo—. Esa vaina de piel la preservó. Es de bronce —Gunnar hizo una finta con su manto izquierda, luego miró hacia arriba—. Y la leyenda era cierta.

—Quién lo hubiera creído —rio Catótidus— ¿Crees que el gran lagarto aparezca ahora? ¿Crees que sea tan peligroso como dicen?

—Vamos —Algridas caminó hacia el centro del cráter, donde se alzaba un pozo circular. Gunnar notó que había varios pilares y una pared de ladrillo a su alrededor. A medida que avanzaba, empezó a notar una silueta que colgaba desde unas vigas de madera.

—¡Allí está el chico! —gritó, echando a correr al pie del foso.

Había una cadena atada a una estructura de metal que se alzaba sobre el pozo. Allí, Gunnar empalideció.

—¡Maldito sea! —gritó con todas sus fuerzas, empuñando la espada en alto, deseando que el gran lagarto apareciese para enfrentarlo.

—¡Dioses del cielo y el inframundo! —gritó Imagus.

Allí estaba el chico, colgado de la cadena.

Gumnar miró hacia abajo, hacia aquel pozo maldito.

—Este es el lugar... —dijo Imagus.

—¿Qué lugar? —Le preguntó Gumnar.

—Es... Es el que describe el pergamino. Aquí estaba la piedra de vida.

—¿Dónde está? —Gumnar agitó la cabeza.

—No lo sé... Pero... Estos horribles sacrificios... Me hace pensar que...

—Que ya lo usaron. Pero... Quién.

Algridas estaba ya en el otro lado del pozo, en una estructura similar a un altar de ladrillos.

Gumnar lo miró desde el borde de sus ojos.

Algridas empezó a murmurar.

Era un cántico repetitivo.

Gumnar intentó mirar hacia adelante.

Pero su cuerpo no respondía.

El canto de Algridas se volvió más agudo. Su rostro parecía transformarse.

¿Era una ilusión óptica?

Gumnar quería mover su espada en su mano izquierda, pero no lo conseguía. Lo único que se movía eran sus globos oculares, de un lado a otro. Su mano estaba quieta como un espejo. Miró a sus camaradas, Imagus y Catótidus, también inmóviles.

Estaba paralizado.

Alcanzó a ver una sombra avanzando al lado, cerca de Catótidus. Poco a poco, esa forma se aclaró. Era un hombre. ¿Pero quién? Una mano huesuda se alzó, con navaja en mano, contra el cuello de Catótidus. La mirada de Catótidus viraba de un lado a otro, mientras el hombre doblaba su cuello y lo degollaba como a una gallina.

## XIII Leyendas

**G**umnar quería gritar, pero sus labios no respondían. Su cuerpo no respondía. Intentó rezar al dios águila en su mente, pero no había nada que pudiera hacer. Miró impotente, mientras la sangre era drenada del cuello de Catótidas. Sus ojos ahora estaban blancos, y su piel se volvía pálida, mientras la sangre fluía lentamente hacia la fuente.

—Ahora, vosotros alimentaréis el surgimiento —espetó Algridas—. ¡Es la última vez! ¡El gran lagarto surgirá, para dominar esta tierra!

Gumnar quiso maldecir y protestar, pero su lengua no respondía.

—Sé lo que estáis pensando —rio Algridas—. Habéis caído en mi trampa. Esto es lo último que faltaba para alcanzar mis objetivos.

El hombre que había degollado a Catótidas hizo un esfuerzo por empujar el cuerpo de él hacia el pozo color de jade.

Catótidas... Ahora otro inocente había muerto. El hijo de Catótidas aguardaría por él sin volverlo a ver.

Gumnar tragó saliva. El hombre avanzó hacia Imagus, y lo vio más claramente. Vestía una capucha oscura, su cuerpo era flaco, y tenía un anillo de zafiro en su mano. Algo en él le parecía familiar.

El hombre se acercó a Imagus y colocó una mano en su nuca. Imagus sudaba. Gumnar quería cerrar los ojos para no ver, quería ignorarlo. Era imposible. ¿Iba a morir allí?

Imagus, sin embargo, se aferró del antebrazo del hombre y le dio un cabezazo. La figura encapuchada cayó hacia atrás, y la capucha reveló su identidad.

De pronto, Gumnar dio un suspiro y se tropezó al frente. Se dio cuenta que podía moverse. Aferró la espada, saltó hacia el hombre, tenía cabellos blancos, la piel arrugada por las décadas dejadas atrás, y una túnica de senador debajo de la capucha.

—¡Doctor Legalias! —gruñó Gumnar, presionando la espada contra su cuello.

—¡Bastardos! —espetó el anciano, revelado sus dientes de madera—  
¿Cómo lo habéis conseguido?

—Estuve recitando esto todo el viaje. —Imagus sacó un viejo pergamino

desde su bolsillo.

*Hechizo para protegerse de los ojos de aquel que mira desde atrás del lago de la muerte*

—¡No puede ser! —espetó Legalias.

—Te mataría aquí mismo —dijo Gumnar—. Pero quiero ver qué te hace el pueblo. Quiero ver eso. ¡Imagus, hazte cargo de él!

—Sí —dijo Imagus, sujetando las muñecas del viejo.

Gumnar se volvió hacia Algridas, quien continuaba con los brazos extendidos, recitando conjuros arcanos. El agua del pozo, sin embargo, giraba entorno al centro como un tifón. Algo parecía surgir del agua, una figura verde, que se elevó en el aire, para subir y colocarse frente a él.

—¡Está allí! —Imagus señaló el objeto sobre el altar—. ¡Es la piedra de vida!

Algridas alzó los brazos hacia arriba y gritó con una voz macabra:

—Ahora, que estos miles de guerreros caídos renazcan, listos para combatir en mi nombre. *¡Ahs varvrak vit viras Dorr! ¡Ahs varvak vit viras Dorr! ¡Manu telu khavardas!*

—¡No lo permitiré! —Gumnar echó a correr, con la espada en mano, hacia el otro lado del muro

—¡No lo mires a los ojos, Gumnar! —gritó Imagus.

Gumnar aguzó la mirada, y se abalanzó hacia el viejo Algridas, con la espada al frente. Algridas apenas consiguió bajar las manos, y la hoja se clavó en su costado.

—¡Maldito! —gritó Gumnar, apretando los dientes y empujando la espada adentro.

Los ojos de Algridas estaban en blanco.

Pero sonrió.

Su risa se volvió escandalosa. Sujetó la hoja de la espada con las manos desnudas y la sacó de sus costillas.

Gumnar estaba perplejo.

Tiró de la espada hacia atrás, para liberarla y contraatacar, pero las manos de Algridas estaban sujetas a la hoja, sin sangrar. Parecía haberse vuelto más fuerte, pues Gumnar hizo todo el esfuerzo posible y no podía separar la hoja de las manos del comisario.

Gumnar le dio un cabezazo en la nariz, pero solo le dolió a él. Levantó la murada y sintió un frío recorrerlo de pies a cabeza. Frente a él había un ser

corpulento, con ojos amarillos, piel escamosa y dientes afilados como navajas.

La espada permanecía fija en las manos de Algridas.

De pronto, el ser tomó a Gumnar del cuello y lo levantó como a una muñeca. Los pies de Gumnar se balanceaban al aire.

—¡Prepárate para ser eliminado! —dijo, con una voz metálica e infernal.

El demonio apretó el cuello de Gumnar, y este inmediatamente sintió que el aire le faltaba. Su cuello parecía estar a punto de separarse de la cabeza. Apretó el puño y movió su espada.

—¡Tu sangre será vertida en el lago de la muerte, para traer a la vida al ejército que me llevará a la gloria!

Gumnar sintió su cuerpo elevarse, para luego colgar sobre el pozo, miró el agua verdosa mientras una garra afilada como espada se apretaba contra su cuello y se hundía en él. Sintió un fluido tibio descender por su pecho.

El tiempo se detuvo, cerró los ojos, anonadado, y pensó en Prianka, a medida que su vida se vertía en el agua.

## XIV La era de la serpiente

Imagus tragó saliva, mientras el cuerpo de Gunnar, ya sin vida, caía en el pozo.

Imagus sintió que desmayaría. Sintió que se quedaría paralizado, pero continuó recitando la fórmula para protegerlo de aquél detrás del agua:

*Apsaugokite mane nuo akiu,  
apsaugok mane nuo gyvatès.*

Se levantó. De pronto, Legalias se abalanzó sobre él, con el cuchillo en mano. Imagus lo sujetó con su fuerza y le rompió el cuello, al tiempo que lágrimas salían de sus ojos. Nunca había matado a nadie.

Miró a aquella bestia bajo la luz del sol; aterradora como la noche más oscura.

Sus memorias no respondían. Quería pensar en un hechizo poderoso y santo; uno que le ayudara a defenderse. La sangre de sus amigos se había vertido.

En un parpadeo, el gran lagarto estaba a su lado y lo tomaba de la túnica, para levantarlo como a un cachorrito.

Cerró los ojos.

*Hechizo de fuerza.  
Lapitus durnas Gavaras*

Imagus forcejeó como un pez atrapado en una red. Intentó patear la criatura, pero hacerlo era como golpear una pared.

—Tú eres la cereza en el pastel —gruñó la criatura, con una voz como el galope de mil caballos.

Imagus cerró los ojos.

No podía permitirlo.

Se apresuró a recitar el encantamiento.

—Oh, piedra de vida. Trae a estos héroes de regreso.

—¡Calla! —ladró el gran lagarto.

La afilada uña reptiliana estaba aferrada a su cuello.

—Que este sacrificio sea por...

—¡Calla! —gritó la criatura, y clavó la uña. La sangre brotó, y lo último



que Imagus recordó fueron sus ojos abiertos, la sangre fluir de su boca y cuello, y el encantamiento de Algridas, el hombre-serpiente.

—¡Piedra de vida! ¡Trae de vuelta a este ejército caído! ¡Traelo para la conquista de la tierra! ¡Traelos para que llegue la Era de la Serpiente! ¡Trae de vuelta a estos guerreros caídos!

\*\*\*

Una luz verde brilló desde el centro del pozo, luego se elevó en el aire como un ave tomando vuelo. Las rocas vibraron y la tierra tembló. Los huesos en el cráter se sacudieron, y se alzaron, como poseídos por una fuerza sobrenatural, para luego ensamblarse, armando cuerpos esqueléticos. Se alzaban con sus espadas, sus cuerpos tiesos y quebradizos. La piel empezó a cubrirlos, pálida y fantasmagórica.

El gran lagarto estiró los brazos y dejó escapar un ladrido que resonó como la voz de los infiernos. Sentía el poder fluir en sus venas. Era el ser supremo.

Había aguardado tantos milenios para aquel momento. Era la era de reclamar la tierra y nuevamente volverse emperador; de reinar cada rincón, cada principado.

De pronto, notó una luz amarillenta en el centro del cráter. Había una figura humana con torso descubierto, y lo que parecían llamas emanando de él.

Su cuerpo vibraba con luz y energía.

El gran lagarto avanzó a gran velocidad, para pararse de pie frente a aquella aparición. ¿Cómo podía ser?

Su visión se aclaró. Era aquel mentecato que había sacrificado, el del cabello rubio y el brazo quebrado. Pero ahora, su cuerpo se había restablecido.

Abrió los ojos.

Gummar reaccionó.

Escuchó una voz monstruosa frente a él.

—¿Qué haces tu aquí?

¿Qué estaba pasando? ¿De verdad había vuelto a la vida?

Gummar se miró las manos, ahora intactas y sanas. Estiró los dedos, ahora libres de dolor. Inspiró profundamente, incapaz de ocultar su sorpresa. ¿Acaso estaba soñando? ¿Había subido a los campos Elíseos?

Pero su piel era de carne y hueso.

Apretó los dientes, perplejo.

Miró hacia arriba, y recibió una realización potente.

—Fui traído de regreso para vencerte —dijo.

El gran lagarto se llevó una garra a la cabeza.

—¡Fui un idiota! ¡Debí haber sido más específico con las instrucciones!

Maldición. Sí, ahora que lo recuerdo, pedí que todos los guerreros caídos se levantaran. Bueno. Puedo corregir mi error fácilmente.

El gran lagarto alzó la garra en alto.

Gumnar sabía que no tenía mucha oportunidad.

Lanzó un grito, apuntó al abdomen de la bestia, pero le clavó la espada en un ojo.

—¡Maldito! —gruñó la bestia, tomó a Gumnar del cuello y lo alzó en alto como la primera vez. Gumnar extendió la espada al cielo. Brilló bajo el sol.

—¡Aprecia a mi ejército! —dijo la bestia— ¡Miles de guerreros inmortales! ¡Listos para tomar tus tierras! ¡Todos serán esclavos, y su sangre alimentará la nueva raza de señores!

—Maldito —Gumnar gruñó, e intentó herir a la bestia, pero estaba fuera de su alcance.

—¡Ahora verás lo que es el dolor! ¡El mundo será mi esclavo! ¡Aprecia al ejército que tomará control del mundo entero, y lo someterá a mí, su nuevo dios!

Gumnar rio.

—¿De qué te ríes, gusano?

—¿Estás seguro que es tu ejército?

—¿Qué? —La bestia miró de un lado a otro.

Miles de muertos en vida se alzaban con estandartes en manos, junto a sus lanzas y escudos. Todos formados para la batalla.

Había un detalle.

Una figura se notaba en los cientos de estandartes carcomidos: un águila con una serpiente entre las garras.

El ejército de muertos marchaba rodeando al gran lagarto. La bestia soltó a Gumnar, quien cayó al suelo, para luego levantarse con una carcajada. Alzó la espada en alto. Una fuerza extraña emanaba de ella, como si hubiese sido cargada de energía mística. El ejército de guerreros lo siguió, levantando sus armas, como bajo su comando.

—¿Los ves, Algridas? Han esperado este momento por cuatrocientos años.

—¡No! Es imposible. ¡No!

Las lanzas se apuntaron hacia el frente. El gran lagarto se movió veloz hacia la entrada de la cueva, pero los guerreros muertos; dotados por los dioses de fuerza mayor, lo tomaron de las patas y arrastraron de regreso. Por más que se moviera veloz como un basilisco, no pudo escapar de las lanzas de hierro y de las espadas de bronce oxidado que cortaron sus brazos serpentinos y derramaron su sangre violeta.

Los alaridos de la bestia hicieron eco en los amplios muros de piedra. Cuando estaba abatido y desangrate, con los brazos y piernas deshechos; el ejército lo rodeó.

Gumnar avanzó hacia él, con la espada encantada en mano.

—¡No, no! —gruñó la bestia— ¡Perdóname! Juro que usaré mi poder para bien.

Gumnar

—No hay perdón sin justicia.

Lo sujetó de la cabeza escamosa y golpeó su cuello. La sangre violeta empezó a fluir como una fuente e inundó el suelo alrededor. Gumnar golpeó otra vez, hasta que la cabeza se separó completamente y el cuerpo reptiliano se desplomó sin vida.

Levantó la cabeza, como un trofeo, y la empaló sobre la espada mágica.

El ejército resucitado reaccionó alzando armas y estandartes. Su propósito se había cumplido, y podían descansar en paz.

Gumnar se puso de pie una vez más frente al río verdoso. El viento penetraba el cráter y hacía los estandartes fantasma ondear. De pronto, notó otras figuras surgir de las esquinas. Abrió los ojos amplios como platos en cuanto notó dos figuras musculosas. Una, de un hombre que conoció antes con cicatrices de viruela. Ahora su rostro brillaba, intacto, y su armadura reflejaba la luz del sol.

—¡Catótidus! —Gumnar sonrió.

Cerca de las paredes de piedra, Gumnar vio a Huloridas, de brazos cruzados, como siempre. Huloridas le dirigió una mirada, asintió con la cabeza y sonrió.

Imagus miraba de un lado a otro. Se miró las manos y las estiró, como si hubiera despertado de un sueño aterrador y se preguntase si seguía con vida.

Y Prianka, lo observaba desde lejos, con una expresión serena.

Cuatro niños curiosos miraban de un lado a otro, preguntándose dónde estaban y cómo volverían a casa, sin embargo, el alivio brillaba en sus ojos tiernos. El milenio de la serpiente no llegó.

Pero la era del águila estaba por comenzar.

fin